

**LA SUNU VILLAGE Y EL CIRCUITO DE LA CHATARRA**

***Marginalidad y supervivencia urbana***

*Aproximaciones etnográficas a los chatarreros senegaleses de Barcelona*

**MAURICO CHEMÁS RENDÓN**

**LA SUNU VILLAGE Y EL CIRCUITO DE LA CHATARRA**

***Marginalidad y supervivencia urbana***

*Aproximaciones etnográficas a los chatarreros senegaleses de Barcelona*

Estudiante: **Mauricio Chemás Rendón**

Tutor: **Dr. Manuel Delgado Ruiz**

Trabajo Final de Master

Antropología y Etnografía

Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Antropología

Universidad de Barcelona

Curso Académico 2015 – 2016 / Segunda Convocatoria

BARCELONA

SEPTIEMBRE DE 2016

## Contenido

Advertencia.....	4
PRIMERA PARTE.....	7
Un viejo conocido por conocer.....	7
Sobre trabajo, marginalidad y pobreza .....	9
Lo que se dice y lo que se hace: lo que acontece.....	19
Breve esbozo del caso .....	19
La formulación inicial y la puesta en marcha.....	21
La recuperación de residuos como objeto de estudio .....	27
SEGUNDA PARTE.....	33
Africano Chatarrero (el contexto según un aprendiz de etnografía) .....	33
A modo de introducción.....	33
Prejuicio y Estigma .....	40
El superviviente urbano. Cazador y recolector del espacio público.....	42
La calle .....	48
La gran máquina de basura .....	49
El oficio I: La recuperación de las cosas .....	52
Recolección y el conocimiento experto de la ciudad.....	64
El recorrido: proceso contradictorio y territorio de exclusión.....	68
Las tácticas de recuperación y subsistencia .....	74
Las luchas por la apropiación I - Ideas sobre la calle y lo público .....	76
La Sunu Village.....	77
Dispersión e incorporación.....	81
El enclave de pobreza.....	82
El oficio II: La recuperación del material.....	85
Variaciones y materiales en la recuperación de metales.....	88
La “otra” vida cotidiana en la Sunu Village .....	90
Las luchas por la apropiación II - Ideas sobre el trabajo y el grupo .....	93
El intercambio – Las diferentes “formas mercantiles” .....	95
El oficio III: El intercambio .....	96
El recorrido final .....	98
Sobre mercancías, rutas y desviaciones. ....	102
Conclusión e Intuiciones analíticas.....	104
Bibliografía.....	109

## Advertencia

El texto a continuación intenta ser el relato, lo más riguroso y coherente posible, de la experiencia hasta ahora acumulada de formulación y puesta en marcha de un proyecto de investigación etnográfica.

De allí la importancia de remarcar, a modo de advertencia a la lectura, dos asuntos fundamentales de contenido y desde ellos argumentar algunos más formales que, juntos, cualifican este documento:

1. Desde los momentos preliminares de formulación, de hecho y mejor aún, desde los intentos etnográficos frustrados y los procesos a tropezones anteriores, pasando por la afortunadamente interminable revisión bibliográfica y llegando hasta el esfuerzo analítico-interpretativo posterior, todo condensa y cristaliza en una **experiencia** particular, íntima y, aunque colectiva en sus manifestaciones e interacciones, sumamente individual como trayectoria personal. De esta forma, se trata de mi propia experiencia particular como autor de la etnografía que da origen a lo aquí escrito y, a partir de ella, es decir, de la interiorización reflexiva sobre ella, elaboro cada una de las secciones que contiene este documento. Además, la etnografía que aquí intento no se remite a la linealidad de la transcripción fidedigna de observaciones y entrevistas, sino más bien a los relatos y actuaciones surgidos de la interacción cotidiana con la comunidad. Esto puede explicar o al menos aclarar algunas cosas: primero, el privilegio dado a una forma de organización procesual más que protocolaria del texto, es decir, a una estructura honesta con la realidad del proceso por encima de una leal a los formalismos; segundo, el intento crítico sobre la utilidad de cada uno de los momentos y sus exigencias; tercero, la naturaleza misma de los alcances de la investigación en virtud de una experiencia personal visiblemente limitada; y cuarto, la decisión de optar por escribir a título personal y en primera persona cuando resulte necesario.
2. Por otra parte, es claro que el texto pretende dar cumplimiento a la **exigencia académica** específica del Trabajo Final del Master en Antropología y Etnografía de la Universidad de Barcelona. Por esta razón intento dar cuenta, no sin cuestionarlos, de los elementos básicos necesarios que permitan hacer visible mi

proceso formativo en tres aspectos fundamentalmente: primero, en la incorporación de una relativa complejidad teórica que permita inicialmente formular reflexiones conceptuales pertinentes al problema y luego proyectar los resultados más allá de la circunscripción al caso; segundo, en la sensibilidad metodológica necesaria para hacer uso y sacar provecho de la etnografía como forma de aproximación a la realidad empírica; y tercero, en la producción de ciertos resultados que, aunque limitados y seguramente inconclusos, representen algún tipo de aporte al conocimiento que tenemos sobre nuestras propias condiciones sociales de existencia y, en este caso en concreto, sobre las condiciones sociales de existencia de algunos de los más pobres de los nuestros.

Finalmente, es importante advertir también que no es mi pretensión poner punto final al proyecto con este documento, por más que el presente esfuerzo de escritura extirpe desde ya algunas de sus partes. Es probable, en realidad, que este sea apenas un momento de partida, estará por verse; pero lo que sí es absolutamente cierto es que esta certeza, la de no haber acabado nada hasta ahora, impregna las reflexiones que aquí intento consignar produciendo interrogantes y vacíos a cada instante y dejando en evidencia muchos asuntos por resolver, desde mi propio papel en la *Sunu Village*, hasta las relaciones analíticas más abstractas sobre cómo este enclave de pobreza y sus prácticas urbanas producen coyunturalmente una forma específica de espacio residual.

\*\*\*

Una advertencia aclaratoria más, aunque al margen, es importante: me he formado inicialmente como diseñador industrial<sup>1</sup>. Además de mis intereses sobre la forma como ciertos grupos se relacionan con el espacio urbano y como despliegan en él sus tácticas de subsistencia, también me llaman profundamente la atención, de manera específica, las condiciones físicas de dicha experiencia humana. Esto me llevará en unas cuantas

---

<sup>1</sup> El diseño industrial es una disciplina que se propone, en líneas muy generales, la ideación y la producción industrial de las cosas (desde partes y objetos simples, hasta sistemas complejos) que instrumentalizan la vida humana. La profesión, es decir, la práctica del oficio, se mantiene alimentada, sin muchos miramientos éticos, por las lógicas de la producción masiva, del consumo exacerbado y de la acelerada (en ocasiones anticipada) entrada en desuso de los bienes de consumo. Como es claro, estas mismas tres condiciones son fundamentales para la emergencia y la ampliación de ciertos “ciclos de recuperación de residuos”.

ocasiones, como podrá comprenderse, a realizar un énfasis marcado sobre el espacio físico y los objetos que instrumentalizan y median las prácticas sociales; en algunos casos con atención a sus condiciones objetivas/funcionales y en otros con interés sobre su dimensión simbólica/subjetiva.

Esto será especialmente visible en la segunda parte del documento que corresponde al informe etnográfico propiamente dicho, aunque será también motivo de mención, dada su pertinencia, en un par de ocasiones en las secciones del planteamiento. Sin embargo, he de advertir, como lo reiteraré seguramente más adelante, que un análisis en rigor sobre el lugar de las cosas en el proceso que pretendo indagar será un esfuerzo posterior a la presente etnografía y sus acotaciones.

## PRIMERA PARTE

### Un viejo conocido por conocer

La génesis de este proyecto, para decirlo de la forma más honesta, desnuda y vulgar, yace en un interés casi excesivo y un gusto personal que me acompaña desde que tengo memoria, por eso a lo que llamamos *la calle*. Este gusto, como todos, comporta una base social que lo vehicula, lo anima y permite significarlo, de tal forma que, como todo gusto, se ha ido transformando en medio de la constante expresión manifiesta de sus múltiples variaciones. Tales variaciones de ese gusto personal, que es tan poético como prosaico y *tan de la calle* como intelectual, estimulan precisamente, la concentración sobre ciertas experiencias cotidianas concretas que son propias, por seguir llamándolo así, de la calle -de la vida social que acontece en ella-, y que en este caso representan algo tan atractivo como lamentable: las *formas marginales de subsistencia urbana*.

Con este interés en frente, aunque no necesariamente esclarecido en cuanto a lo que resultaba imprescindible para atenderlo, se llevó a cabo el proyecto que considero fue el antecedente personal de la presente investigación. Un proyecto durante el que fue posible acceder a experiencias singulares de trabajo informal y de subsistencia mínima en el espacio público de Cali, Colombia, y que parecían encontrar en la apropiación del espacio (sin saberlo en ocasiones) un mecanismo clave (transversal a múltiples prácticas) de reproducción socio-espacial, de cohesión y subsistencia. Más allá de ello, la apropiación espacial bajo dichas condiciones no era, no es, más que una de las expresiones elementales y primarias de un trasfondo mucho mayor de pobreza urbana, de marginalidad socioeconómica y segregación espacial.

De esta forma, dado el carácter del tipo de prácticas sociales que desde entonces y aun ahora constituyen la motivación fundamental, denotada a través de la idea de *formas marginales de subsistencia urbana*, y dado el hecho de que dichas prácticas acontecen en y gracias al espacio que usan y cualifican, a saber, el espacio público; puedo decir que lo que aquí pretendo, para circunscribirlo en términos disciplinares, corresponde a lo que ha solido llamarse *antropología urbana*, en el sentido de una antropología de los grupos humanos desarrollándose cotidianamente en el espacio urbano y poniendo de

manifiesto en él, y gracias a las condiciones que en él son posibles, los contenidos más fundamentales de su *cultura* y de sus modos de vida social, de sus formas de practicar y representar su condición espacial y el espacio mismo.

Pero está claro que cualquier antropología debe descender de las abstracciones teóricas, por atractivas que parezcan, a la dimensión de la vida real de personas reales; por lo que promuevo un paso más en la delimitación del asunto hacia ciertas formas de subsistencia específicas, encarnadas en lo que denominamos *prácticas de trabajo informal*.

Dicha delimitación se concentra el caso específico de los chatarreros senegaleses de Barcelona. Inmigrantes asociados a una “clase marginal” dadas sus condiciones socioeconómicas de coyuntura, su reclusión espacial y su expulsión del mercado laboral, que trabajan y viven en una trashumancia entre la calle y un pequeño enclave de pobreza y cuyo medio principal de subsistencia es *ser chatarreros*, algo que, como se verá, consiste en mucho más que recuperar metales de las calles.

Se trata entonces de un intento de comprensión etnográfica (en el sentido de directa) sobre las condiciones específicas de existencia y reproducción social del fenómeno, esto es, del *trabajo informal urbano* en términos generales y del *circuito de la chatarra* en concreto. Dicho circuito hace alusión básicamente al *proceso* de la recuperación informal de residuos metálicos urbanos, en el que los chatarreros de la calle, agentes primarios de la recuperación, representan un eslabón fundamental; no obstante, su supervivencia depende de unas formas específicas de “usar” la calle y lo urbano que son por completo marginales y manifiestan unas condiciones sostenidas de pobreza y segregación.

Pretendo, en definitiva, poder dar cuenta, desde adentro y desde abajo, de esta forma específica de trabajo marginal, de cómo funciona este complejo proceso en el que se abocan, y de cómo dicho proceso cualifica y constriñe las experiencias cotidianas de unos hombres singulares que se saben arrojados a los márgenes de la exclusión y la segregación social.

## **Sobre trabajo, marginalidad y pobreza**

Me he embarcado en la escritura -molestamente protocolaria y apasionantemente productiva al tiempo- de un marco conceptual en no pocas ocasiones. Y producto de mis múltiples fracasos, más que de mis escasos aciertos debo admitir, un par de críticas me rondan la mente al emprender el presente intento: primero, que dicho “marco” apriorístico (de por sí ya restrictivo) desemboca casi inevitablemente en abstracciones carentes de textura, ajenas a las realidades empíricas propiamente dichas, y que solo encuentran una verdadera y específica utilidad posteriormente, es decir, cuando las nociones allí consignadas son usadas para hablar del contenido concreto de los casos específicos. Y, segundo, tales abstracciones resultan siempre pretensiosas, puesto que pretenden desbordar por anticipado, con explicaciones estructurales, las realidades que se proponen indagar, para verse finalmente insuficientes en el intento de describir en detalle toda su textura y complejidad.

De otra parte, también debo decir que dichos ejercicios conceptuales, brindan un estimulante marco de referencia que ayuda a cuestionar en profundidad (o amplitud) aquellos asuntos que consideramos fundamentales y a capturar sus evidencias elementales, por lo cual también este marco se somete a los ajustes propios de la realidad empírica del trabajo de campo; de allí que no deje de ser, nunca, provisional.

De cualquier forma, es claro que el caso de los chatarreros, recuperadores informales de residuos metálicos urbanos, específicamente hombres senegaleses en Barcelona ciudad, permite remitir a ciertos elementos conceptuales intrínsecos a los propios términos que lo formulan y lo delimitan, sin el mínimo interés de agotarlos y mucho menos de parecer un “especialista”.

De primera mano, referirse al caso de estudio como chatarreros denota un interés sobre lo que constituye su actividad urbana primordial que es, a la vez, el mecanismo fundamental de subsistencia económica y la práctica elemental de diferenciación (desde fuera) e identificación (desde adentro).

De esta forma, acuden pertinentemente ciertas reflexiones sobre la idea de trabajo; sobre sus principales transformaciones, sobre la relevante consideración de estos *otros*

trabajos y las condiciones estructurales que los engendran, sobre como cristalizan estas prácticas en determinadas trayectorias personales y colectivas, y sobre el tipo de identidades que se construyen alrededor de estas “nuevas” formas de trabajo y pobreza urbana extrema.

Zygmunt Bauman (2003), aunque careciendo de una aproximación directa a casos concretos y planteando los asuntos en un plano casi exclusivamente abstracto, propone una interesante transición entre lo que denomina una sociedad de productores a una sociedad de consumidores.

Una sociedad de productores forzada a incorporar una ética del trabajo que, junto a otros instrumentos, terminó por afianzar la ineludible vinculación de los individuos al régimen fabril (y a todas sus honorables virtudes) y una dedicación al trabajo que se extendieron como formas absolutas de organización socioeconómica, de exclusión social, y de identificación personal. El trabajo y el régimen de la producción industrial capitalista ordenaron el tiempo-espacio social y las relaciones interpersonales. La dedicación al trabajo se erigía como la única forma de construir un proyecto personal duradero y una identidad sólida; así como el sistema de producción basado en las lógicas del mercado y la explotación de la mano de obra dieron forma a una clara estructura social de diferenciación y segmentación. Dicho sistema, no obstante, y a pesar de las deplorables condiciones específicas del trabajo en la fábrica, requería asentarse sobre bases morales y prácticas asociadas al compromiso, la lealtad, el largo plazo, y promovía la mayor cobertura laboral y educativa (formativa) posible, le era imprescindible.

En la nuestra, la actual sociedad de consumidores a la que se refiere Bauman, esto ya no tiene lugar. Una nueva fuente de organización social y de autoidentificación descansa sobre la estética del consumo. Es a través del acceso al consumo y de las posibilidades estéticas que este trae consigo que se ordenan ahora el tiempo y el espacio social y en virtud del cual se construyen las múltiples identidades. La vara utilizada para medir y clasificar no es ya una ética de la entrega al trabajo como mecanismo de superación y estatus, sino una que clasifica en función de las posibilidades de elección que cada cual se provea, de la cantidad y calidad de oportunidades de vivir experiencias estéticas siempre nuevas. En este nuevo orden lo volátil, lo transitorio y no perdurable, lo inestable y el corto plazo se hicieron, desde hace tiempo ya, sellos distintivos.

Pero más allá de las condiciones estructurales que permitieron el surgimiento, en su momento, de estas dos formas de organización social, e incluso más allá de las lógicas institucionales que vehicularon la transición entre una y otra, interesa la forma en que dichas condiciones se proyectan sobre el terreno y configuran determinados escenarios concretos en donde acaecen las innumerables vidas cotidianas de la ciudad.

En el caso de este nuevo orden social en el que nos encontramos, regido por las reglas del consumo y la inmediatez; el trabajo, las relaciones y, por supuesto, los bienes de consumo son transitorios e inestables. Esto conlleva al establecimiento de ciertas lógicas urbanas que incluyen una extensiva marginación laboral, una profunda segregación espacial y un aceleramiento excesivo de los procesos de consumo.

Estas condiciones, concomitantemente, disponen el terreno y presionan la emergencia de prácticas laborales marginales: la transitoriedad soportada en el radical y acelerado proceso de producción-consumo aumentan la capacidad agregada de la ciudad para convertirse en una gran máquina de producción de “basura”. Así, nuevas formas de trabajo encaminadas a la supervivencia de aquellos expulsados del mercado laboral, emergen como tácticas de subsistencia<sup>2</sup> que aprovechan el vacío que dejan los bienes de consumo producto de su anticipada “desaparición” para obtener así el escaso lucro que aun permiten.

Es comprensible entonces el surgimiento de una importante cantidad de prácticas *al margen* de lo normativo, incorporadas, aunque ajenas a los grandes circuitos económico-productivos e incluso por fuera de lo considerado “normal”, producto de las lógicas aplastantes de la producción excesiva y el consumo exacerbado, y de las incontables exclusiones que acarrea el modelo económico y político en el que estos se apoyan.

La recuperación informal de residuos sólidos que, junto con la enorme diversidad de las llamadas ventas ambulantes encabezan la lista de las prácticas laborales informales-marginales en el espacio público. Para el caso de Barcelona, estos dos sobresalientes

---

<sup>2</sup> Michel De Certeau (1996) propone una interesante distinción entre las *estrategias* de las que hacen uso aquellos que disponen de los medios necesarios para resolver sus necesidades o atender sus deseos, y las *tácticas* que adaptativamente deben recrear quienes se encuentran alejados de los recursos instrumentales y sociales para asegurar su supervivencia.

fenómenos tienen designaciones muy concretas que aluden a los sujetos que encarnan las variaciones más visibles y complejas de los mismos, a saber, los chatarreros y los manteros. En su mayoría hombres africanos (inmigrantes con severas restricciones de ciudadanía) que en un caso se ocupan de la recuperación de residuos metálicos urbanos valiéndose de un carrito de supermercado como instrumento de trabajo (transporte, acarreo) y, en el otro, que hacen uso de una manta como puesto de venta portable para ofrecer sus productos en la vía pública a la población turística principalmente.

Claro está que el listado podría ser largo, tanto como la propia iniciativa de quienes se ven abocados a “ganarse la vida” como pueden: vendedores de cerveza y hachís, músicos y otros artistas callejeros (plazas, trenes, estaciones...), prostitutas, transportistas informales, recicladores, mendigos y un sin número más de variaciones de lo mismo: prácticas marginales de supervivencia urbana.

Nuevas formas de trabajo precario y marginal surgen entonces de las profundas contradicciones que traen consigo las transformaciones del trabajo y la pobreza. Junto con ellas, nuevas trayectorias singulares se construyen, marcadas fundamentalmente por su condición marginal, e incluso residual.

Sobre la forma en que el trabajo moldea las experiencias y los sentidos de la vida personal en este escenario del “nuevo capitalismo”, Richard Sennett (2001) nos ofrece una profunda y sensible mirada. Viendo, en lugar de una transición de un modelo de sistema social a otro, sino más bien ciertas modificaciones estructurales en la ética del trabajo promovidas por el “neoliberalismo”, Sennett caracteriza ciertos rasgos de las formas modernas del trabajo y sus transformaciones recientes, prestando especial atención a los efectos que estas tienen sobre el “carácter”.

Lejos de la rutina, la durabilidad, lo imperecedero y los lazos y compromisos de largo plazo, el nuevo capitalismo impone unas formas de relaciones con el trabajo marcadas, en primer término, por la flexibilidad. El trabajo flexible y la capacidad de incorporar dicha cualidad en la vida personal se vuelven imperativos categóricos; la habilidad para la adaptación deriva fundamental en el nuevo régimen del nada a largo plazo.

Pero más allá, o mejor más acá, de las de las formas estructurales generalizadas, el “nuevo” orden laboral se impone implacable en la construcción de los vínculos de sociabilidad y de la propia identidad.

Si bien el aplastante régimen de la fábrica y su asfixiante control del tiempo constreñían y determinaban desde arriba el orden y las relaciones sociales; la flexibilidad propia del “mercado de consumo” socava la confianza, la lealtad y el compromiso mutuo. La deriva producida por la inestabilidad y la imposibilidad de proyectarse hacia el futuro dificultan aún más la constitución de una identidad personal duradera y relativamente clara de su lugar en el mundo y reproducen, más bien, una incertidumbre sin fin; esa incertidumbre propia de aquellos despojados de cualquier tipo de estabilidad, pariente cercana de la frustración, que aqueja a aquellos para quienes no hay más opción que la supervivencia soterrada, muy a pesar de su disposición para el trabajo y su resistencia física.

Las lógicas a través de las cuales se configuran las nuevas vías de trabajo informal urbano y las formas en las que los individuos se constituyen social y personalmente en torno a ellas estarán por verse. No obstante, es ya claro que son producto de dinámicas y transformaciones estructurales que terminan dividiendo, segmentando y parcelando; arrojando además a incontables seres a los límites de la marginalidad y la pobreza. Pero, ¿Qué es la marginalidad?, ¿existe acaso una clase marginada?, ¿importa cómo viven?

El uso del concepto de “clase marginada” se le atribuye inicialmente a Gunnar Myrdal quien, hacia finales de la década de 1960, lo veía como una especie de subproducto del proceso de desindustrialización y que hacía alusión a las grandes porciones de la población que compartían una doble condición crítica: el desempleo y la imposibilidad de reinsertarse en el mercado laboral. De esta forma, la idea de “marginal” remite a personas y prácticas que se encuentran *al margen* de los grandes flujos y procesos regulares del sistema económico productivo; en definitiva, víctimas de la exclusión que trae consigo la lógica económica “posindustrial”.

Posteriormente, y como era de esperarse, la noción devino en un término modal y despojado de su complejidad, se asoció a la criminalidad, la drogadicción y otros “males” propios de las poblaciones más pobres y terminó usándose como una forma más de estigmatización; los marginados eran aquellos intocables e intratables, gentes hostiles y alejadas, por voluntad propia, de las virtudes del trabajo y el consumo.

Larissa De Lomnitz (1993), contando con este marco general de distinción y clasificación, nos acerca a las barriadas de México y construye a partir de este caso un panorama sobre las formas en que los marginados establecen sus vínculos sociales y sus estrategias de supervivencia.

Se trata pues de barriadas en donde sus pobladores se encuentran dedicados a ocupaciones consideradas marginadas con relación a la economía industrial urbana o, en el mejor de los casos, insertados en la economía urbana dominante a través de la prestación de servicios a la clase media. En cualquier caso, se trata de ocupaciones distinguidas fundamentalmente por la escasa o la ausencia total de seguridad social y económica.

Aunque desde un punto de vista claramente estructuralista, Lomnitz encuentra, no obstante, un mecanismo de emergencia que le permite a los marginados su supervivencia en ausencia de la asistencia del Estado y de una redistribución de recursos que incluya su participación. Se trata de las *redes de intercambio*, cuya función principal consiste en producir cierto grado de seguridad mínima apoyada en gran medida en la reciprocidad. Dicha idea parece aplicar en el caso de los trabajadores informales (marginales) del espacio urbano, puesto que sin la existencia de dicha red y sin la existencia de ciertos lazos de reciprocidad seguramente su supervivencia, y la consecuente permanencia de sus prácticas, no serían posibles.

Pero la atención sobre la marginalidad nos lleva, ineludiblemente, a considerar sus relaciones con la idea de pobreza. Desde un punto de vista estructural, la marginalidad puede ser definida como la ausencia de un rol económico articulado en el sistema de producción dominante; mientras que la pobreza, desde el mismo punto de vista, implica más bien una condición de escasos ingresos monetarios. Sin embargo, existe una relación obvia y fundamental entre las dos ideas y, lo que es más importante (al menos para el presente proyecto), el encadenamiento de ambas condiciones proyecta innumerables situaciones objetivas de precariedad que marcan las vidas cotidianas de quienes se encuentran en dichos márgenes.

Sobre las condiciones objetivas de la marginalidad y la pobreza, Loic Wacquant (2001) nos presenta un panorama tan amplio como desalentador. En su análisis sobre el gueto norteamericano principalmente, pero también sobre la “periferia urbana francesa”, detalla algunos elementos muy notorios, que no reconocen fronteras y que se manifiestan empíricamente cualificando las formas de esta “nueva pobreza” global, destacando “el desempleo de larga data o la actividad ocupacional precaria, la acumulación de múltiples privaciones en los mismos hogares y barrios, el achicamiento de las redes sociales y el aflojamiento de los lazos sociales [...]” (pg. 123,124)

Dos elementos más, centrales en las descripciones de Wacquant sobre la marginalidad urbana son el estigma étnico-racial que pesa sobre estas gentes y que enfatiza su reclusión espacial; y el repliegue del Estado propiciado por “el colapso de las instituciones públicas” (pg. 112) una vez se extiende la política del abandono y la puesta en marcha de mecanismos represivos y punitivos.

La *nueva pobreza urbana* no es una cuestión exclusiva del gueto negro, ni de la cité, ni siquiera aun de la universalmente llamada “periferia” urbana de las grandes ciudades. La marginalidad se atomiza y se extiende creando “enclaves de pobreza”, como los llama Wacquant, que producto de los incesantes flujos migratorios, la precarización del mercado laboral y los efectos de dispersión que tienen las políticas públicas represivas, se reproducen de múltiples formas y tamaños, y a lo largo y ancho del tejido urbano.

En definitiva, podríamos decir que estos sectores de la población, víctimas de la exclusión socioeconómica y la segregación espacial, sufren una especie de cuádruple marginalidad: 1. Con respecto del mercado laboral, dadas su expulsión del circuito económico-productivo y la imposibilidad de reinsertarse en él; 2. Con relación a las esferas del consumo, manteniéndose al margen también de los elementos e infraestructuras más básicas para una vida digna; 3. Por cuanto experimentan en sus vidas cotidianas el repliegue del Estado y la inhabilidad para acceder a los beneficios de la asistencia social (cada vez más precaria e inalcanzable); y 4. Una marginalidad física que se expresa, por un lado, en la segregación espacial y, por otro, en la decadencia de su entorno físico.

Se trata de una población “sobrante” que constituye grandes sectores que tienden a encontrarse *al margen* de los procesos económicos y políticos oficiales; y también, por supuesto, en *el margen* del espacio físico y social.

Esta consideración sobre el *espacio marginal* y en particular sobre el hecho de que puede definirse esencialmente por sus ausencias (la del Estado -con todo lo que este trae-, el trabajo, las redes sociales) permite remitirnos al sugerente análisis de las relaciones entre el espacio físico y el espacio social que hace Pierre Bourdieu (1999) con atención especial, precisamente, a los enclaves de pobreza urbana. El autor nos llama la atención sobre el hecho de que en una sociedad claramente jerarquizada no existe espacio alguno (ni físico, ni social) que no se encuentre igualmente jerarquizado. De esta forma, el espacio físico constituye la proyección sobre el terreno de las condiciones (relaciones y posiciones) del espacio social. Los diferentes campos, en este caso, aluden a los diferentes espacios “reificados”, es decir, “espacios sociales físicamente objetivados”. Los lugares y posiciones concretas dentro del espacio reificado son puestos en disputa, por decirlo así, en las luchas por la apropiación del espacio.

De aquí que podamos atrevernos a considerar que las condiciones físicas del espacio habitado, expresan con claridad y dramática contundencia la precaria situación en la que se encuentran los marginados respecto del espacio social en su conjunto y, más aún, las manifestaciones empíricas de los efectos de la segregación y la exclusión. Su vida cotidiana implica, en muchos casos (como en el de los *trabajadores de la calle*) y por múltiples razones, una incesante lucha por la apropiación del espacio, dentro y fuera de los enclaves de pobreza.

Por lo pronto creo prudente cerrar aquí la consideración sobre los elementos conceptuales con objeto de no incurrir en la repetitividad y de mantener una relativa concentración en intentar dar cuenta por ahora de lo más elemental: “el circuito de la chatarra” como una forma de trabajo marginal en el espacio público, el papel que juegan los chatarreros senegaleses dentro de él, y la forma cómo dicha práctica condiciona y cualifica sus vidas cotidianas.

No obstante, es importante señalar, al menos en breve, algunas ideas que deben ser tenidas en consideración dadas las condiciones específicas del objeto de estudio y en función de ciertas intuiciones analíticas que espero poder resolver más adelante.

Primero cabe señalar la importancia que revisten las sugerentes ideas de Michel De Certeau (1996) respecto del efecto “espacializador” de las prácticas sociales, y la forma cómo el espacio (físico y social) se cualifican en virtud de las prácticas cotidianas de los agentes que lo ocupan y lo apropian.

Este particular asunto, en su momento, fue restituido analíticamente y de manera magistral por Henri Lefebvre (2013); heredero no solo de la crítica de la economía política de Marx, sino también, y muy especialmente, de las ideas de Simmel sobre las relaciones de influencia mutua y recíproca entre las condiciones objetivas del espacio y las formaciones sociales. Para Lefebvre el espacio es producto y medio de producción al mismo tiempo; comporta una triple dimensionalidad: es social, físico y mental, y cada una de estas tres dimensiones y sus intrincadas relaciones son producidas socialmente.

De esta forma, es posible acudir a la idea de que producto del desarrollo de ciertas prácticas marginales de supervivencia, los actores producen una forma de espacio social determinado un *espacio subsistencial*, y la sociedad en pleno consolida un espacio residual pero incorporado.

En segunda instancia, pero no menos importante, el *circuito de la chatarra* nos obliga (al menos a mi) a contemplar con especial interés una perspectiva centrada en lo que Arjun Appadurai (1991) llama la “vida social de las cosas” que, a mi modo de ver, puede tener dos enfoques: uno que pone su atención sobre la forma en que las cosas fluyen por diferentes circuitos mercantiles (“rutas” o “desviaciones”) y, con ello, por diferentes regímenes de valor -énfasis claramente propuesto por el autor-; y otro que acentúa más sobre las formas (cotidianas o extraordinarias) como se relacionan hombres y cosas. Al respecto, para empezar, la chatarra (en el marco del trabajo informal y marginal de recolección, separación y comercialización) podría considerarse como una *mercancía desviada*. Resalta además pertinente y llamativo un intento por capturar, en la medida de lo posible, una biografía cultural de las cosas (Kopytoff, 1991), o incluso intentar comprender, si es del caso, la vida subjetiva de ciertas cosas (Santos Granero, 2012) en el mundo en el que viven y del que viven los chatarreros.

Serán estos, esfuerzos analíticos centrales en otras instancias; sin embargo, la importancia de tenerlos presentes es medular ya que muy seguramente (dadas las condiciones de los actores y las prácticas en cuestión, y dadas también mis afiliaciones conceptuales) se mostrarán como factores importantes en el trabajo de campo.

## Lo que se dice y lo que se hace: lo que acontece

Es probable que la honestidad (en este caso la reflexividad) que procuro mantener sobre mis opiniones, mi experiencia, mis interpretaciones y el real curso que ha seguido el trabajo de campo en esta investigación, no se adapte con precisión o no llene a cabalidad las expectativas más académicas -disciplinares- sobre el asunto. Así como tampoco, lo que fue posible hacer (esto es: a lo que tuve acceso y en lo que pude participar), resultaron hechos concordantes con lo propuesto inicialmente, precisamente desde el ámbito académico. Y es que por lo general la realidad desborda, bien por exceso o bien por defecto, las pretensiones ordenadas del rigor académico.

En todo caso, como se detallará a continuación, ha sido posible una aproximación etnográfica al objeto de estudio marcada fundamentalmente por una forma de observación-participación que me ha llevado a incorporarme en la vida cotidiana de la *Sunu Village*, un pequeño enclave de pobreza en el sector de Les Glories<sup>3</sup> que he visitado desde octubre de 2015 entre 3 y 5 veces por semana, y desde donde he podido seguir los diferentes cursos del circuito de la chatarra y otras formas tácticas de subsistencia; y donde además, claro está, he podido acceder a algunas dimensiones de la vida social que tejen quienes coexisten allí.

### **Breve esbozo del caso**

Denominamos comúnmente *chattarreros* a un conjunto de individuos (aún está por verse si conforman una colectividad determinada) identificables dados algunos aspectos que pueden discernirse de una observación preliminar: su visibilidad en el espacio público; la ejecución de una práctica de trabajo informal en dicho espacio, que da origen a su denominación, y que consiste en la recuperación irregular (no sistemática ni organizada, además de informal) de residuos metálicos urbanos; su numerosa y repetida aparición, lo que a su vez produce campos de lucha y fuerza en donde adquieren estatus de

---

<sup>3</sup> La dirección exacta del predio que *okupan* (una casa y un lote contiguo) no las mencionaré por respeto a la decisión de los informantes quienes, desde un principio, me han pedido no hacer ningún tipo de divulgación que pueda afectarlos, en especial por dar cierto grado de visibilidad que no desean y que ya han comprobado como negativo para sus intereses de supervivencia en el Estado español. De igual manera, la decisión expresa de los propios hombres de la *Sunu Village* explican la ausencia del uso de instrumentos de fotografía, video y audio.

perseguidos, marginados, pero también de agentes de nuevas formas de trabajo, de resistencia y reivindicación de derechos; y una suerte de “aceptación” y reconocimiento social que, al menos, los tolera silenciosamente.

La imagen más clara de los chatarreros que aquí interesan, es la de aquellos grandes hombres negros africanos, que ejecutan el oficio de la recolección de residuos metálicos en la calle, en medio de un incesante movimiento inherente a dicha “táctica” de subsistencia (De Certeau). Haciendo uso de un carrito de supermercado, recogen chatarra del andén o de algún rincón en algún barrio, de obras de demolición o remodelación, y principalmente de los contenedores en ocasiones privados y la mayoría de las veces propiedad de ayuntamiento, en donde algún particular la ha dispuesto como basura.

Hacia mediados del año 2012 una gran cantidad de ellos fueron objeto de una serie de sonados desalojos concentrados principalmente en el Poblenou y en Sant Adrià, donde okupaban naves industriales que les servían de centros de limpieza y acopio, así como de lugar de vivienda. Más recientemente (desde finales de 2014 hasta mediados de 2105) protagonizaron ciertas movilizaciones mediante las cuales reclamaban su derecho al trabajo, a la ciudad y a una vida digna. El resultado de una no muy larga pugna con el gobierno local de la época (Xavier Trias, alcalde de Barcelona durante 2011-2015) fue su expulsión del sector de Les Glories y la desactivación de su lucha y su intento de organización. De toda esta tensionante situación surgió además Alencoop, una cooperativa a la que se le adjudica permiso para operar legalmente en la recolección de residuos metálicos (con las respectivas limitaciones horarias y geográficas claro está), creada por Labcoop una entidad encargada por el Ayuntamiento para la ideación de una inciativa que diera salida formal al problema de los chatarreros, o a algunos de ellos al menos, con objeto de silenciarlos y de ejecutar alguna medida que mostrar. El resultado ha sido irrisorio: 30 autorizaciones de trabajo acompañadas del respectivo disfraz y un medio de transporte formalizado que desconoce a todas luces las verdaderas condiciones físicas e instrumentales de la labor. La innumerable cantidad de hombres que han quedado excluidos de dicha “medida de asimilación” han retornado al anonimato; encontrando en el abandono institucional la estrategia más eficaz en

procura de continuar con la única actividad con la que cuentan para asegurar su supervivencia.

Los chatarreros constituyen, en definitiva, un grupo relativamente organizado dentro del cual cada individuo experimenta una trayectoria singular, pero donde todas están, muy seguramente, marcadas por la precariedad económica y laboral y por la marginación y segregación socio-espacial que parecen evidentes. Además, constituyen un caso de clara pertinencia y relevancia respecto de las formas que adquiere la nueva pobreza urbana y, en particular, una que encuentra en el espacio público (en su uso, apropiación y producción) los medios y mecanismos de subsistencia e identificación.

### ***La formulación inicial y la puesta en marcha***

Inicialmente, contando apenas con un conocimiento superficial del asunto y sin haber formalizado ninguna relación con informantes específicos, la estrategia metodológica pretendía acudir a ciertos procedimientos orientados rigurosa y ordenadamente. Es así como en un comienzo formulaba la intención de acceder empíricamente al fenómeno en cuestión desde dos frentes complementarios: primero, un seguimiento sistemático a los recorridos de los chatarreros, inicialmente de manera encubierta y posteriormente acompañando su ejecución, de forma que lograra abarcar ordenadamente una observación durante los diferentes momentos del día y los diferentes días de la semana para capturar todas las variaciones del recorrido y poder dar cuenta de los elementos más funcionales y operativos del oficio. Segundo, la ejecución de una serie de entrevistas semiestructuradas que, en rigor, permitieran conocer de primera mano las representaciones que los chatarreros elaboran sobre su vida cotidiana y en particular sobre su forma de subsistencia.

Nada de esto, por fortuna, pudo ser exactamente así. Digo por fortuna pues ya he visto los problemas de las aproximaciones acartonadas que reproducen en sus operaciones y por sus influencias un escenario drásticamente artificial. Y si bien, no es esta una investigación sobre un pueblo “exótico” y lejano, que implique la permanencia absoluta y sin interrupción en la vida de la comunidad, el modo en que tuve acceso al caso de estudio y la forma como me incorporé a la cotidianidad del mismo, hicieron de la observación participante un asunto condicionado por el lento y simple proceso de la vida diaria, sucediendo tal cual sucede todos los días; y convirtieron las entrevistas en

conversaciones espontáneas, aunque no por ello sin objetivos, de muy distintas formas y extensiones.

De esta forma, el trabajo de campo fue orientado básicamente por una honesta intención explícita de incorporarme a la vida cotidiana de la Sunu Village, de conocer a sus gentes y de tratar de aprender sobre su oficio. Fue así, como fue posible una participación sostenida en el trabajo y la experiencia diaria de estos hombres, dentro del espacio okupado y afuera en las calles durante el recorrido; de allí, el establecimiento de relaciones interhumanas (unas más estables y sólidas que otras) que permitieron posteriormente sostener conversaciones mediante las cuales intentaba profundizar asuntos de interés en torno al trabajo, la calle, el espacio público, la ciudad, su condición marginal, sus estrategias de supervivencia, su vida colectiva, etc.

Pero de igual forma como las técnicas e instrumentos se depuraron (y hasta desaparecieron), el acceso al fenómeno de interés y a la delimitación de un caso de estudio no fue tarea fácil. El proceso hasta hoy ha podido nutrirse no solo desde varios frentes y formas de aproximación, sino también a partir de sus múltiples dificultades.

Después de definido el interés sobre el fenómeno de los chatarreros de Barcelona, me aboqué al centro de la ciudad para intentar verlos, seguirlos y contactarlos. De allí surgieron mis primeras observaciones consignadas, siguiendo (inicialmente de encubierto) el recorrido de algunos chatarreros, como también mis primeros problemas con la comunicación y la aceptación; mi interés por la actividad que estaban desarrollando me llevó a interpelar a varios de ellos en la calle, manifestándoles mis intenciones de “seguirlos y estudiarlos”, pero fui rápidamente rechazado, en ocasiones de forma un tanto agresiva. Los chatarreros senegaleses llevan a cabo su oficio de forma muy acelerada, sin mayores interrupciones y en medio de un intento por pasar desapercibidos, con lo que resulta comprensible el rechazo a cualquier forma de interacción ajena a su trabajo y a sus pares. Además, el lenguaje sigue siendo un importante obstáculo a la comunicación precisa y prolongada.

De las apresuradas pero nutritivas derivas callejeras en busca de chatarreros, pasé en poco tiempo a una búsqueda más sistemática de algún tipo de conexión que me diera

acceso. En última instancia me fue posible contactar con Mamadou Kheraba Drame quien en lo sucesivo y prácticamente sin saberlo se convirtió en mi *padrino*<sup>4</sup> *virtual*. Kheraba es un hombre ampliamente reconocido entre los chatarreros y goza de un importante estatus entre ellos. En varias ocasiones he oído como se refieren a él como “the King” por su conocimiento del oficio, por su capacidad de organización y por la forma en que logra gestionar la cohesión del grupo; “cuando Kheraba está todo marcha bien, hay trabajo y no tenemos problemas” dice Gambia, un hombre chatarrero de la Sunu Village.

Pues Kheraba me indicó a donde ir y por quien preguntar. Además, me instó a que dijera directamente que venía de parte de él (todo a través de un contacto por redes sociales que no duró más de dos conversaciones cortas. Ha sido prácticamente imposible sostener contacto con él, ahora vive en Berlín).

Así lo hice; cuando acudí por vez primera al pequeño enclave de pobreza en donde me dijo que encontraría lo que buscaba, me presenté, expliqué abiertamente mis intenciones pues he optado porque se sepa quién soy y a que vengo desde el principio, y finalmente mencioné que venía recomendado por él. Casi inmediatamente obtuve la aceptación necesaria para volver al otro día y comenzar mi viaje en la Sunu Village.

Una vez allí fui recibido con especial atención por Ammadu Gaye quien es la cabeza del acopio y la clasificación del material recuperado en la Sunu Village. Am, como me referiré a él en lo sucesivo, se convirtió rápidamente en mi portero<sup>5</sup> y mi informante principal.

A partir de allí comenzó un trabajo de campo comprometido con el aprendizaje del oficio (pues la mejor forma de estar allí siempre ha sido trabajar) y la observación participante al mismo tiempo, que se ha extendido desde el mes de octubre de 2015 hasta la actualidad; y si bien las primeras aproximaciones han sido difíciles básicamente por mi

---

<sup>4</sup> Hammersley & Atkinson (1994), en su reflexión sobre el método etnográfico, aluden al padrino como una figura que ayuda al investigador en su contacto directo con los informantes. Es quien lo recomienda, lo presenta y lo pone en posición de interlocutor. Se trata de alguien que, por su cercanía y confianza con los sujetos de estudio (en ocasiones por su pertenencia) acerca al investigador al centro de agrupaciones que de otra forma permanecerían herméticas y selladas para él.

<sup>5</sup> Ibid. El portero representa esa persona que “abre la puerta” permitiendo el acceso y la participación en prácticas y lugares en los que la voluntad propia de quien investiga no sería suficiente. Además, al menos en este caso, Am ha hecho con gusto las veces de interprete, acompañante y colaborador.

extrañeza y mi ignorancia sobre sus formas de vida, además de por sus comprensibles reticencias, durante este tiempo he logrado establecer relaciones que me han permitido llegar tanto a los elementos funcionales más escondidos del oficio como a ciertas expresiones muy privadas de su forma de vida.

Todo el trabajo llevado a cabo allí ha sido registrado “en caliente” en un diario de campo dividido en dos secciones: una destinada al registro en detalle de las experiencias vividas día a día y que se mantiene hasta hoy sin editar, y otra, en la que se consignan, se ordenan y se depuran a modo de transcripción, algunas de las conversaciones sostenidas.

Gracias a este acceso ya ganado y por lo pronto sostenido, ha sido posible adoptar cierta postura respecto del caso y, por decirlo así, de las “tácticas analíticas” a poner en marcha.

En primer término, una decidida intención de aprender a participar exitosamente en la vida cotidiana de la Sunu Village y sus elongaciones urbanas, sometiéndome a sus propias reglas de juego y a vivir en carne propia las situaciones por las que atraviesan los informantes.

Segundo, un compromiso con la producción de un conocimiento modesto y circunscrito que ponga de relieve cualidades culturales específicas, y que dé cuenta de una alteridad de forma tal que se superen los límites del sentido común y de los acomodos teóricos siempre perfectibles. Intentando además evitar sociocentrismos y etnocentrismos mediante lo que podría denominarse como una “exotización del mundo familiar” (Guber, 2013). No obstante, dicha exotización podría ponerse en duda por lo que realmente tienen de exótico el fenómeno (ampliamente extendido y cuya emergencia no resulta sorprendente) y los sujetos en cuestión (personas migradas hasta desde hace 15 años).

Tercero, entender que, si bien la diversidad se construye teóricamente como algo relevante desde la perspectiva del investigador para las descripciones y explicaciones que elabora, también señala la importancia de capturar las manifestaciones empíricas en las que descansa y se apoya, y que son la materia prima de las relaciones y las representaciones que constituyen la vida social del grupo, así como el sustrato principal que da la textura de los resultados de la investigación.

Cuarto, el firme intento de que lo que sea consignado en estas líneas represente y respete la “perspectiva del actor”; que hace referencia, por un lado, al conjunto de acciones y nociones propias del contexto y que solo cobran sentido en cuanto constituyen ese universo social en particular y, por otro, al “sistema” de referencia compartido que articula dichas acciones y nociones (y sus sentidos asociados) a través de la propia actividad e interpretación de los actores.

No obstante, este intento por develar la perspectiva del actor y elaborar una reconstrucción analítica del fenómeno a través de sus propios elementos, debe evadir también, como lo sugiere Wacquant (2012), la tendencia a elaborar estereotipos idealizados. La fuerte crítica que hace Wacquant a la etnografía urbana y a sus “desaciertos permanentes”, con referencia particular a las obras de Duneier, Anderson y Newman, sugiere que estos incurren en el error de reemplazar los estereotipos sociales del sentido común que la etnografía debe combatir por “figuras de cartón pintado” ideales, que el etnógrafo hace surgir del mismo escenario simbólico. El problema radica en sustituir su propia realidad por una “versión positiva de la misma figura social deformada”, a través de un ejercicio de interpretación al parecer orientado a una suerte de reificación de los actores, probablemente en contraposición a la tendencia en torno a la criminalización de la pobreza, pero que no hace más que seguir reproduciendo formas de totalización estigmatizantes.

Por algunas de estas razones, así como por las condiciones específicas en las se ha dado el acceso a los casos de estudio y la posterior incorporación en la vida diaria de los informantes, el trabajo de María Teresa Salcedo (2012) ha representado un modelo etnográfico muy útil en especial respecto del proceder mismo del trabajo de campo y con atención al lugar de donde surgen los elementos fundamentales que ordenan las descripciones e interpretaciones: la interacción con los informantes bajo sus propias reglas y en el curso de sus propias prácticas.

En un claro interés por lo concreto e irrepetible, Salcedo incorpora una lógica que se ajusta a lo inestable, a lo variable, a lo diverso y plural, a lo irregular, y vehicula su interpretación principalmente con lo que surge de las interacciones que sostiene en

medio de dicha inestabilidad, dentro de la vida cotidiana de unos informantes y unas prácticas marginales, con sus ritmos y prioridades, por lo general muy dispares respecto de un “diseño de investigación”.

La forma de su perspectiva cualitativa, señalada arriba, le concede un papel central a la invención y le otorga un lugar privilegiado al azar y lo inesperado. No se someta a rutina alguna, más allá de las que dicta una realidad inestable e insegura, un campo heterogéneo y discontinuo.

Además de incorporar una lógica interaccionista, por cuanto concede a la interacción social la fuente fundamental de toda situación humana y, en especial, de sus significados asociados, reconoce también y parte de la idea de que el trabajo de campo, como forma de interacción, implica hacerse partícipe de la construcción misma de la realidad social que estudia.

*Una etnografía no surge de entrevistas o de observaciones de la vida cotidiana de la gente, realizadas con el único y limitado propósito de someter un producto a la academia. [...] Considero el acto de escribir una etnografía como una práctica corporal, en la que el etnógrafo incorpora formas de escritura y prácticas narrativas que son relatadas y actuadas en la interacción entre el etnógrafo y la comunidad. (pg. 157)*

Salcedo, en definitiva y en concreto, presenta bajo un prisma analítico muy amplio las formas como se re-crea *la cultura de la calle*, a partir de la experiencia de los recicladores informales de basura de Bogotá, dentro de la que se inmiscuye y de la cual termina siendo artífice.

## La recuperación de residuos como objeto de estudio

El caso de los chatarreros remite, claramente, a un objeto de estudio centrado en el trabajo informal en líneas generales y en los procesos de recuperación de residuos urbanos a nivel particular. Este último énfasis, dada su particularidad, es tomado como punto de referencia para establecer un estado de la cuestión que, no obstante algunas aportaciones recientes, se concentra principalmente en casos latinoamericanos, en donde el fenómeno y los consecuentes esfuerzos comprensivos tienen ya una trayectoria histórica considerable y una producción intelectual numerosa, en especial desde la Argentina. En el caso de las ciudades europeas el asunto es aun relativamente nuevo como objeto de estudio y escasas son las aproximaciones al particular caso de los chatarreros y otros recuperadores o recicladores urbanos informales.

Si bien las formas de aproximación son diversas, así como distantes son los contextos en los que los fenómenos estudiados se desarrollan, es posible ver en las aportaciones hechas hasta ahora sobre la recuperación informal de residuos sólidos urbanos, algunos elementos transversales y prominentes que permiten describir el panorama general de la cuestión y las distintas formas de abordarla sin el ánimo de restringir sus alcances mediante esta clasificación.

Dado que el fenómeno de la recuperación de residuos no es nada nuevo, como menos lo son las condiciones de producción y consumo que generan una excesiva variedad y cantidad de *basura urbana*, hay quienes se embarcan en el intento de reconstruir una historia sobre las formas como se administra dicha recuperación, pero también sobre aquellas que emergen producto de iniciativas particulares, las más de las veces derivadas de condiciones de extrema marginalidad.

Bajo esta perspectiva podemos encontrar algunos esfuerzos por presentar un panorama histórico general sobre la recuperación de residuos, como es el caso del trabajo de Martín Medina (2007) quien señala que a pesar de ser una práctica significativamente recurrente en la mayoría de países en vías de desarrollo en la que grandes porciones de la población vulnerable encuentran sus posibilidades de supervivencia, “su estudio

sistemático ha sido casi ignorado por académicos”. Medina, con atención particular sobre el reciclaje (recuperación con fines de reutilización) presenta una síntesis sobre las formas en que este se lleva a cabo en diferentes ciudades de África, Asia y América Latina, incluyendo también una interesante reflexión sobre las variaciones formal e informal del proceso, donde destaca su atención sobre la larga data de esta última variante y sobre cómo ha sido víctima de políticas públicas orientadas principalmente por las percepciones sociales negativas que se construyen sobre los recicladores.

La localización (en términos temporales) de la emergencia del fenómeno de la recuperación informal de residuos es un asunto sin resolver. De hecho, para llamar la atención sobre la pertinencia socio-histórica del asunto y lo imbricado que se encuentra en el desarrollo de las ciudades, Pablo Schamber sugiere que “Siempre hubo un circuito paralelo en la recolección de la basura [...] La recuperación de residuos está asociada a la crisis del desempleo, en la segunda mitad de los ‘90. Pero se inicia casi con la historia de la ciudad, cuando sus habitantes comenzaron a generar desperdicios que podían tener alguna utilidad comercial”<sup>6</sup> refiriéndose al caso de los cartoneros y los cirujas de Buenos Aires. Sin embargo, también reconoce que la masividad con la que se presenta actualmente está asociada a las grandes crisis económicas y laborales de las últimas décadas. De igual manera lo anotan Daniel de Lucca Reis Costa (2007) y Federico Parra (2007) para los casos de São Paulo y Bogotá respectivamente, quienes aluden al papel histórico que han jugado la segregación espacial producto de las dinámicas inmobiliarias y la percepción sobre la violencia urbana en el primer caso, y el desempleo, el subempleo y el desplazamiento forzoso en el segundo.

Es así como la mayoría de historias sobre el fenómeno tienden a concentrarse sobre casos específicos y sobre las transformaciones que han sufrido gracias, principalmente, a las condiciones que emanan de ciertas lógicas estructurales, más que de sus propios procesos de configuración interna. Verónica Paiva (2005) distingue, precisamente, entre

---

<sup>6</sup> Entrevista publicada por el diario argentino Página 12 el viernes 19 de noviembre de 2008. Fecha de consulta: 15 de mayo de 2016, en <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-116995-2008-12-19.html>

la “gestión oficial de los desechos” y la “recolección informal” que, no obstante, han coexistido desde el siglo XVI al XX (concretamente hasta la década de 1970) en un desarrollo paralelo condicionado históricamente, según su ambicioso rastreo, por la incorporación paulatina de diferentes técnicas de tratamiento de los residuos en su disposición final. Así como también atiende al hecho de la aparición de “nuevas modalidades de recolección informal” que emergen en un contexto de crisis económica durante la década de 1990 en Buenos Aires.

En ese intento de monitorear una historia específica Verónica Paiva y Mariano Perelman (2008) se acercan a la historia del cirujeo en Buenos Aires a partir de dos momentos históricos específicos (1860 a 1917 y 1920 a finales de la década de 1970) y en dos barrios concretos en donde se agrupaban los cirujas en cada uno de dichos momentos y que eran lugar de vivienda y lugar de trabajo al mismo tiempo. Allí, los autores plantean, a partir de las formas específicas en que se desarrollaba la labor en cada momento y de las condiciones en las que vivían sus protagonistas, una interesante reflexión sobre el papel que jugó el sistema formal de gestión pública de los desechos en la configuración de las modalidades informales.

Perelman (2007), además, nos presenta también un detallado seguimiento sobre las transformaciones del cirujeo en los últimos años poniendo en discusión la categoría trabajo y sus elongaciones, propias especialmente de quienes se ven abocados al “rebusque”.

Consecuentemente, los trabajos de Parra (2007), Schamber y Suárez (2007), Paiva y Perelman (2008), Alvarez (2012), entre otros, intentan establecer las formas en que el marco estructural que ponen en marcha las instituciones sobre la administración y la gestión de los residuos y las medidas orientadas por la política pública, establecen un sistema de relaciones y un campo de fuerzas determinado sobre los procesos de recuperación informal, por un lado, y facilitan no solo la emergencia de estas modalidades, sino que también terminan cualificándolas, por otro.

De otra parte, como es apenas comprensible, es posible advertir un potente énfasis sobre las condiciones económicas y laborales específicas de donde emergen estas prácticas

marginales, sobre las transformaciones de la propia idea del trabajo y sus modalidades, sobre la vulnerabilidad, el estigma y otro tipo de violencias a las que se enfrentan los recuperadores informales de residuos; es el caso de los trabajos de Martín, Ruggerio, Miño, Flores y Walter (2007); Perelman y Boy (2012); y Aimetta (2009).

De igual forma que vemos las reflexiones sobre el trabajo y la marginalidad que enfrentan transversalmente los actores de la recuperación informal de residuos, algunos trabajos como los de Bonfiglio, Chávez y Gutiérrez (2011); Rodríguez (2011); Suarez, Sardo, Miño y Parodi (2011); y Clausen y Espinosa (2011), nos presentan con cierto detalle algunas de las variaciones más importantes del trabajo de recuperación y reciclado, y algunos de los circuitos mercantiles más sobresalientes que abre la recuperación de residuos. Los plásticos, el hierro, los residuos electrónicos, y algunos bienes recuperados y reinsertados en otras rutas o “desviaciones”, son algunos de los casos como se presentan las diferentes variaciones en las cadenas del descarte, la recuperación y el reciclado.

Pero un poco más allá de estas variaciones y producto de sus particulares coyunturas, así como de las condiciones que los recuperadores han tenido que enfrentar sostenidamente en el tiempo, son también muy visibles las aportaciones en torno a diferentes formas de organización y agencia. Es así como los trabajos de Souza (2007); Buldani (2007); Koehs (2007); y Calello (2007), nos muestran diferentes formas organizativas que pretenden no solo una resistencia coyuntural sino también una movilización que redunde en experiencias asociativas que pretenden cierta formalización de su trabajo y una perseguida visibilización institucional que, no obstante, no siempre ha resultado funcionalmente positiva. Por su parte, Dias y Goulart (2011); Parra (2011); Alvarez (2011); Cutina (2011); y Ruggerio (2011), nos muestran como ciertas condiciones estructurales y algunas iniciativas organizativas demuestran la consolidación de importantes lazos sociales, por un lado, y una suerte de conciencia que constituye a diferentes recuperadores como nuevos actores en la formulación y puesta en marcha de las políticas públicas, por otro.

Finalmente, un interesante énfasis propiamente etnográfico aparece de manera transversal e inevitable en casi todos los trabajos mencionados. Sin embargo, constituye el centro de atención fundamental sobre el que giran algunos esfuerzos directamente orientados a las experticias de la vida cotidiana de los recuperadores. Por un lado, sobre cómo en el curso de esa vida cotidiana se configuran determinadas subjetividades y como estas impulsan y cualifican funcional y simbólicamente la labor, como en los trabajos de Abduca (2011); y Perelman (2011). Y, por otro, sobre la conformación de identidades colectivas y personales producto de esa experiencia cotidiana marcada por la marginalidad y unas violencias en algunos casos muy difíciles de detectar pues se desarrollan en lo más profundo del sentido que los recuperadores construyen sobre su condición y los estigmas a los que están sujetos, sobre lo que dan cuenta Sabina Dimarco (2007) en su trabajo sobre las vidas detrás de la basura de los cirujas y cartoneros bonaerenses; y María Teresa Salcedo (2012) a partir de la experiencia de recicladores de Bogotá, a través de una clara etnografía interaccionista.

Localmente, es importante destacar el trabajo de Julián Porras (2014), quien aborda una descripción sociológica de los chatarrereros subsaharianos en Barcelona, a partir de dos casos de estudio. Si bien es visible cierta exhaustividad en la descripción del contexto y sobre cómo funcionan dos formas concretas de recuperación, el principal interés de Porras gira en torno a poner en tensión la categoría misma de trabajo, señalando la profunda fragmentación entre actividades formales e informales y las múltiples formas en que el trabajo de estos recuperadores es ocultado o invisibilizado.

Con esto, queda dado el panorama general sobre el estado de la cuestión de la recuperación de residuos urbanos; destacando los prominentes énfasis sobre el trabajo, la vulnerabilidad, la marginalidad, pero también sobre las formas organizativas de resistencia y de agencia. Con la etnografía a continuación pretendo sumar un aporte a estas contribuciones que dé cuenta de la recuperación como proceso y de ésta como una forma de vivir la marginalidad socioeconómica y la segregación espacial, a partir de

las experiencias cotidianas de los chatarreros subsaharianos de la Sunu Village y de los discursos, actuaciones y significaciones surgidos a partir de mi interacción con ellos.

## SEGUNDA PARTE

### **Africano Chatarrero (el contexto según un aprendiz de etnografía)**

#### ***A modo de introducción***

La etnografía que aquí comienza está circunscrita, salvo algunas excepciones que serán obvias, al caso de los chatarreros senegaleses de Barcelona y específicamente se encuentra delimitada a un pequeño enclave de pobreza, a sus actores y sus prácticas cotidianas (que por supuesto no se limitan a dicho enclave), que desde el planteamiento he llamado la *Sunu Village*; denominación que tomo en préstamo de la propia expresión de sus habitantes.

De esta forma, mi interés inicial es dejar claro que las descripciones acá emprendidas corresponden y hacen referencia a la mencionada delimitación y que las interpretaciones surgen de las interacciones que han sido a posibles dentro de sus propios límites.

Además, es importante repetir, que a esta delimitación empírica se suma una más que es principalmente analítica. Con esto quiero decir que algunos elementos conceptuales serán privilegiados en el ejercicio descriptivo, pero que surgirán en la medida en que la propia complejidad específica del caso lo permita y no en un intento de producir generalizaciones reduccionistas. De cualquier forma, debo admitir que solo puedo hablar sobre y desde la *Sunu Village*. Estas categorías conceptuales, como puede deducirse del planteamiento inicial, girarán principalmente en torno a lo relativo al trabajo, la marginalidad, la pobreza y la supervivencia urbana, a la experiencia de uso del espacio urbano, y, finalmente, a las condiciones físicas en las que estas dimensiones se expresan.

Pero, ¿qué es la *Sunu Village*? Con *Sunu Village* hago referencia a: 1, un pequeño *territorio* urbano, un predio específico okupado y cualificado totalmente al margen de cualquier principio o política urbanística que lo reconozca (aunque de hecho, en cierto sentido, es resultado de ellas), y que es tan concreto y coyuntural como estratégico; 2, a un diminuto enclave en donde la pobreza cristaliza en la experiencia cotidiana y se

objetiva en el espacio físico como condición y cualidad fundamental; 3, a un *lugar* donde emerge y se consolida una forma laboral específica de subsistencia colectiva, acordada, unívoca y experta; y 4, por supuesto, aludo al conjunto de hombres que la constituyen y que la configuran social y culturalmente.

La Sunu Village es una pequeña casa y un patio adjunto en el sector de Les Glories en donde se refugian y trabajan alrededor de 25 chatarreros senegaleses. Es un predio que han *okupado*<sup>7</sup> y acondicionado progresivamente después de que muchos de ellos fueran víctimas de los sonados desalojos de las naves del Poblenou (la de la calle Puigcerdà # 127 específicamente) y de otras tantas entre 2012 y 2015. Allí encuentran un espacio de relativa tranquilidad ante la arremetida de la política pública represiva que los persigue por su condición ilegal y marginal, es decir, por carecer de documentación en regla producto de las restricciones de ciudadanía que pesan sobre ellos y por llevar a cabo una práctica laboral informal en el espacio público. Ha sido y sigue siendo un lugar en donde muchos encuentran refugio cotidiano a sus múltiples coyunturas, pero al mismo tiempo es un espacio estratégicamente localizado y cualificado en procura de la supervivencia.

Dicho lugar, como es comprensible y a pesar de su centralidad urbana, ostenta unas cualidades físicas propias de los límites de la miseria urbana. Allí la pobreza condiciona cada trayectoria de forma que la vida cotidiana deviene en un cúmulo de tácticas adaptativas para intentar paliarla. Las necesidades básicas no pueden ser satisfechas dado que el acceso a la vivienda, a servicios sanitarios dignos y a la educación son sencillamente inalcanzables tanto por la iniciativa individual como por la vía institucional, y su capacidad económica es en extremo limitada. Las condiciones de vida ubican a estos hombres en el margen de la extrema pobreza urbana por lo que respecta al capital físico individual (vivienda) y colectivo (infraestructura), así como por el capital humano individual (educación) y el capital social básico (composición del hogar y hacinamiento).

---

<sup>7</sup> El Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española define *okupar*: 1. tr. jerg. Tomar una vivienda o un local deshabitados e instalarse en ellos sin el consentimiento de su propietario. Consultado en [www.rae.es](http://www.rae.es) el 15 de junio de 2016.

A pesar de dichas condiciones que parecieran ser propias de una suerte de inactividad e incapacidad para la acción absolutas, lo que allí ocurre es todo lo contrario. La Sunu Village se caracteriza también por ser un lugar que no descansa. Todos los que allí coexisten manifiestan una entrega y dedicación al trabajo que parecen adheridas a una ética ya extinta, no solo son conscientes de la necesidad de dicha dedicación, sino que también creen firmemente en sus virtudes morales; la histórica contradicción entre trabajo excesivo y escasa retribución se expresa aquí de la forma más dramática. Sus condiciones extremas los han abocado a una práctica laboral marginal de subsistencia; se dedican a la extenuante labor de la recolección, “limpieza” y posterior venta de residuos sólidos metálicos; son chatarreros a tiempo completo, por lo que se ven exigidos a larguísimas jornadas de trabajo y a esfuerzos físicos que no muchos lograrían soportar y muchos menos están dispuestos a realizar. Se encuentran implicados en una larga cadena de recuperación de materiales reciclables que, paradójicamente, es absolutamente formal en términos agregados; los chatarreros no son más, ni menos, que el extremo marginal invisibilizado pero estruendosamente visible de dicha cadena.

Pero estos hombres no son solo chatarreros y la Sunu Village no es solo un depósito. Allí se conforma un grupo cultural particular y distinguible, formado por lo que pareciera una mixtura depurada entre rasgos (costumbres y valores) culturales de origen y modos de organización (jerarquías, vocaciones, capitales) más propiamente occidentales. Es visible la conformación de una colectividad que es fundamental para la subsistencia individual y en la que un conjunto de extranjeros inmigrantes ilegales consolida un espacio de cohesión y absoluta legitimidad, un territorio aislado, fragmentado y vulnerable, pero el único en donde les es posible la inclusión y la propia identificación.

La expresión, no obstante todo este atrevido uso, en realidad es tomada en préstamo de un simple pero significativo (nada simplista) grafiti hecho por ellos en el propio lugar y que posteriormente he podido ratificar como una forma de vida. La Sunu Village no es Barcelona, no es occidente, no es la ciudad; es Senegal. Según la idea más difundida e incorporada en el moderno Senegal (Sénégal en francés), el término que da nombre al país deriva etimológicamente de la expresión wólof *sunu gaal* que quiere decir “nuestra canoa”. La idea sugiere un tipo de unidad territorial muy fuerte. Sunu quiere decir

literalmente “nuestra, nuestro”, pero su significado es asociado también a un lugar determinado y a unas gentes específicas. Con Sunu Village no solo quieren dar a entender que este lugar es “nuestra aldea” sino también que aquí habita su pueblo, que este es “territorio Sunu”.



*Ammadu y la Sunu Village. Fotografía por el autor, marzo 2016.*

Sin embargo, la vida de estos senegaleses está absolutamente condicionada y adherida a la ciudad y al espacio urbano en el que la Sunu Village esta clavada. La actividad a la que están abocados estos hombres y que representa su principal medio de sustento<sup>8</sup>,

---

<sup>8</sup> La recuperación de la “chatarra” es la actividad medular, pero no es exclusiva ni excluyente; la supervivencia de estos hombres, del colectivo como tal, depende de la capacidad adaptativa-creativa y además “flexible” de cada uno de los individuos en torno a la recuperación, y de la adhesión de otras actividades. De esta forma, además de la recuperación de chatarra que de por si ostenta importantes variaciones, también aparecen en escena, aunque más eventualmente, la recuperación de objetos varios y ropa para el uso propio, la compra-venta de bicicletas robadas y electrodomésticos de segunda mano (otro tipo de recuperación), la preparación y venta de alimentos, y la venta de refrescos, cerveza, licor y marihuana.

constituye una de las más visibles y posiblemente numerosas prácticas dentro del panorama general de la informalidad laboral en el espacio público de Barcelona.

Este panorama, muy a pesar de lo que podría creerse a partir de las múltiples imágenes que se proyectan de un “modelo de ciudad” comprometido con el orden y la “higienización” urbanas, es significativamente vasto (difundido con amplitud en la geografía urbana) y variado, lo que en última instancia no resulta tan sorprendente.

A riesgo de elaborar un listado superficial, considero importante señalar brevemente algunas de estas variaciones para hacernos a una idea de la envergadura del asunto de la informalidad laboral urbana que se despliega en el espacio público de Barcelona y de paso enfatizar en que todas ellas cristalizan en experiencias y trayectorias singulares, en individuos concretos que viven en carne propia y cotidianamente los efectos de la marginalidad (económica-laboral) y la segregación (socio-espacial).

La prensa local y nacional publicaba por los meses de octubre y noviembre de 2015 noticias y opiniones sobre la presentación de un informe por parte de la teniente de alcalde Laia Ortíz sobre la “venta ambulante ilegal” en la ciudad de Barcelona, y sobre la constitución del primer Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes, formalizado exactamente el 10 de octubre de ese año. El informe, así como su presentación y lo manifestado por Ortiz en su primera reunión con los manteros, dejaban clara la importancia de abordar el asunto socialmente y no solo a través de medidas policiales. El mismo documento aseguraba que existen alrededor de 400 vendedores ambulantes en Barcelona y que no se organizan a través de mafias. Hoy por hoy, el sindicato y organizaciones que lo apoyan como el Espacio del Inmigrante o Tras La Manta, siguen denunciando la persecución y el abuso policial, y la estrategia punitiva de la política pública no mengua. Los manteros africanos parecen seguir en aumento, a los que se van sumando otros vendedores ambulantes, inmigrantes de otras procedencias y nativos abocados a ello por coyuntura táctica. El sindicato y su negociación con el ayuntamiento no ha logrado producir ni una salida viable al “problema” de las ventas ambulantes, ni opciones dignas e incluyentes que permitan al colectivo normalizar su situación. Mientras tanto y ante la coyuntura actual que los criminaliza, el sindicato sigue luchando por el reconocimiento de los derechos civiles de los manteros, organizando con cierta regularidad manifestaciones pacíficas como el “mercadillo rebelde” que concentra

cientos de ellos en un espacio reducido (por lo general en la Rambla de Catalunya) con el objetivo de hacerlos visibles y, de paso, lograr un buen día de ventas.

Probablemente uno de los grupos con mayor número de colectivos organizados y formalizados sea el de los músicos de la calle; aunque *la calle* incluye aquí diversos puntos de las estaciones del metro y una serie de lugares específicos claramente demarcados y custodiados, poco que ver con el *espacio público* de lo colectivo y lo espontáneo y tal vez mucho con el de lo ideológico, dado que estos grupos experimentan una determinación territorial tan restrictiva que opera como una especie de segregación espacial formalizada, propia del espacio público como instrumento de una ideología neoliberal que pretende esterilizarlo. Diferentes colectivos, en diferentes grados y formas de organización, como el de músicos del metro, músicos de la calle y músicos del *Park Güell*, acuden a esta normalización que más que reconocerlos los invisibiliza. Se trata de grupos de músicos que han acordado con el Ayuntamiento de Barcelona a través de diferentes mecanismos concretos para cada caso como la Normativa Específica de Ciutat Vella, los puntos (muy escasos), las franjas horarias (en extremo reducidas), los decibeles máximos, los instrumentos permitidos y hasta el repertorio para poder llevar a cabo su actividad. No obstante, siguen siendo informales y marginales, puesto que el Ayuntamiento, en una estratégica postura que lo libra de mayor responsabilidad, no reconoce su actividad como laboral; los músicos de la calle no trabajan, son parte de una oferta cultural de la ciudad que debe ser administrada.

Algunos de los primeros trabajadores de la calle que fueron objeto de regulación son los pintores de la Rambla de Catalunya. La regulación les ha concedido permiso (con número de identificación y carné como en el caso de los músicos) para acudir y desplegar allí su actividad. Además, ha implicado cierta normalización respecto de quien, y que tipo de actividad puede acudir a dicho espacio, indicando por supuesto y al mismo tiempo quienes no pueden hacerlo. Otras formas de arte callejero también se han incorporado a esta normalización como los caricaturistas y las estatuas humanas (quienes recientemente han conformado la “Asociación República de las Estatuas Humanas de la Rambla de Barcelona”). La regulación ha de-limitado el número y la “calidad” de los artistas de la Rambla, lo que en un principio ha resultado beneficioso para aquellos que contaron con la suerte de ser incluidos en el *listado oficial*, pero que

también ha derivado en la consecuente exclusión de otros tantos. En todo caso, esta normalización promovida y presionada por la Asociación de Amigos, Vecinos y Comerciantes de la Rambla y la Plaza Catalunya (quienes también se han manifestado como afectados por el “top manta”), no ha implicado ni un atisbo de formalización; los artistas de la Rambla, a pesar de su identificación y carné, se unen a las filas del trabajo informal y precario en el espacio público de Barcelona; su reconocimiento no implica más que la regulación restrictiva de su actividad y, con ello, de su vida económica-laboral sin recibir a cambio ni siquiera el reconocimiento formal de su labor.

A la zona del Port Vell, la Barceloneta y la Villa Olímpica no solo acuden los manteros quienes encuentran allí uno de sus lugares predilectos dada la alta afluencia de turistas; también es una de las zonas (a parte de la Rambla de Catalunya, el Passeig de Gracia y el propio barrio de Gracia) en donde recurren muy diversos y numerosos vendedores ambulantes; propiamente ambulantes puesto que, a diferencia de los manteros, no se detienen más que para descansar o cerrar una venta. Su actividad implica una movilidad constante acentuada por el hecho de no conformar agrupaciones numerosas como la de los manteros. Destacan los vendedores de mantas, prendas de vestir, parasoles, gafas, artesanías, comestibles varios, cerveza y otras bebidas. La expresión “cerveza beer amigo” es bien conocida. Sin contar con cifras oficiales exactas, es a todas luces un fenómeno muy numeroso que parece en aumento, además de implicar a una amplia variedad de nacionalidades.

A estos *oportunistas del turismo* es importante sumar los dedicados a formas alternativas de transporte; los denominados Rickshaw, en alusión a operar un vehículo de transporte de personas (“público”) que se mueve por tracción humana, en este caso, a pedales. Este es otro de los casos que aprovechan la vocación turística de la ciudad y que son objeto de persecución policial dado que solo unos pocos están regulados y autorizados para operar.

El panorama de la informalidad laboral en el espacio público de Barcelona podría incluir muchos actores y prácticas más, por ejemplo los transportistas ilegales que ofrecen sus servicios en las puertas del IKEA; las incontables personas que venden productos de a 1€ en los trenes de Rodalies y FGC, desde pañuelos y goma de mascar hasta pequeñas piezas artísticas como cuentos ilustrados y fotografías; las prostitutas de calle, algunas

de ellas organizadas en el colectivo “Putas Indignadas”; y las múltiples formas de mendicidad que, en numerosas ocasiones, parecen todas unas iniciativas laborales familiares. Todos, en definitiva, abocados a la marginalidad laboral y a la segregación espacial.

### ***Prejuicio y Estigma***

Sobre el conjunto de chatarreros (y manteros) de origen senegalés principalmente pero que incluye también hombres de Gambia, Guinea Bissau y otros países del África occidental, pesa una especie de discriminación múltiple. Negro, inmigrante, chatarrero y *okupa*, carga con los efectos de innumerables prejuicios y formas de estigmatización social totalizadoras fundadas bien en diversas formas de racismo o bien en actitudes que promueven la exclusión social basadas en lo que actualmente se denomina como fundamentalismo cultural, una “nueva” forma de racismo que ya no encuentra en la raza, sino en la cultura, los elementos fundamentales de la distinción y de la exclusión.

La cuestión racial y étnica es experimentada por los chatarreros como importantes elementos de diferenciación y auto-reconocimiento, llevan con orgullo su pertenencia étnica y hasta llegan a ufanarse de sus cualidades físicas. Sin embargo, ser un negro africano también es motivo de segregación y de una especie de autoexclusión. No son pocas las experiencias que acumulan sobre discriminación racial, se saben acreedores de un trato diferencial puesto que los prejuicios raciales y étnicos los relegan a lo más bajo de la estructura social en las dinámicas de la sociabilidad cotidiana. Además, dicha discriminación parece reforzarse por su propia estrategia de cohesión y hermetismo; el grupo tiende a limitar sus interacciones al marco del colectivo mismo y a recluirse socio-espacialmente como táctica adaptativa y elusiva.

Por otra parte, la estrategia *okupa* del habitar, si bien no los conecta en la práctica con ningún tipo de movimiento social del que realmente no desean hacer parte, implica ciertas localizaciones territoriales y unas condiciones objetivas de habitabilidad que acentúan la exclusión espacial. *Okupar* trae consigo las dificultades de la austeridad y el escaso acceso a servicios básicos, y un distanciamiento explícito respecto de la dimensión institucional y asistencial. Conlleva además la carga del señalamiento y la estigmatización totalizante por parte de la sociedad en su conjunto en la medida en que

esta se encuentra inserta en las lógicas del mercado de la vivienda, y en especial por parte de los vecinos quienes, en el caso de los chatarreros de Les Glories en particular, se encargan también de consolidar una diferencia que ensancha la brecha entre unos y otros, confirmando una especie de aislamiento social y de marginación espacial de los predios *okupados* en el terreno de lo barrial.

De otro lado, la inmigración ya de por sí ha implicado trayectorias muy difíciles; muchos han sido víctimas de oportunistas a quienes han tenido que pagar importantes sumas para ser transportados; algunos han experimentado la rudeza de la cárcel y las dificultades de vivir en la calle. Am y Mame Cheik se conocen desde Senegal y estuvieron presos al mismo tiempo en Tenerife. Salir de su país en busca de una vida mejor y de la posibilidad de ayudar económicamente a su familia a través de las remesas, para encontrarse con la imposibilidad fáctica de lograrlo, hace de la experiencia migratoria un proyecto fallido, un contundente fracaso personal. Dicho fracaso ha implicado que muchos de estos hombres no dejen jamás de sentirse como inmigrantes, personas aun en medio de un tortuoso e infructífero proceso de inmigración, que no han logrado incorporarse socialmente y el contexto de acogida no ha logrado asimilarlos a pesar de acumular hasta más de 10 años dentro del territorio español. Pero esta falta de asimilación deriva también del énfasis que dicho contexto de acogida hace sobre una distinción fundamentalista que intenta demarcar con claridad los límites entre nativos y foráneos, un mecanismo de distinción que señala y ubica al inmigrante (especialmente africano, del medio oriente o suramericano) en los niveles más bajos de una estructura jerárquica simbólica pero funcional, imaginaria pero objetiva, puesto que proyecta sobre el terreno una serie de restricciones, unas explícitas y otras tácitas, derivadas de un estigma generalizado que no solo impregna las actitudes colectivas, sino que también cualifica los mecanismos institucionales cerrándoles por completo la posibilidad del reconocimiento como ciudadanos.

Y ser chatarrero, claro está, implica no solo ubicarse al margen de las dinámicas económico-productivas formales y reconocidas, sino también la visibilización de un conjunto de condiciones condensadas en sujetos particulares que los distinguen y los segregan. Como se verá más adelante, su actividad marginal es también ilegal (o al menos a-legal), su trabajo es precario y es, al tiempo, objeto de precarización. El

chatarrero se encuentra en el extremo marginal de una gran cadena de recuperación formal de residuos y su actividad no es solo informal, sino que también es señalada como anormal e incluso inmoral.

Pero a esta serie de prejuicios y formas de estigmatización social que proyectan objetivamente un conjunto de condiciones que los distingue y, desde allí, los segrega; se suman las restricciones de ciudadanía que les son impuestas y que desembocan, partiendo desde la irregularidad de su situación, en la mencionada marginalidad respecto del mercado de trabajo y los flujos económico-productivos de la ciudad y en la segregación socio-espacial que los presiona también al margen del acceso a la vivienda y a las instituciones sociales. De esta forma, los chatarreros senegaleses de Barcelona además de experimentar los efectos de una distinción social excluyente objetivada en su propia vida cotidiana y en las prácticas de sociabilidad que implica más allá del entorno próximo, también viven una marginalidad estructural múltiple: 1. Con respecto del mercado laboral, dadas su expulsión del circuito económico-productivo y la imposibilidad de reinsertarse en él; 2. Con relación a las esferas del consumo, manteniéndose al margen también de los elementos e infraestructuras más básicas para una vida digna; 3. Por cuanto experimentan en sus vidas cotidianas el repliegue del Estado y la inhabilidad para acceder a los beneficios de la asistencia social (cada vez más precaria e inalcanzable); y 4. Una marginalidad física que se expresa, por un lado, en la segregación espacial y, por otro, en la decadencia de su entorno físico.

### ***El superviviente urbano. Cazador y recolector del espacio público***

Dada su condición irregular y marginal resulta en extremo difícil estimar cuantos chatarreros de origen africano (especialmente de Senegal) hay en Barcelona, la Fundación Cepaim calculaba unos 600 según lo publica en diario El País el 24 de mayo de 2012. El sonado desalojo del número 127 de la calle Puigcerdà (propiedad de la inmobiliaria Riana) en el barrio Poblenou, a mediados del año 2012, sin duda el más numeroso y que envió a la calle, sin otro objetivo, a cerca de 300 personas<sup>9</sup> en situación

---

<sup>9</sup> Según el diario La Vanguardia (24/07/2013), en el momento de la operación formal solo fueron desalojadas unas 100 personas y la “chatarrería” ya había sido desmontada. Esto nos indica, por un lado, que la política pública represiva rinde frutos incluso con antelación a su ejecución operativa y, por otro, que los chatarreros, en su mayoría, no tienen la más mínima intención de someterse a sus mecanismos.

“irregular”, fue parte de un programa sistemático de desalojos, orientado específicamente sobre este colectivo, operados entre 2011 y 2015, que intervino en al menos 10 predios okupados en donde intentaban sobrevivir como mínimo esas 600 personas; lo que permite suponer que dicha cifra representa solo lo que ha sido posible oficializar. Esto supuso, como veremos más adelante, una “okupación” un poco más dispersa en el tejido urbano (aunque intentando mantenerse “centrales” e incluso en el mismo barrio del Poblenu y alrededores) y estratégicamente conformada por pequeños grupos que, no obstante, siguen creciendo. En tanto colectivo silencioso, los chatarreros tienden a anticiparse a los mecanismos represivos de la política pública, a eludir sus actuaciones y a adaptarse estratégicamente a sus directrices, siempre superficiales y previsibles.

Y aunque chatarreros hay muchos, ya que existen varias formas de serlo y, como se verá, varios estadios en el proceso de recuperación en los que aplica la denominación, los chatarreros sobre los que esta etnografía versa son aquellos africanos que recorren las calles de la ciudad empujando un carrito de supermercado, apurados, en busca del preciado residuo metálico que, en muchas ocasiones, resulta extenuante obtener.

Estos chatarreros son los cazadores-recolectores del espacio público de la ciudad. Su oficio consiste en una especie de cacería de oportunidades y una *recolección experta* de residuos metálicos, relativamente programadas y sistemáticas. Y como tal, el proceso de recuperación comporta tres grandes momentos distinguibles y diferenciados: la recolección, la limpieza y el intercambio.

El primero de ellos, basado en el recorrido o acarreo, seguramente el más visible para cualquier viandante y el más “preocupante” para el espacio público de la ideología neoliberal, consiste en una jornada de indeterminable duración y relativamente estable trayectoria por las calles de la ciudad (en ocasiones coyuntural y acelerada, y en la mayoría de las veces absolutamente regular, aunque imprevista) en búsqueda de residuos metálicos. Dichos residuos están disponibles, principalmente, en tres fuentes: en obras de remodelación y demolición, a través de contactos que hacen parte de ciertas redes de intercambio muy volátiles, y en los contenedores (y a su lado) propiedad del ayuntamiento.

La limpieza, por su parte, sucede toda dentro del patio, en la relativa seguridad del predio okupado. Consiste en la separación y clasificación de los diferentes tipos de metal recolectados. Es un trabajo ineludible si se pretende incrementar la utilidad (sin que por ello esta llegue a ser suficiente), en el que la experticia resulta determinante pues, como el acarreo, suele ser un proceso muy largo y extenuante que además implica ser muy eficaz no solo respecto de lo que se recupera en la calle sino también de cómo aquello se limpia.

El intercambio puede suceder allí dentro o puede implicar viajes individuales (el mismo carrito personal con una carga de material “limpio”) o colectivos (la carga de un camión con material mucho menos valioso que ha sido recolectado por muchos y comprado en el patio por Am). De cualquier forma, hace referencia al proceso mediante el cual sucede el intercambio del material por dinero. Se trata, en todos los casos, de un intercambio simple, con medidas estándar generalizadas y unos procedimientos relativamente cortos, ágiles y claros; sin embargo es también muy variado en términos de forma y contenido, y constituye un salto de la informalidad a la legalidad, una suerte de “lavado de material”; un retorno a los flujos mercantiles para las cosas y un mecanismo estable (por lo recurrente) pero volátil, de obtención de beneficio para los chatarreros.

Todo el proceso constituye una *caza* furtiva, es decir informal e ilegal, de cualquier oportunidad de recuperación que sea visiblemente “rentable” y que se sucede en medio de un recorrido que es al tiempo experto e incierto; y una *recolección* diaria táctica y muy diestra, que va desde la selección y la obtención inicial de las cosas, pasa por la limpieza-clasificación y finaliza con el intercambio del material.

Estos hombres son, además, auténticos supervivientes urbanos. Su vida cotidiana, desde el trabajo hasta los momentos de sociabilidad no institucionalizada, está plagada de tácticas creativas y adaptativas destinadas a la supervivencia, a una subsistencia que depende de obtener el mayor beneficio posible de cada acción, de cada momento y de cada interacción.

El recorrido es en sí mismo un proceso adaptativo en el que, si bien toda la acción viene marcada por una serie de principios generales elementales, cada momento representa

una coyuntura particular que debe ser sorteada por alguna táctica de la oportunidad o por alguna forma de elusión. Al pasar por una panadería, al descansar en una esquina, al cruzarse (o al evitar hacerlo) con algún policía, en la forma de revisar un contenedor, siempre prima un principio de supervivencia, un mecanismo que impulsa a intentar obtener el mayor beneficio posible (que siempre es precario) y a evitar ser coaccionado, esto es, visibilizado y perseguido.

Pero esta forma de subsistencia radical que deriva de las condiciones objetivas (sociales y físicas) que estos hombres deben enfrentar, no se limita a la calle y al recorrido como territorios donde dicha subsistencia es posible, sino que también se emplaza en la vida cotidiana del entorno más próximo y familiar. Allí sucede una parte fundamental del trabajo, la limpieza, que, como la recolección, da muestras de una especie de conocimiento experto y unas habilidades tácticas y técnicas depuradas. Sin embargo, más allá de esto, ser un superviviente urbano también se muestra en las interacciones con los otros, en los hábitos de alimentación, en las formas de obtención de los recursos básicos, en el uso del espacio colectivo y el espacio privado, donde también priman unas formas de acción e interacción basadas en las lógicas espontáneas, pero en cierto sentido tácticas, de la supervivencia urbana; aquellas que también priman, como es aún más comprensible, en las operaciones del intercambio.

Toda la recuperación del material (delimitada al eslabón que representan los chatarreros senegaleses), como se ha dicho, es un proceso unitario y total. Es una práctica compuesta de varios momentos diferenciables, acumulativos y progresivos, destinados todos a un solo objetivo final muy concreto: el dinero. De esta forma, el recorrido inicial, tan previsible como volátil; la limpieza, estática y transparente; y el intercambio final, tan tenso y “formal”; corresponden a un solo proceso de subsistencia urbana, por medio del cual los chatarreros senegaleses aseguran sus condiciones mínimas de vida y al mismo tiempo la elongación de su pobreza y dependencia.

Vale la pena destacar brevemente algunos asuntos muy concretos que tienen que ver con sus experiencias previas y que ayudan a aclarar un poco más el contexto en el que estos hombres se encuentran y ciertas condiciones por las que han atravesado.

Estos hombres de Senegal son muy renuentes a responder cualquier tipo de pregunta “gran tour” que les implique un recuento detallado de alguna de sus trayectorias. Sin embargo, es posible capturar algunos rasgos generales de su experiencia migratoria a partir de las muchas alusiones aisladas sobre el asunto.

Dicha experiencia migratoria comienza con la arriesgada travesía desde Dakar o Sant-Louis hacia las Islas Canarias, donde la mayoría esperaba hacer un alto, una especie de escala de abastecimiento, y, por supuesto, preparar su viaje al territorio español peninsular. Sobre cómo lograron entrar no se sabe mucho, pero no ha sido de forma regular. Una vez en Canarias, varios de ellos, incluidos Amaddu y Mame Cheick, quienes fueran mis primeros contactos en la Sunu Village y unos de sus principales personajes, estuvieron presos en Santa Cruz de Tenerife durante alrededor de tres años. A pesar de ello, se las han arreglado para viajar y entrar al continente europeo; en ambos viajes han tenido que pagar considerables sumas de dinero a mafias que se lucran del transporte ilegal de personas y que cobran, como cualquier medio de transporte, por adelantado. La mayoría de hombres de la Sunu Village llevan más de 7 años en España, Amaddu ya acumula 15. Además de la cárcel, han tenido que soportar la vida de las calles; el propio Am fue rescatado de ellas por un colombiano llamado José Luis, oriundo de Cali, que le tendió la mano en Sevilla.

En suma, toda su experiencia migratoria está marcada por la irregularidad, pero también por la vulnerabilidad constantes. Sus expectativas al tomar la decisión y emprender el viaje rondaban las ideas del progreso económico familiar, la calidad de vida, el bienestar social; sin embargo, se han encontrado con la ilegalidad, las restricciones de ciudadanía, la persecución y la pobreza. “Todo el sueño está al revés” dice Am cuando relata parte de su experiencia como chatarrero en una reunión de *trabajadores de la calle* en el Espacio del Inmigrante.

Un proyecto personal futuro es por completo ausente, algunos sueñan con ciertos logros, algún tipo de negocio, con retornar a la pesca en Senegal o sencillamente con mejores condiciones; pero no logran proyectarlos objetivamente en sus trayectorias. Su condición actual les impide cualquier tipo de proyección incluso a corto plazo y las esperanzas de un proceso migratorio exitoso están casi extintas.

Actualmente experimentan unas circunstancias físicas y sociales de existencia que expresan con dramatismo la irregularidad de su condición de ciudadanía en el territorio español, la marginalidad con respecto del mercado de trabajo y de consumo, y la ausencia del Estado y todo lo que este representa (educación, salud, infraestructura, etc.).

Los hombres de la Sunu Village llevan entre 4 y 10 años siendo chatarreros en la ciudad de Barcelona (algunos llevan varios años mas transitando por el territorio español y por varias okupaciones, siempre marginales, “irregulares”) . Son un grupo numeroso y durante todo este tiempo siempre han conformado colectivos que okupan casas o naves industriales abandonadas como centro de trabajo y, en algunos casos, como vivienda; muchos de ellos disponen también de algún otro espacio okupado en la ciudad, en donde conviven con otros de sus pares y que constituye propiamente su lugar de pernocte.

Como se ha dicho antes, durante la administración de Xavier Trias, un claro demócrata neoliberal, el colectivo de chatarreros africanos fue intensamente perseguido. En su momento representaban un problema no solo por las condiciones de su trabajo en el espacio público, sino especialmente por okupar unas cuantas naves industriales, convertirlas en sus centros de trabajo y sociabilidad, y encontrarse en medio de la coyuntura inmobiliaria y habitacional de los desalojos presionados por propietarios privados. De esta forma, ante la arremetida de la política pública y los dictámenes judiciales que ordenaban su desalojo, los chatarreros se organizaron colectivamente y emprendieron un proceso de visibilización y lucha encabezado por Mamadou Kheraba, un auténtico líder entre ellos.

Los chatarreros esperaban hacer visible su condición como trabajadores y, en cierta medida, poner en evidencia la importancia urbana de su trabajo. No obstante, los chatarreros estuvieron siempre dispuestos a buscar alternativas de empleabilidad. “Nosotros queremos trabajar, queremos una vida mejor y que nos dejen trabajar. Si no podemos ser chatarreros entonces que nos den otro trabajo, pero nada...” comenta Mame Cheick recordando aquel momento de movilización.

Los desalojos, finalmente, se hicieron realidad. La reubicación de estos hombres o lo que ocurriera con ellos de allí en adelante no parecía importar demasiado. De las tensas

discusiones, que no deben confundirse con negociaciones pues el colectivo de chatarreros jamás tuvo oportunidad, surgió, muy seguramente como estrategia ideológica una medida simplista y miope. El ayuntamiento de Barcelona encargó a Labcoop (cooperativa sin ánimo de lucro dedicada a impulsar proyectos de emprendimiento social cooperativo) la creación de una modalidad organizativa que permitiera la formalización de los chatarreros; pero ¿de cuántos de ellos? Finalmente nació la cooperativa Alencoop que regularizó, uniformó y restringió laboralmente a 30 de los chatarreros senegaleses expulsados de la nave del Poblenou; quienes ahora gozan de la buscada formalidad laboral, pero sufren las innumerables restricciones geográficas, temporales y técnicas que la regularización implicó. Luego de esto, el ayuntamiento se replegó, la asistencia solicitada nunca apareció y los cientos de chatarreros excluidos de la regulación se dispersaron por la ciudad retornando al anonimato y al abandono institucional, lo que para muchos de ellos y a todas luces representa una condición funcionalmente positiva, por paradójico que parezca, frente al desastre que trae consigo la visibilización y la negociación con el Estado, ya que estas no representan formas viables de superar su vulnerabilidad sino más bien amenazas que la incrementan.

## **La calle**

La primera y una de las partes más esenciales del oficio del chatarrero sucede en la calle. El espacio urbano, generalmente el espacio público, constituye el escenario de las oportunidades para el chatarrero, el lugar donde cada uno de ellos puede dar comienzo al ciclo de recuperación que les es preciso para asegurar su supervivencia.

La ciudad, con sus excesivas lógicas productivas y con el consumo exacerbado que parece instaurarse casi como una especie de principio cultural, se aparece como la gran generadora de residuos y, con ello, de las oportunidades de su recuperación. El espacio público urbano lo dispone de manera relativamente organizada para la recuperación formal, pero al tiempo, dejando visibles grietas en donde aflora la práctica informal como mecanismo elemental de subsistencia.

## La gran máquina de basura<sup>10</sup>

La ciudad moderna constituye el mayor de los inventos humanos; el sistema de objetos más complejo e intrincado jamás creado, la gran máquina que nunca cesa. De todos los productos de esta gran máquina, tan insondables como objetivos, destaca uno en especial, el más numeroso, aquel que los incluye a todos pues representa, sin excepción, su destino: la basura. Todos y cada uno de los objetos creados por el hombre se convertirán, tarde o temprano y probablemente en varias ocasiones, en residuos, desperdicios, basuras o desechos. Se trata del proceso de producción, uso-consumo y desecho de los objetos; un proceso que implica la consumición total del ciclo de vida útil de estos, pero que no por ello deriva en su desaparición absoluta o su inexistencia repentina, ya que el uso de los objetos siempre trasciende las fronteras funcionales de los mismos.

El moderno sistema de producción industrial capitalista acumula históricamente no pocos esfuerzos por incrementar la eficacia de la producción y por estimular la experiencia del consumo. Sin embargo, lo que ocurre posteriormente, en el desuso y en las operaciones para deshacerse de los bienes que entran en este, parece ser competencia de otros. Mientras que la producción y el consumo atañen a los grandes capitalistas y sus iniciativas privadas, la disposición final y la gestión de residuos recae sobre el Estado y la ciudadanía misma. Esta enfermiza concentración sobre la producción y el consumo como si completaran entre los dos una especie de ciclo cerrado

---

<sup>10</sup> A partir de aquí utilizaré indistintamente, es decir, sin atender rigurosamente a sus precisiones conceptuales formales, académicas e institucionales, los términos desperdicio, desecho, y residuo; aunque existen evidentes y sutiles diferencias que, en cuanto sea posible, iré utilizando de un modo más retórico que técnico. En todo caso advierto, sin el ánimo de ofender a los especialistas en la materia, que seguramente pecaré de innumerables imprecisiones técnicas en su uso, y que espero compensar con lo que me permiten informar sobre los procesos de mi interés particular. De esta forma, respecto de la experiencia de los chatarreros que me propongo poner en evidencia, existen el material (y las cosas) recuperado (as) que, evidentemente, no está representado por ninguna de las nociones mencionadas arriba, y el material por recuperar (o no) que para los procesos de los que proviene consiste en desperdicio, desecho o residuo en cierta forma “disponible”. La idea de basura, por su parte, tenderá a referirse de manera más general al conjunto, es decir, a ciertas totalidades que pueden incluir varios de los anteriores.

del capital industrializado, ha convertido a la ciudad (aunque no a lo urbano) en una especialista en la producción de basura y en una inútil para administrarla.

Tal vez sea algo que se pase por alto fácilmente en el curso de la vida cotidiana, pero los niveles de generación y acumulación de residuos sólidos inorgánicos urbanos son alarmantes y tienden a incrementarse cada año. Muy a pesar de las posibles reducciones en los índices de producción media de basura (especialmente orgánica) por habitante y por día, gracias en parte a la normativa vigente y su instrumentalización, al Plan Integrado de Residuos Urbanos para el caso español, y a la propia conciencia colectiva ciudadana, es un hecho ineludible que, para el caso de los residuos sólidos inorgánicos, consumimos y desechamos mucho más rápido de lo que los sistemas de recuperación, gestión y disposición final pueden administrar, e infinitamente más rápido de lo que el propio sistema natural puede asimilar. Usar y tirar parece ser una marca elemental de la forma de consumo urbano, una marca insostenible y escasamente interiorizada.

De cualquier forma y, en definitiva, esta sobreproducción de basura encuentra sus principales causas en tres factores estructurales, consustanciales al sistema de producción y acumulación capitalista, y estériles a cualquier ética colectiva: 1. Las lógicas de la producción masiva, donde las reglas de oro son *más y a menor coste*; el viejo principio de *cada vez mejor* parece, salvo contadas excepciones, extinto. La producción no se sustenta, en la era del capitalismo radical, en necesidades sociales detectadas, ni siquiera en la propia idea de progreso instrumental, sino en una especulación mercantil que, haciendo uso principalmente del perverso instrumento de la publicidad, consiente como útil todo aquello susceptible de ser deseado y, de allí, mercadeado. 2. El consumo exacerbado, en parte causa y en parte consecuencia de las lógicas productivas antes mencionadas. Acudimos a un consumo irracional y en extremo subjetivo, anclado fundamentalmente al deseo y a la satisfacción de experiencias estéticas que deben, necesariamente, renovarse a cada instante. En esta modalidad radical los bienes de consumo, así como el trabajo mismo invertido en su producción, son en su inmensa mayoría transitorios. Y 3. Como consecuencia de este consumo estético, sensible pero

impulsivo e irreflexivo, y de su transitoriedad y volatilidad, emerge un acelerado proceso mediante el cual los bienes de consumo entran rápidamente en desuso, en ocasiones de forma anticipada, con lo que se convierten en desperdicios dentro de ciertas rutas mercantiles de una manera excepcionalmente acelerada.

Ahora bien, los efectos e implicaciones de esta imparable forma de consumo-desecho son múltiples. Por un lado, son ineludibles las afectaciones ambientales que hoy por hoy ponen al sistema de vida social humano en una condición de clara insostenibilidad. Por otra parte, la desbordada forma de consumo excesivo y transitorio, y de desuso-desecho acelerado, generan un costo social que desborda las capacidades institucionales de contenerlo. Existe claramente una especie de sobreoferta de desperdicios. Los sistemas formales de recolección y disposición final de residuos no logran gestionar la totalidad de aquello que es desechado, y el nivel de recuperación de materiales por parte del sector industrial no alcanza a equipararse como una aportación significativa frente a los altos índices de generación de residuos.

Con todo esto, esta sobreoferta de objetos y materiales desechados permite también la emergencia y consolidación consecuente de oportunidades laborales para aquellos que se encuentran marginados del mercado del “trabajo productivo” y de las esferas del consumo masivo. La basura de unos, en el hábitat urbano, ha sido históricamente fuente de recursos para otros; la recuperación de residuos, podría decirse, es un proceso tan antiguo como la ciudad misma, y el vacío que no logran cubrir las iniciativas y los mecanismos formales de recuperación es llenado por estos *otros actores* y sus prácticas marginales.

En particular, esta amplia disponibilidad de residuos-recursos urbanos (que son domésticos, comerciales, e industriales) permite la conformación de diversos grupos de recolectores informales que tienden a clasificarse en virtud del tipo de material que esperan recuperar e intercambiar. Para el caso de la ciudad de Barcelona destacan especialmente los recuperados de papel y cartón, quienes se anticipan a la recolección formal hurgando en los contenedores en busca del material que deben acumular en

enormes cantidades para obtener una retribución significativa; y los chatarreros, quienes bajo diferentes modalidades y a través de diversos medios, recolectan y recuperan residuos metálicos urbanos.

Los chatarreros senegaleses son uno de los grupos más numerosos y visibles dedicados a esta modalidad de recuperación de residuos. Inmigrantes ilegales, se han visto abocados y presionados al trabajo marginal, y a esta forma específica dentro de la cual se han convertido en auténticos expertos.

### ***El oficio I: La recuperación de las cosas***

El oficio de los chatarreros senegaleses está compuesto por tres instancias claramente diferenciadas. La primera de ellas es la *recuperación de las cosas*, que sucede bien en el sitio de *disposición intermedia* de los residuos urbanos, o bien en el lugar de generación de los mismos. Llamo disposición intermedia de residuos, para diferenciarla de la disposición final, al proceso de desecho “original”. Esto es, a la forma en la que se “dispone” dicho “desperdicio” en el espacio público urbano, de forma relativamente inmediata a su generación, para su posterior recogida por sistemas formales e institucionales.

También creo prudente distinguir entre la recolección en lugares de disposición intermedia y la recolección en lugares de generación. En el oficio del chatarrero la anticipación es un factor clave; en numerosas ocasiones el metal (en bruto o en forma de objetos a limpiar), así como otros tipos de objetos de menor recurrencia y rutas muy diferentes, es recuperado en el lugar, e incluso en el momento mismo, en el que se convierte en desecho o desperdicio.

En términos probablemente muy esquemáticos, pero necesarios a la comprensión, el proceso de recolección sucede de tres maneras diferentes en virtud de la forma de disposición del material y que implican siempre importantes variaciones físicas, espaciales y, por supuesto, técnicas y tácticas.

### Los contenedores

En realidad, la recuperación de metales de los contenedores del ayuntamiento implica sacar algo del contenedor muchas veces menos que obtenerlo de sus alrededores inmediatos. Si bien algunas veces los chatarreros obtienen algo del interior de los contenedores, especialmente cantidades mínimas y elementos de escasa dimensión, pero en ocasiones valiosos, la mayoría de veces en las que se visita con éxito la zona de los contenedores lo que se recupera no se encuentra, técnicamente, dentro de ellos, sino a su lado. En todo caso, el sistema de contenedores de residuos permite al chatarrero acudir a puntos concretos en donde, por obligación, los residuos deben ser dispuestos. De allí que puedan aprovechar cierta organización general de los principales lugares de disposición intermedia y, por ende, optimizar en cierta medida su labor.

Los puntos de contenedores se visitan muy rápidamente, no todos por los que se pasa en el recorrido son objeto de escrutinio, puesto que prevalece una táctica intrínseca que dirige la atención del chatarrero hacia los contenedores más “probables”; bien porque su ubicación permita revisarlo con mayor tranquilidad, bien porque demuestra visiblemente contener algo de valor, o bien porque está localizado en una zona de especial coyuntura para la recuperación.

En cualquier caso, el procedimiento es bastante acelerado, los chatarreros saben de la condición informal de su labor y son conscientes de la persecución que podría implicar la práctica de su oficio, por lo que ser rápidos y pasar lo más desapercibidos posible son imperativos categoriales, en especial en el momento mismo de la recuperación en contenedores. Este es uno de los factores que ha promovido el fortalecimiento de un conocimiento muy hábil del espacio urbano, de una táctica que los dota de cierta fluidez que se acopla muy orgánicamente al ritmo y las actividades de la ciudad, y de una experticia física en la manipulación de los objetos de su interés, desde los contenedores hasta los susceptibles de recuperación.

En un tiempo muy reducido el chatarrero revisa el interior de los contenedores y sus alrededores; allí mismo toma rápidamente la decisión de recolectar, o no, lo que ha encontrado. Esto puede implicar detalles muy variables en la ejecución de la recolección propiamente dicha, en el momento exacto en el que sucede: desde tener que entrar al contenedor de cuerpo entero, pasando por las afortunadas y escasas ocasiones en donde el objeto de recolección se encuentra fácilmente a mano, hasta las veces en que se hace necesario realizar operaciones de separación allí mismo para evitar cargar con material de poco valor o elementos inservibles demasiado voluminosos, lo que implica ciertas habilidades depuradas (realizadas con seguridad y rapidez) y visibles capacidades físicas. En repetidas ocasiones hemos encontrado durante el recorrido neveras domesticas dispuestas junto a los contenedores; algunas veces la nevera es montada entera en el carrito y llevada al patio, en otras tantas solo el motor es separado allí mismo y cargado. Esto puede variar en virtud de la disponibilidad de herramientas; del posible buen estado del electrodoméstico; de lo que representa la nevera, el horno microondas o cualquier otro objeto de este tipo (compuesto por diversos materiales) para el recorrido específico de ese día; o incluso por las capacidades físicas del chatarrero que la encuentra.

Lo que en los contenedores puede encontrar un chatarrero es visiblemente variable, en muchas ocasiones cosas dispuestas de forma que poco tiene que ver con la clasificación oficial, por fortuna para el chatarrero. Son principalmente desperdicios domésticos y desechos del pequeño comercio, en cantidades y dimensiones usualmente reducidas dadas precisamente las restricciones normativas y físicas de la disposición, y que básicamente se ordenan entre objetos y materiales de disposición extraordinaria. Los objetos pueden incluir lámparas, electrodomésticos de todo tipo, menaje de cocina, computadores, objetos de escritorio y oficina, o hasta inusuales cosas de juguetería o actividades especializadas. Por otra parte, el material -casi en bruto- que puede encontrarse en los contenedores, consiste en aquel que se halla allí ya en las últimas instancias del proceso de recuperación; es decir, material que ya se encuentra a pocas operaciones (aunque algunas de ellas largas y extenuantes) de la limpieza definitiva. Este

incluye cables eléctricos, partes electrónicas, alambres, perfilería de puertas, ventanas y diversos muebles, laminas, secciones o componentes de objetos mayores, etc.

En la ruta diaria, los contenedores son siempre los más imprevisibles respecto de su contenido específico, aunque no se suele encontrar en ellos algo que salga de los márgenes del relativamente pequeño desperdicio doméstico y comercial de baja escala, y que no conlleva (por desconocimiento, por la distancia o por el volumen reducido de lo desechado) una disposición más especializada en “puntos verdes”<sup>11</sup>. La existencia de esta red de puntos de disposición formal de residuos no contemplados en los contenedores, su cobertura de amplio espectro (desde residuos comerciales de gran volumen hasta residuos domésticos), y el hecho comprobado de que gran cantidad y volumen de este material es aun dispuesto en los contenedores, se suman a las evidencias sobre una forma de consumo exacerbado, una suerte de costumbre del “usa y tira” abocada a un acelerado proceso de desecho y reposición.

Al mismo tiempo los contenedores son la fuente de recuperación que representa un grado más complejo de ilegalidad o a-legalidad<sup>12</sup>. Independientemente de lo que en ellos se encuentre y sea “recuperado”, el proceso mediante el cual se sustrae algo de su interior podría constituir, posiblemente, una especie de hurto. Los contenedores son propiedad del ayuntamiento y este ha concesionado institucionalmente la operación de recogida a empresas específicas que, además, aseguran el cumplimiento de determinado proceso posterior a la recolección. El chatarrero senegalés se anticipa con sorprendente habilidad a la recolección formal, realiza su propia recolección sin previa autorización, sustrae el material para su beneficio particular y no se encuentra integrado en ninguna cadena formal de tributación.

---

<sup>11</sup> Los puntos verdes son grandes instalaciones para la disposición de los residuos que no pueden ser tirados en los contenedores. Se ubican en la periferia de la ciudad y están orientados principalmente al sector comercial y de servicios. Sin embargo, la red de puntos verdes también incluye los puntos verdes de barrio, de menores dimensiones y orientado a la disposición de residuos domésticos y comerciales pequeños, y el punto verde móvil (de horarios y localización fijos) que pretende acercarse aún más a la fuente de generación doméstica.

<sup>12</sup> Seguramente, un análisis más profundo de lo que aquí he pretendido sobre la normativa al respecto, permitiría evitar la indeterminación sugerida entre lo uno y lo otro.

### Las obras

Otra de las fuentes principales de recuperación para los chatarreros senegaleses son las obras de construcción, remodelación o demolición. En la incesante lógica de la destrucción creadora de las grandes ciudades, la recuperación encuentra una fuente inagotable de recursos.

Allí la recuperación puede darse bien de contenedores especializados o bien directo de la fuente misma de generación. En cualquiera de los casos esta modalidad implica, la mayoría de las veces, algún tipo de negociación o concertación con las personas encargadas de la obra (cuidadores, obreros, etc.). En otras pocas ocasiones la recuperación se hace sin el consentimiento de los encargados y de manera encubierta.

Lo que se recupera en este caso son grandes y voluminosas cantidades de material producto principalmente de las demoliciones y las remodelaciones.

La propia obra de construcción es más complicada de seguir; aunque dispone grandes cantidades de material, este está por lo general, custodiado y sus residuos también se generan y disponen de formas menos accesibles, en micro-espacios urbanos en progreso que son auténticos territorios vedados. No obstante, cualquier oportunidad para obtener material en bruto y limpio será aprovechada, por lo que siempre subsiste la posibilidad de robarlo de algún lugar. El aviso sobre las obras llega frecuentemente, en ocasiones simplemente surge en las conversaciones de fin del día, en pequeños grupos, sobre los recorridos; discuten sus posibilidades y en ocasiones visitan lugares para verificar sus opciones en una especie de “paseo” nocturno en el que tantean el terreno. Aún no he sido testigo de un robo sistemático como los que a veces discuten, pero sí está claro que muchos de ellos han aprovechado su oportunidad individual en determinados momentos. De cualquier forma, el hurto no es nunca su primera opción; es una situación que resulta muy riesgosa, en especial para ellos dadas sus restricciones de ciudadanía; es algo sobre lo que son plenamente conscientes, de hecho, pasar desapercibidos es un principio táctico que siempre llevan por delante.

En las obras de remodelación y demolición la recuperación de los chatarreros por lo general se concreta concertadamente dentro de los tiempos de la obra misma; en las pausas, en los intervalos, en las áreas que van quedando y durante el cese de actividades diario o definitivo; rara vez, por más que quiera, el chatarrero tiene opción de compartir lugar de trabajo con los operarios o de situarse justo detrás de ellos y su operación. A pesar de tratarse de una modalidad de recuperación casi inmediata, el espacio-tiempo está jerarquizado. Son muy visibles las relaciones de subordinación dispuestas por los mismos chatarreros a fin de ganar el favor de operarios y encargados en las obras.

El material se recupera in situ, es decir, allí mismo en donde se convirtió en escombros, o una vez dispuesto en grandes contenedores metálicos especializados. En cada caso es una operación casi inmediata a la generación del residuo.

La labor aquí resulta usualmente más pesada que en cualquier otro caso. Se trata de un proceso por medio del cual los chatarreros intentan recuperar residuos metálicos en medio de un gran cúmulo de escombros producto de la obra. El tiempo de recuperación suele ser mucho más prolongado que en el caso de la recuperación en contenedores, gracias en parte a que se realiza generalmente con el consentimiento del encargado, y en parte, por supuesto, a que implica un mayor esfuerzo físico.

De las obras los chatarreros obtienen una importante variedad de materiales, aunque el principal beneficio radica en la cantidad.

Aquí es importante hacer ver que, en este tipo de recolección, cuando se realiza dentro del lugar de la obra, el “botín” no suele ser compartido. Las obras son merodeadas por varios chatarreros y grupos de ellos, de diferentes nacionalidades; sin embargo, usualmente, solo uno de ellos logra algún tipo de negociación en la que se gana los favores de aquellos que custodian el espacio y su basura. Por el contrario, lo que ocurre cuando el material útil de este tipo de obras es recuperado de los contenedores especializados, que no estarán allí por mucho tiempo, es una intermitencia de la recuperación. Los chatarreros van pasando de forma más bien regular (pues poco parece tener de espontánea) a lo largo de la obra, recuperando (o no) lo que se encuentre

disponible. En algunas zonas céntricas, por ejemplo, por un mismo contenedor de escombros a las afueras de un edificio o un almacén en remodelación pueden pasar hasta 15 chatarreros y otros recuperadores urbanos en un día; varios de ellos no se van con las manos vacías, aunque la mayoría sí lo hará.

Tubería y alambre de cobre, perfiles de aluminio, varillas de hierro, puertas enrollables de locales comerciales, grandes partes de ascensores, lámparas, muebles y diversas estructuras, y hasta maquinaria incomprensible<sup>13</sup> he podido ver como son recuperados de los procesos de alguna obra de demolición o remodelación. Aunque existen ciertas regularidades evidentes en cuanto a lo que puede ser recuperado en este tipo de escenario, lo que será en cada caso siempre es muy imprevisible. No obstante, lo que una obra siempre representa al recuperador es la posibilidad de recoger, de un solo sitio, una importante cantidad de material, la obra produce desperdicio en exceso en un tiempo significativamente corto, tan corto como el tiempo que dicho material se encuentra allí, disponible (probablemente) para la recolección informal.

Esto no es poca cosa si atendemos al hecho de que los chatarreros diariamente se aventuran en un recorrido incierto que, en el peor de los casos (que suele ocurrir con visible frecuencia), puede resultar al mismo tiempo largo, ancho e infructuoso. Con ello quiero decir que, si bien el recorrido puede no abarcar una extensión geográfica muy amplia pues, como veremos, los chatarreros parecen operar por zonas, el recorrido puede ser muy largo en términos de horas y kilómetros caminados, lo que nunca asegura del todo volver con el carro lleno.

De cualquier forma, recuperar de una obra de este tipo constituye un importante logro en la economía de la inmediatez en la que viven los chatarreros, puesto que constituye

---

<sup>13</sup> En cierta ocasión llego al patio una gran máquina que, hasta donde puede comprender, provenía de una especie de desmantelamiento de una empresa que no funcionaba hacía algún tiempo. Nunca nadie supo que era o para que servía el gran adefesio ese, no obstante, todos los disponibles nos sumamos en una gran operación colectiva de desarmado. El resultado fue una gran cantidad de acero inoxidable, cableado eléctrico y electrónico, y una voluminosa estructura de hierro que luego fue troceada con un disco de corte por el gran Mame Cheick. Luego de clasificarlo y llevarlo a vender en varios carros a una bodega cercana (a unas 10 o 15 cuadras), la utilidad, como el trabajo, fue compartida.

un hallazgo y una oportunidad extraordinaria respecto de las condiciones más regulares de la práctica cotidiana y dado que conlleva usualmente la obtención de una utilidad por encima de la media diaria.

### Recolección espontánea-programada

Las dos formas de recuperación anteriormente mencionadas ostentan una especie de prioridad y jerarquía en las actividades cotidianas de los chatarreros en particular y de la Sunu Village como colectivo. Sin embargo, existen otras tantas variaciones de la recuperación que, aunque cada una de ellas es poco recurrente, acompañan regularmente al eje de actividades fundamental, completándolo. Estas “sutiles” aunque visibles variaciones exigen cierta adaptación específica de las prácticas, los procedimientos y las operaciones prácticas, además de engrosar significativamente el conjunto de estrategias espontáneas de supervivencia.

En realidad, se trata de un conjunto de situaciones esporádicas, pero en cierta medida recurrentes, que suelen darse gracias a la visibilidad barrial y comunal del colectivo y a la existencia de ciertos tipos de redes y contactos que el dominio del oficio y la dedicación constante a él les han permitido conformar. No todo lo que acontece en cuanto a la recuperación se refiere puede ser generalizado y clasificado; innumerables situaciones cotidianas, por paradójico que parezca, son absolutamente inesperadas, fortuitas e incluso accidentales dentro de esa recurrencia general.

Los chatarreros, como he mencionado, gozan de una especie de *visibilidad de baja escala*; es decir, dadas las condiciones objetivas de su existencia y su oficio, su presencia y su trabajo son claramente visibles en el entorno más próximo. Esto es bastante diferente a una visibilidad estructural que los reconozca, así como mucho menos implica asimilación institucional alguna.

No obstante, dicha visibilidad de baja escala promueve o, al menos, permite la emergencia de ciertas formas de recuperación que, aunque inusuales, conforman un conjunto tal que completa las actividades más regulares de recuperación cotidiana.

Los vecinos del barrio, incluidos pequeños comercios, bares y restaurantes cercanos, encuentran en los chatarreros una vía idónea para deshacerse de algún tipo de desecho. Por lo general no se trata aquí de desperdicios o residuos recurrentes de actividades productivas sostenidas cotidianamente, sino más bien de operaciones eventuales de desecho producto de mudanzas, del cambio o la reposición de ciertos objetos (domésticos y comerciales), o del simple hecho de intentar deshacerse de algo viejo e inútil, en numerosas ocasiones voluminoso y de difícil transporte.

El chatarrero senegalés representa entonces una opción cercana (de escala zonal), fiable y simple ante la necesidad eventual de desechar. Esto da pie a una especie de *recuperación barrial* de material que suele variar (o combinar) entre las siguientes tres formas:

1. El vecino, sin dedicarse a la recuperación o el reciclaje, carga con el material hasta el patio y lo vende allí. El patio, como veremos más adelante, funciona como lugar de trabajo en la limpieza, pero también es centro de acopio, lugar de clasificación y almacenamiento, y punto de compra-venta de material. Otros recuperadores también acuden allí a vender pequeñas cantidades de material usualmente sin limpiar. Am es uno de los hombres que menos sale a “carrear”, solo hace trayectos específicos, destinados a operaciones concretas; es una de las cabezas de la casa y la figura más importante del trabajo colectivo al interior del patio. Trabaja principalmente comprado, limpiando y clasificando material recolectado por sus propios compañeros senegaleses, por otros recuperadores, y por el vecino infrecuente que ve en ello una oportunidad coyuntural de hacer algo de dinero extra.
2. El vecino cuyo deseo u obligación de desprenderse de su basura es mayor a sus posibilidades o necesidades de encargarse él mismo, hace saber al chatarrero de

su disponibilidad. Es un mecanismo sorprendentemente común; un importante número de personas pasan por el patio diciéndole a los chatarreros, en especial a Am, que algo tienen que podría interesarle. Este es uno de los pocos tipos de recorrido que él hace, aunque muchos de ellos los delega. Así como coyuntural es el asunto, cada vez se trata de objetos diferentes y, por ello, de condiciones objetivas muy distintas. Una forma de ilustrar la extensión de esta variabilidad puede ser indicando los dos extremos de la misma en términos de intercambio: en ocasiones el chatarrero presta una especie de servicio comunitario y personal y es retribuido a cambio de llevarse la basura, mientras que en otras tantas es él quien paga a cambio de lo que espera recuperar.

3. El vecino, desprevenido en medio de su operación de desecho, es sorprendido por el espontáneo entusiasmo del chatarrero. El vecino no se lo esperaba y el chatarrero simplemente esperaba que pasara; este se inmiscuye, literalmente, en medio de la operación, principalmente de origen comercial y a mediana escala, recuperando aceleradamente lo que sale del local y anticipándose a la disposición originalmente planeada.

Otras formas de esta recuperación espontánea y coyuntural, aunque común, previsible, recurrente y en la que los chatarreros se desempeñan con una experticia tal que no parecieran estar nunca sorprendidos o inhabilitados, incluyen un sinnúmero de oportunidades de obtención de materiales metálicos susceptibles de limpieza y venta. Estas oportunidades parecen ser tan inagotables como las prácticas mismas de generación y tan variables como las actividades específicas de las que provienen. En cierto sentido, es la ciudad misma, con sus excesos y en sus grietas, la que engendra y dispone las imposibilidades de deshacerse por completo de las cosas y, al tiempo, las oportunidades de recuperarlas.

Sin el ánimo de dispersar aún más el asunto, es importante decir que en esa inmensa variabilidad de la recuperación espontánea también convergen algunas formas más radicales que, por un lado, resultan absolutamente esporádicas respecto de la trayectoria total del sujeto chatarrero (algunos no lo han hecho nunca), y por otro,

constituyen frentes más alejados a las lógicas sostenidas de la práctica del oficio del chatarrero propiamente dicha.

Dentro de estas dinámicas residuales de la propia práctica marginal de la recolección informal de chatarra, entendida como una convención generalizada, hallamos la participación informal en vaciados de pisos solicitados por propietarios de bienes inmuebles; el canje de otros objetos (usualmente ropa, accesorios y otros textiles) por metal; la participación en redes de intercambio de cosas, mercancías y dinero, alrededor de las dinámicas que produce el Mercado de los Encants de Barcelona; y la venta de electrodomésticos, especialmente televisores, y bicicletas de segunda mano.

Estas variaciones más radicales implican la conformación de distintas rutas o, más bien, desviaciones, atendiendo a la distinción que hace Appadurai (1991), en la que subraya el carácter normativo y acordado de las primeras, y la novedad y la irregularidad imprevistas de las segundas. Estas desviaciones en particular son, además, muy diferentes a las que sigue la chatarra en el curso cotidiano de la Sunu Village, desde las formas de recuperación hasta los canales de intercambio.

Pero algunas de estas “deformaciones” de la recuperación no son producto de una propensión oportunista o necesitada, ni de la recurrencia de un oficio en esencia simple e invariable. El deterioro físico propio de la edad, es con seguridad un factor decisivo en la transformación del trabajo cotidiano de estos hombres. Tal vez, justo ahora asistimos al envejecimiento de muchos de ellos (llegados no hace mucho), lo que con seguridad no solo disminuye sus capacidades para sobrevivir gracias y a través de su cuerpo, como lo han hecho durante años, sino que también los lleva a una vulnerabilidad ascendente.

La forma “tradicional” del trabajo se erosiona y pervierte en fórmulas como la compra de motores ya desmontados de neveras para limpiarlos con algo de ayuda en el patio y obtener el preciado cobre, o la recuperación de nimiedades que ningún joven se atrevería a recolectar. El recorrido se hace más corto, más lento y mucho más pesado; la extrema pobreza llama a la puerta del que siempre fue pobre pero ahora también es débil.

De otra parte, una innumerable cantidad de cosas son recuperadas, como podrá imaginarse, para la propia Sunu Village. El recorrido es un proceso siempre atento a la obtención de beneficio. La búsqueda es principalmente económica, pero los chatarreros llevan siempre una especial atención sobre todo aquello que pueda servir instrumentalmente a la casa, al colectivo y a su propia chabola (a su propio chiringuito como le dicen varios de ellos). Pocas cosas en la Sunu Village han sido compradas; la recuperación es también un proceso mediante el cual estos hombres obtienen los instrumentos y los materiales para asegurar su supervivencia instrumental mínima. Desde las tablas de madera para las paredes y el piso de las chabolas, los colchones y las camas de los cuartos, pasando por los plásticos, tejas, lavabos, hasta las sillas, los equipos de audio y el instrumental de cocina, todo ha sido objeto de recuperación. Hasta la báscula ha sido obtenida por un canal irregular de mercado de segunda.

La variabilidad de la recuperación es adaptativa y dicha condición se cualifica en virtud del objeto susceptible de recuperación, de las condiciones del contexto en el que se encuentre, de las capacidades físicas y mentales del recuperador, y de lo que dicho objeto representa frente a la inmediatez de la supervivencia urbana.

Finalmente, estas innumerables variaciones que puede adoptar el trabajo -en la calle- de estos hombres, constituye uno de los más visibles síntomas de la potente marginalidad socioeconómica en la que se encuentran; una marginalidad que somete, a este específico segmento de la gran cadena de la recuperación, a una informalidad insuperable.

La flexibilidad, la indeterminación y la gran lógica del corto plazo empujan a este colectivo al margen de los márgenes, en el que el trabajo y la pobreza son excesivos al mismo tiempo. La invisibilidad social e instrumental del grupo, además, se afianza con cada iniciativa y con cada acto de supervivencia, puesto que todos ellos son producidos, precisamente, en y desde los márgenes de la informalidad y la ilegalidad.

A fin de cuentas, la recuperación de residuos no es y no ha sido nunca una decisión; al menos en el caso de los chatarreros senegaleses, no se trata de una oportunidad

productiva o de agencia gestionada por la propia voluntad individual y colectiva, sino más bien se trata del resquicio al que son arrojados, estructural e institucionalmente, aquellos que no pueden (o no merecen) ser asimilados dentro de los grandes flujos económicos y productivos, o al menos dentro de los segmentos formales de estos.

### ***Recolección y el conocimiento experto de la ciudad***

Toda esta actividad de recuperación acontece esencialmente en el espacio público. Algunas muy contadas excepciones, casi que solo por definición técnica, no suceden allí.

Con espacio público no quiero decir, ni más faltaba, que suceda en cualquier lugar; esto ya está claro, los chatarreros experimentan una gran porción de su vida en la calle, posiblemente de una de las peores formas posibles, pero no en cualquier lugar; el espacio público es esencial, estratégico y vital; se trata, ni más ni menos, del espacio que, gracias a ser público, permite su supervivencia; aunque también es el espacio jerarquizado que se asegura de no otorgar más que eso.

Al relacionar el espacio público con la actividad o el oficio de la recuperación, es posible verificar la contundencia objetiva del espacio público de las ideologías y sus representaciones, un espacio que solo constriñe y segrega a quienes la norma no tolera ni apoya. Sin embargo, subsiste desbordando los límites del anterior, el espacio que se produce a cada paso de cada andante y en cada interacción; el espacio vivo que resulta, no solo de las interacciones espontáneas, arbitrarias e insolentes, sino también de las grietas que las mismas fuerzas del espacio hegemónico abre con sus contradicciones.

Por todo ello, creo prudente afrontar el asunto del espacio no como un estéril contenedor condicionante de la acción y tampoco como un receptáculo instrumental resultado (o residuo) de la misma; sino más bien como el conjunto de interacciones que se suceden en virtud o en función de las condiciones del espacio físico y social, y que se cualifican mutua y recíprocamente gracias a las interacciones constantes e ineludibles entre el espacio y las formaciones sociales y que les permiten, a ambos, re-crearse y re-producirse constantemente.

Desde este punto de vista la idea (y la verificación empírica) del movimiento y la transformación constante de las condiciones socio-espaciales del espacio urbano resulta esencial al oficio del chatarrero y elemental para su comprensión. Ciertamente, esta forma de trabajo marginal e informal se reinventa cada día gracias al incesante movimiento (esto es, el uso-consumo-desecho) de la ciudad, de sus servicios elementales y de sus instrumentos del deseo.

Por ello, antes de señalar las posibles formas en que cualquier concepción y objetivación del espacio “afecta” el oficio y las condiciones estructurales de la vida de los chatarreros, conviene hacer honor a la etnografía y tratar de enunciar en un principio el espacio que viven y del que hacen uso, el espacio que comprenden bien como un instrumento o bien como un obstáculo.

La actividad generadora de la que ya se ha hablado, las prácticas del consumo masivo propias de la ciudad y sus vocaciones (las de Barcelona específicamente con su centralidad turística y comercial), y la consecuente necesidad y oportunidad de “recuperación” en muy diferentes niveles y de cosas muy diversas, disponen el escenario para la supervivencia de aquellos que viven de lo que para otros es residual. El propio movimiento urbano sugiere las grietas e intersecciones que pueden ser aprovechadas por fuera de los grandes flujos económicos formales. De esta forma, la ciudad misma indica y dirige las prácticas informales de recuperación de sus residuos, que además aprovechan el pequeño vacío que no logran cubrir las iniciativas privadas formalizadas. Así, la ciudad y sus residuos cualifican a la fuerza a aquellos que viven de la recolección informal. No obstante, dicha cualificación los convierte en auténticos expertos del espacio urbano y sus residuos.

Dicha experticia se manifiesta, por un lado, como un conocimiento certero de las condiciones instrumentales de la ciudad y sus exigencias operativas, y como una compenetración sensible (estética-simbólica) con sus cualidades espaciales, por otro.

Durante los trayectos y las operaciones de recuperación, los chatarreros hacen uso de una especie de racionalidad instrumental orientada a fines muy específicos, que les permite acoplarse y “aprovecharse” de manera muy eficaz de las formas de la ciudad (de las representaciones objetivas del espacio según Lefebvre (2013)) y de sus funciones esenciales, tanto de aquellas que eventualmente disponen sus medios de supervivencia como de aquellas que podrían significar algún tipo de obstáculo físico o de impedimento operativo. Así, los hombres de la Sunu Village, aun cuando se aventuran a una especie de deriva en las labores de la recuperación inicial, se mueven por el espacio urbano de una forma decidida, sin titubeos y en medio de un reconocimiento comprensivo, y a la vez adaptativo, sobre las cualidades urbanas que les son propicias y que son objeto de sus tácticas de emergencia, y sobre las condiciones que suponen un riesgo y que los obligan a recurrir a sus destrezas elusivas.

Pero este re-conocimiento de la ciudad, que se reinventa cada día, no solo se despliega operativamente. También una suerte de sensibilidad estética les resulta altamente funcional. La recuperación se carga además de una compenetración simbólica-sensible con el ritmo, la cadencia y los significados asociados al espacio público en general y a ciertos lugares en particular. A pesar de que su actividad constituye una informalidad estructural y una evidente anomalía formal, los chatarreros logran incorporarse sutilmente, a pesar de su estruendosa presencia, a la singular estética del espacio en movimiento. Tal vez esto sea posible dado que en la mayoría de ocasiones los chatarreros trabajan solos, rápido y en silencio. Según Am, una de las condiciones fundamentales para que un día de recuperación sea exitoso es pasar desapercibido, “mientras no hagas estupideces y sepas donde ir, no pasará nada. A la gente no le importa y, si lo haces bien, a los Mossos tampoco”.

Sin saberlo, los chatarreros practican una especie de ecología urbana de la recuperación, no tanto en el sentido de saberse parte de un proceso ecológico en torno a la recuperación como elongación del aprovechamiento de los elementos disponibles, sino

por el hecho de participar de un proceso que se regenera a sí mismo y que implica el uso “sostenible” de unos recursos, el mantenimiento de unas interrelaciones elementales para su consecución, y el aprovechamiento “experto” de unos medios que son parte “natural” del espacio urbano.

Los chatarreros trazan rutas específicas, se encuentran perfectamente orientados y reconocen con claridad sus trayectos seguros y sus vías de escape. Fluyen acompasadamente por el espacio, el ritmo y el tiempo urbanos. Acuden a tácticas específicas de interacción socio-espacial como la reacción casi instintiva, la capacidad de adaptación y la rápida reacción o la elusión ante las posibles amenazas. Son hombres del espacio público de verdad, no del espacio abstracto de las ideologías, ni del espacio objetivo, pero ajeno, de las representaciones hegemónicas; sino del que se produce a cada paso, del que se concreta en la experiencia cotidiana con cada acierto y con cada fracaso; son los hombres del espacio público en movimiento, vivo, miserable e inexorable; del espacio del hoy y del ahora, no del mañana; del espacio que es, no del que debería ser; del espacio de la realidad social, no del de la distorsión mediática.

A pesar de su imprevisibilidad, el proceso de recuperación no es aleatorio; existen un orden y unas prioridades que, aunque adaptativas, se fundamentan en unas reglas tácitas que portan el matiz de la supervivencia. Se trata de un conjunto de reglas no verbalizadas explícitamente, pero inculcadas y sostenidas, que tienen que ver principalmente con la eficiencia en la recuperación (a donde ir, por donde pasar, donde esperar y qué cargar) y con el mantenimiento táctico de la invisibilidad. Aquel cuyas inapropiadas acciones en la recolección hace visible al colectivo es duramente increpado.

Este conocimiento experto de la ciudad opera también en lo que podría llamarse una segmentación espacial por cooperación tácita y/o por acuerdo silencioso. Aunque los alcances empíricos de mi aproximación solo permiten dar cuenta de los chatarreros de la Sunu Village, es evidente que la recuperación informal también tiende a configurarse

en torno a territorios o zonas urbanas específicas sobre las que operan diferentes colectivos o agrupaciones y que, raras veces, son transgredidas.

El espacio público es, en definitiva, una intermitencia, un trayecto transitorio que exige, por un lado, su experticia y, por otro, su fugacidad. Una especie de tensión dialéctica sostiene los dos polos de una relación de dependencia indeseada; el fetiche de la mercancía se mantiene aún en la basura, puesto que no depende de ella misma si se encuentra fuera o dentro de determinado régimen de valor: en cuanto surge la intención de convertir cualquier cosa en mercancía, ésta obliga al establecimiento de relaciones sociales que, rápidamente se encarga también de enmascarar y reducir.

El cúmulo de desperdicios individualizados, relativamente organizados, dispuestos de forma *intermedia*, que representa el objeto fundamental del oficio del chatarrero, es renovado con una frecuencia que no da tregua; la *mercancía basura* fluye, incluso sin “merecerlo”, con una rapidez abrumadora, no por su propia inercia sino por la transitoriedad y la incesante reposición de los bienes de consumo y los deseos que los demandan, así como por su acelerado desecho y su pronta recolección. Este breve lapso de tiempo entre la disposición intermedia y la recolección formal es, al mismo tiempo, la temporada de caza y el momento de la recolección del chatarrero, que en términos procesuales acontecen siempre durante *el recorrido*.

### ***El recorrido: proceso contradictorio y territorio de exclusión***

*El recorrido* o *el viaje* hacen referencia a ese tránsito urbano en procura de la subsistencia; a esa especie de nomadismo laboral que implica una movilización geográfica y temporalmente extensa, que se despliega objetivamente en el espacio público. Se trata, ni más ni menos, de la ida y la vuelta por la ciudad, por la calle, en busca de oportunidades de recuperación de metales y otros mecanismos de supervivencia.

El recorrido constituye uno de los dos grandes momentos del oficio diario de los chatarreros (considerando que el intercambio no hace parte del oficio propiamente dicho). Aunque puede presentarse coyunturalmente en cualquier momento del día, la mayoría de hombres de la Sunu Village comienzan su recorrido muy temprano en la mañana. Alrededor de las 7:00 horas y habiendo dispuesto todo desde la noche anterior (carro, herramientas y otros elementos como cadenas, candados y cuerdas), comienzan el recorrido desde el mismo patio en donde terminará mucho más tarde.

La duración del mismo es impredecible, una gran dosis de suerte sumada a las habilidades para propiciarse las oportunidades precisas y para efectuar las operaciones mismas de la recuperación, condicionan el tiempo que permanecerán recorriendo las calles. He sido testigo de cortos recorridos que, después de solo dos horas, han brindado sus frutos; como también he acompañado interminables y repetitivos trayectos en los que ha costado cerca de 7 horas recolectar lo “suficiente”. En cualquier caso, el recorrido y la recuperación de las cosas, es decir, la obtención de aquello susceptible de ser limpiado y vendido, representa apenas la mitad de la jornada laboral del chatarrero.

Constituye un acto en el que se mueven a través, en medio y gracias al espacio urbano, con una especial celeridad, sin pausas prolongadas y describiendo una ruta que gira en torno a ciertas zonas en concreto pero que se precisa de manera muy espontánea.

Para cualquier ojo desinteresado se trata de una imagen común y morbosa (de allí su alta recordación): un hombre negro empujando un carro de supermercado cargado de basura por las calles de la ciudad. Para los chatarreros implica un trayecto repleto de riesgos y obstáculos, agotador e imprevisible, volátil e ineludible; pero que también les provee ciertos elementos de auto-identificación y una suerte de escenario de pertenencia y cohesión.

Probablemente, lo más llamativo del recorrido tiene que ver, precisamente, con sus propias contradicciones internas; una especie de intrigante dialéctica rige el *viaje diario*. En tanto proceso, el recorrido es tan ineludible, seguro y recurrente, como imprevisible e inproyectable. De igual forma, el recorrido del chatarrero como práctica laboral resulta más marginal en cuanto más incorporado se encuentre dentro de la cadena formal,

puesto que de la forma de dicha incorporación deviene su carácter marginal, residual. Y, en virtud de su objetividad física y socio-espacial, es un proceso de apropiación extrema e incluso insolente del espacio que, al tiempo, se encuentra absolutamente desterritorializada por la ausencia del reconocimiento social y la falta de una significación territorial positiva.

Para los hombres de la Sunu Village el recorrido cotidiano como recolector de residuos urbano constituye la forma más elemental, la única de la que dispusieron, de ser ellos mismos en este contexto extraño, de llevar a cabo una labor a la que han sido arrojados, pero en la que son claramente hábiles. No obstante, al tiempo, el recorrido por las calles es el proceso de objetivación de su oficio que los designa e incorpora, ineludiblemente, a una discriminación y segregación sistemáticas, preestablecidas. No es posible (aquí) rastrear cuando estos inmigrantes africanos se hicieron chatarreros, pero no cabe duda de que a pesar de que dicha ocupación no refleja sus deseos y su oficio es claramente imprevisible, están irremediabilmente atados a ellos.

Ninguno de ellos da muestras de haber vivido un momento en el que pudiera decidir ser chatarrero o no. Unos pocos cuentan que su trayectoria ha variado entre la manta y el carro de supermercado, nada más allá. Todos parecen sometidos a dicha práctica, no solo por las evidentes condiciones estructurales que los empujan a los márgenes de lo informal, sino también por una especie de auto-reconocimiento de su propia condición marginal. Paradójicamente, y en especial durante el recorrido, los chatarreros se definen como tal, reforzando la imposibilidad de su asimilación y la condición marginal de su existencia, pero, al mismo tiempo, su diferencia. El recorrido no es solo la expresión de una segregación estructural, sino también una de las expresiones fundamentales a través de la cual se identifican individualmente y se reconocen colectivamente.

Por otra parte, llama la atención el hecho de que su necesaria dedicación y su inexorable implicación, derivan en un incremento o un reforzamiento del carácter informal de su oficio en general e incluso de la ilegalidad de algunos de sus procedimientos. Esto es

infranqueable, chatarrero que no trabaja duro sencillamente no come, no bebe, no subsiste. Estos hombres deben abocarse a su práctica sin miramientos. El éxito del chatarrero es directamente proporcional a la ilegalidad del acto que se lo propicia. Mientras el chatarrero más se implica en la recuperación informal de residuos, más se integra, sin reconocimiento, en los grandes procesos de recuperación formal e institucional (por lo general privada), con lo que, a pesar de su contribución, afianza su localización marginal dentro del proceso general.

La propia ejecución cotidiana de su oficio, en lugar de propiciarle un lugar de reconocimiento, y paradójicamente gracias a hacerlo visible, tiende a situarlo en el extremo marginal de una cadena formal de la recuperación que se presenta como completa y autosuficiente. La realidad, por incómoda que parezca, es que los chatarreros senegaleses recogen chatarra, la limpian y la venden en depósitos autorizados; con ello, se incorporan en un proceso absolutamente formal de recuperación de residuos en el que su labor, a pesar de ser fundamental (primaria, inicial) para el proceso (en especial para las instancias intermedias) es conservada al margen, como residual, anómala e ilegal.

Pero aún más allá de las implicaciones normativas de su oficio y su condición de ciudadanía, se encuentra el hecho empírico de su necesitada expresión cotidiana, aquella que, sin excepción, todos los que viven en la Sunu Village deben procurar. Para sobrevivir todos tienen que estar dispuestos a librar una batalla en y por el espacio urbano, eso es el recorrido, una lucha en movimiento que usa y consume al espacio urbano y sus medios.

“Tú no puedes hacer que estas estudiando o que viniste a mirar, a nadie le importa eso. Tu y yo estamos aprendiendo el uno del otro, pero si tú quieres aprender tienes que ganarte un carro y hacer una ruta”. Tal es la sentencia de Am con la que me indica, al menos, un par de cosas: que la forma de aprehender su oficio es desde adentro y en carne propia, y que dicha labor exige una apropiación espacial instrumental y funcional. Su labor depende, paradójicamente, de la capacidad de apropiarse instantáneamente del espacio y sus recursos, y de la habilidad de no depender de ninguno de ellos.

Esta doble condición genera una relación con el espacio igualmente dicotómica. El chatarrero cristaliza en su recorrido diario una apropiación funcional y simbólica del espacio que resulta fundamental para su éxito. Su actividad implica que haga suyo el espacio que recorre, que se mueva con absoluta propiedad a través de sus grandes flujos y entre sus estrechas grietas y, no menos importante, que se apropie de los medios instrumentales dispuestos en dicho espacio, que los comprenda y los use eficazmente, e incluso que sepa cómo adueñarse de ellos.

No obstante, el carácter de su actividad y algunas de sus condiciones más estructurales, le obligan también a desarrollar una especie de desapego total por ese espacio que soporta su subsistencia. La informalidad de su oficio y la irregularidad de su condición de ciudadanía conllevan, además, a una experiencia cotidiana deambulante y sin territorio fijo, a una ausencia de vinculación socio-espacial en el escenario en el que se encuentran y que fortalece aún más su vinculación sensible y simbólica con el lugar de origen.

De esta forma, el chatarrero asiste a una segregación espacial y una exclusión social inducidas desde arriba, estructuralmente, y que son auto-reforzadas, paradójicamente, gracias a las acciones de su propia experiencia cotidiana marginal orientada a la supervivencia.

El recorrido, por otra parte, no siempre deviene en un éxito en la recuperación, que nunca es más que el aseguramiento de una subsistencia mínima. El fracaso es, más bien, una constante; volver del recorrido con las manos por completo o casi vacías es en extremo recurrente. Esta situación es relativamente solventada por la cooperación entre los miembros de la colectividad. La alimentación básica y las necesidades más inmediatas son resueltas comunitariamente.

Además, el acechante fracaso y sus constantes objetivaciones, son disipadas o enmascaradas a través de otro tipo de actividades y actitudes con las que intentan superponerse. Algunas formas de ocio dentro de la casa y el patio; la misma diversión como actitud dentro y fuera, en el recorrido y en el trabajo de limpieza; y el consumo de

alcohol y principalmente de marihuana, ayudan a volver más llevadero el día a día, sus múltiples dificultades y la sensación constante de fracaso.

Dicho fracaso es generalizado, está relacionado con la experiencia migratoria en general, pero en lo que concierne al eventual fracaso en el recorrido diario, este se incrementa ostensiblemente en virtud de las capacidades (o imposibilidades) físicas del chatarrero. La edad es un factor clave en un oficio que es altamente demandante en términos físicos; el recorrido tiende menos al éxito entre los miembros más viejos de la Sunu Village a pesar de que ostenten un conocimiento más depurado y una mayor experiencia acumulada; la edad genera una forma de marginación particular dentro de la marginalidad compartida. Puede conllevar incluso a cambios muy profundos en la actividad o a acudir a otra forma totalmente diferente de “rebusque”. El “Viejo”, por ejemplo, hace cortos recorridos, generalmente al mercado de los Encants, y compra motores o alguna otra cosa para luego limpiar y vender; y el “General”, antes chatarrero, ahora prefiere poner una venta ambulante (manta) en los alrededores del mercado a pesar de la acción policial que, dependiendo de la temporada, puede llegar a evacuarlos de allí hasta más de cinco veces en una jornada.

Desde otro punto de vista, en términos generales (y probablemente muy abstractos) es posible aludir al recorrido, para completar su lógica contradictoria, como una práctica social que es, al mismo tiempo, un tipo de trabajo y una forma de consumo.

Está claro que la recuperación de chatarra y todo lo que ello implica constituye aquello a lo que se dedican diariamente (y sin tregua valga decir) estos hombres senegaleses con el fin de obtener una retribución monetaria que les permita su subsistencia económica. No es el trabajo que han escogido, es al que han tenido que acceder como única opción; sin embargo, son remarcables su entrega a él en términos de tiempo, espacio y esfuerzo físico-mental, y su valoración moral del mismo. En su opinión, solo a través de la dedicación al trabajo lograran, no solo procurar los ingresos económicos que necesitan, sino también conservar su dignidad en medio de un escenario económico aplastante. Aunque resulte marginal y, en extremo precario, lo que hacen estos hombres es, ni más ni menos, su trabajo.

Por otra parte, el oficio del chatarrero consiste en un proceso a través del cual estos consumen el espacio mismo y ciertos productos (residuales) de la ciudad. El recorrido implica, como toda práctica *localizada*, un proceso de uso del espacio, en este caso, plenamente consciente y consistente; mientras que la recolección-recuperación, por su parte, constituye con claridad una forma de consumo de ciertos medios y bienes disponibles, aunque estos no hayan sido dispuestos con tal fin.

En últimas, a pesar de que las ideas convencionales acerca de la pobreza y su localización geográfica propenderían por indicar que la Sunu Village constituye el escenario en donde cristaliza la exclusión de estos hombres, en realidad es el recorrido mismo el que conforma el *territorio de exclusión* propiamente dicho. El espacio público ideológico y hegemónico es un escenario en donde estos hombres, en el curso de su recorrido laboral cotidiano, experimentan objetivamente las formas más violentas de segmentación y distinción. El espacio vivido por ellos constituye al tiempo el terreno en donde se proyecta una ideología ajena de la segregación; el recorrido del superviviente urbano conforma un territorio de exclusión inducida y, al tiempo, auto-reforzada.

### ***Las tácticas de recuperación y subsistencia***

El recorrido como un proceso dinámico y adaptativo está regido fundamentalmente por un conjunto de tácticas orientadas a una recuperación que les permita obtener el mayor beneficio, en el menor tiempo posible e invirtiendo solo el esfuerzo necesario. Dicho beneficio estará representado bien por la cantidad o bien por el tipo de material recolectado; en el mejor de los casos ambas condiciones coinciden.

Pero a esta especie de recuperación estratégica, la acompaña también un sinnúmero de tácticas de la supervivencia. Innumerables acciones espontáneas y, en algunos casos muy creativas, diferentes a la recuperación de residuos, surgen a lo largo del recorrido con intención, no tanto de maximizar el posible beneficio económico producto de la recolección de metales, sino de obtener otro tipo de recursos.

Ya se han mencionado algunos de los principios tácticos que orientan las operaciones y el flujo mismo del recorrido. La rapidez y la ágil adaptabilidad del trayecto y sus

operaciones; la decidida intención de evitar pausas o detenciones prolongadas, así se trate de aquellas que tienen como objetivo algún tipo de recuperación; el mantenimiento de ciertas zonas y determinadas rutas en los recorridos individuales y grupales; el intento por pasar desapercibidos, por mantenerse invisibles; el respeto por las normas de tránsito y de circulación como táctica fundamental para lograr el anterior cometido; la misma recuperación estratégica que implica no perder el tiempo en operaciones o con materiales poco retributivos y hacer uso de las herramientas disponibles para no llevar a cabo labores de limpieza in situ; son algunas de las tácticas y principios más visibles durante el recorrido y en la ejecución de *la recuperación de las cosas* propiamente dicha.

Con esto, podría decirse que una suerte de racionalidad táctica, instrumental y operativa gobierna la forma general del recorrido, así como sus decisiones específicas y, como es de esperarse, impregna también el sentido que se le otorga, aquel que le atribuye un significado igualmente instrumental, asociado a la supervivencia económica-monetaria.

Por otra parte, otra serie de principios y tácticas completan el conjunto de la estrategia del superviviente urbano y su viaje cotidiano. En este caso se trata de formas más espontáneas, instantáneas y que requieren de una habilidad más “maliciosa”, más sensible y dinámica y menos funcional y operativa. Se trata incluso de una actitud frente a lo que puedan encontrarse en la calle y durante las múltiples interacciones que constantemente intentan propiciar; una actitud regida por los principios de la *oportunidad* y de la *elusión*.

En cierta ocasión, luego de ser muy persuasivos y moleestamente insistentes, obtuvimos más de 20 botellas de agua (que luego repartimos en el patio) de un grupo de personas que se encontraban trabajando en algún tipo de grabación para televisión junto a la Torre Agbar. Unos a regañadientes y otros sensibilizados con la situación de necesidad que Ammadu se encargaba de proyectar, terminaron por ofrecernos el agua después de ser abordados sorpresivamente y de darse cuenta de que no nos iríamos de allí sin obtener algo de ellos. Numerosas situaciones como esta son propiciadas espontáneamente por los chatarreros durante su recorrido urbano; en la panadería, los almacenes, las plazas y cualquier coyuntura con la que se topen, no perderán

oportunidad alguna de obtener algo que se sumará a sus medios de subsistencia; se encuentran siempre dispuestos a pedir o presionar la dadivosidad ajena, bien sea por compasión o por comprensión, bien por un deseo sincero de colaboración o por sacárselos de encima; al chatarrero le da igual, se trata de una táctica de la oportunidad, una lógica a la que están habituados, por la que son reconocidos y de la que no pueden prescindir.

Pero la espontaneidad táctica de estos hombres no solo se orienta a la acción funcional que se destina a la obtención de algún beneficio. Los siempre inminentes peligros asociados a una elevada visibilidad, como la persecución, la detención e incluso la pérdida de sus medios e instrumentos de trabajo, hacen que también se incorpore una predisposición táctica hacia la elusión. Son verdaderos expertos escabullendo estos peligros y llevando a cabo su actividad en una especie de flujo por los intersticios en los cuales evitan ser víctimas de casi todo tipo de represión objetiva. Es realmente impresionante como logran, a pesar de su imagen tan atrayente, mantenerse fuera del alcance de la persecución institucional y, hasta cierto punto, del señalamiento social.

### ***Las luchas por la apropiación I - Ideas sobre la calle y lo público***

En múltiples sentidos, las prácticas de recolección-recuperación y en general el proceso del recorrido cotidiano, puede considerarse como una auténtica batalla: contra el tiempo, contra la autoridad, contra la ciudad misma y los objetos que la instrumentalizan, y hasta con las propias cosas que son objeto de la recuperación.

Todas constituyen instancias objetivas a las que los chatarreros deben enfrentarse; todas disponen verdaderas barreras y obstáculos que el chatarrero debe sortear, eludir o vencer.

En un plano distinto, aunque complementario al anterior e igualmente objetivo, los chatarreros senegaleses también deben hacer frente y entablar un combate contra la

normalidad y la moralidad, contra la estigmatización, contra el señalamiento y la criminalización, contra la invisibilidad y la ilegitimidad que los margina.

En consecuencia, el recorrido, además de ser un proceso cotidiano de trabajo, constituye también el escenario de una batalla diaria por la subsistencia, que se libra en contra del conjunto del sistema social - urbano y durante cada minuto de su duración (la del recorrido), en cada instante de su ejecución.

Pero el éxito de esta contienda diaria supone una apropiación expresa, espontánea y premeditada al tiempo, y marcadamente “insolente” del espacio, de sus medios instrumentales y de sus residuos.

Se trata entonces de que la vida cotidiana de estos hombres en la calle, específicamente su recorrido diario como recolectores urbanos, constituye el campo de sus luchas por la apropiación del espacio físico, una apropiación efímera e insustancial, pero imprescindible.

Si bien “espacio público” y “arraigo espacial” no son los términos con los que el chatarrero encarna cada día su experiencia en las calles, si es bien claro que está absolutamente consciente del hecho de que su supervivencia depende de su apropiación experta del espacio urbano y de su expresa intención de hacer de su propiedad algunos de sus instrumentos y residuos.

Lo público no tiene mucha más connotación que todo aquello que está disponible para su uso, y las calles no son más, ni menos, que un recurso, un vehículo, un espacio del que necesitan y merecen disponer.

## **La Sunu Village**

A pesar de que el intento por comprender el oficio de los chatarreros, su funcionamiento y sus lógicas internas, la marginalidad socioeconómica que experimentan, sus mecanismos de supervivencia y, en general, la forma como viven, implica intentar aprehender y ordenar los elementos y las condiciones más elementales, recurrentes y

regulares, es imposible desconocer el llamado que los mismos casos de estudio y su devenir diario hacen a una especie de antropología de la emergencia.

La Sunu Village y la vida cotidiana de estos hombres cambia a diario; pero no cambia lentamente ni, mucho menos, a un ritmo constante, como tampoco lo hace en cierta dirección o con una regularidad previsible. Aun cuando en su interior se conserven ciertas constantes que permiten distinguir quienes son y que hacen de manera general y esquemática, los cambios pueden ser contundentes y los sucesos que los propician pueden -y suelen- ser dramáticos.

La Sunu Village, tal y como la conocí hacia septiembre de 2015, ocupaba dos predios diferentes, cada uno con su numeración específica: la casa y el patio, un lote contiguo en donde antes había una edificación a juzgar por las evidencias físicas (un muro, una esquina con azulejo y un sifón de baño). Lo primero que okuparon fue el lote, aproximadamente durante la primavera de 2015, en donde construyeron rápidamente una pequeña chabola de madera; unos cuatro días después okuparon la casa. Los primeros en llegar, los que abrieron la casa, delimitaron el lote y pusieron en funcionamiento la chatarrería y un restaurante fueron Mame Cheick, Usman, Gambia y el mismo Mammadu Kheraba, reconocido líder del colectivo de chatarreros y de la comunidad de senegaleses en Barcelona. Poco tiempo después llegó Am y otros tantos han sido constantemente atraídos por la centralización de actividades que propicia el lugar y por el hecho de que allí se conforma una comunidad de pares y una colectividad en donde la supervivencia individual es más segura.

Este es el lugar que asegura su supervivencia económica; allí se centraliza el trabajo elemental y allí mismo este engendra sus múltiples variaciones. Todo el trabajo diario de recorrido se coordina y parte de allí; allí mismo vuelven todos a continuar con lo que empezó en la recolección por las calles y debe seguir con la limpieza: la separación y clasificación por material. Como todos confluyen allí, el trabajo se comparte en cierto sentido, y el trabajo de unos propicia el de otros; por ejemplo, la recolección que unos

hacen puede incluir algún tipo de objeto, aun funcional, que otro compañero (seguramente más viejo) puede revender alrededor del mercado.

Aunque en la limpieza participan todos y muchos se ofrecen ayuda mutua en diferentes ocasiones, cada chatarrero determina qué hacer con lo que ha recolectado por su propia cuenta. No obstante, todos ayudan a mantener una micro economía de subsistencia compartida. Además de lo que cada cual limpia para ganar su propio efectivo, otras cosas y materiales se venden allí, o simplemente abren diferentes desviaciones, así como también pagan allí, a otros de sus pares, por refrescos, comida, licor y marihuana.

Pero además de que este lugar constituye el centro en el que sus prácticas operativas-funcionales de supervivencia se reproducen, es allí también en donde se auto-identifican como parte de un colectivo cohesionado. Este es el único lugar del que disponen en donde realmente “reproducen su cultura”, en el sentido de que viven bajo sus normas, se relacionan en orden a sus principios elementales (de origen), y mantienen algunas de sus tradiciones cotidianas.

Mame Cheick abrió con sus propias manos varias de las naves en las que habían habitado y trabajado antes, hasta el “último” de los grandes desalojos en la calle Puigcerdà del Poblenou. Lo que en esas naves sucedía y lo que allí se conformaba está aún por documentarse, la presa apenas si presentó fragmentos coyunturales acerca de lo que sucedía durante los tensionantes días previos y durante los operativos de los desalojos definitivos y, tan solo, hasta unos pocos días después. La Sunu Village es el más reciente y, al parecer, el último de los lugares okupados por el colectivo (por este grupo en particular) para vivir y trabajar allí como tal. El propio Mame manifiesta no tener ninguna intención de abrir y okupar otro predio destinado a tal tipo de conformación numerosa.

Y finalmente también le ha llegado el día a la Sunu Village. En Junio de 2016 se ha sucedido un operativo mediante el cual los han desalojado de allí. Primero entraron al patio y derrumbaron con grandes máquinas todas las chabolas: unas 20 o 25 habitaciones construidas principalmente de madera y plástico en donde funcionaban habitaciones privadas, salones colectivos, cocinas y lugares de almacenamiento, y que

habían sido levantadas paulatinamente por cada uno de ellos y la colaboración general del colectivo. Luego los sacaron de la casa y tapiaron sus entradas sin que muchos de ellos pudieran siquiera sacar sus cosas.

Unas dos o tres horas después de que el operativo cesara y la guardia urbana abandonara el lugar, Am regresó al patio y volvió a levantar una chabola, con lo que otros lo siguieron y volvieron a okupar el lote. Al mes de agosto hay nuevamente unas 10 chabolas construidas y el patio vuelve a funcionar como centro de trabajo y reunión. La casa es inaccesible, con lo que ahora buena parte de la sociabilidad se lleva a cabo en la calle, exactamente en el andén de enfrente.

No obstante, lo que allí sucede ha cambiado notoriamente en muy poco tiempo. Si bien el patio sigue funcionando como centro de limpieza y clasificación, otro tipo de prácticas se han tornado más frecuentes, visibles y centrales en las estrategias de supervivencia de estos hombres, como la venta de cerveza y marihuana y la compra-venta de bicicletas robadas, con lo que nuevos visitantes acuden (incluidos menores de edad) y nuevas figuras se vuelven centrales (otros hombres, principalmente pakistaníes, ajenos al colectivo de senegaleses)

De cualquier forma, el acoso institucional -principalmente policial-; la precariedad de su situación económica y la marginalidad de su oficio central; y la propia negativa a volver a la iniciativa de okupar un gran predio de forma masiva, tienden a una palpable desintegración del colectivo y a una decadencia progresiva del espacio que ocupan y cualifican. Lo que parece acentuarse aún más con su renuencia a hacerse visibles institucionalmente, a recurrir a cualquier tipo de organización política, o a solicitar el apoyo de defensores del pueblo, personal de derechos humanos o abogados. No tienen la más mínima intención de denunciar su situación y el acoso del que son víctimas, ya que su experiencia pasada en esta arena les ha dejado clara la inutilidad de hacerlo y lo agotador que puede llegar a ser.

### ***Dispersión e incorporación***

Ante la ausencia total de cualquier oportunidad para insertarse en el mercado laboral formal, las restricciones de ciudadanía infranqueables, y la extrema precariedad económica, estos hombres no han tenido más remedio que abocarse a una práctica laboral informal y marginal, y a una forma de vida que necesariamente implica una especie de conformación colectiva-comunitaria numerosa que requiere el uso (para vivienda y trabajo) de predios urbanos de importantes dimensiones que deben okupar.

La Sunu Village es el resultado (el reflejo, el efecto y la proyección sobre el terreno) de la dispersión de los enclaves de pobreza constituidos por los chatarreros senegaleses en unidades más reducidas espacial y numéricamente en el territorio urbano, aunque tienden a no alejarse demasiado de sus zonas de interés. Dicha dispersión no tiene otra causa que las medidas de desalojo ejecutadas anteriormente, y aun hoy, por una política pública del abandono institucional, represiva y punitiva.

Pero esta dispersión (de la pobreza y sus enclaves) inducida desde arriba implica también una forma cambiante y adaptativa de incorporación al territorio. Si antes optaban por numerosas formaciones okupando grandes naves industriales abandonadas, ahora conforman pequeños grupos que se diseminan por la ciudad (pues lejos está la política pública de “acabar con el problema”) y se asientan en unidades más reducidas y, seguramente, más controlables. De las grandes naves de la informalidad compartida pero insondable dadas sus dimensiones, a los pequeños nichos de marginalidad y precariedad colectiva-compartida.

Pero muy a pesar de que en estos nuevos enclaves de pobreza las actividades y las gentes parecen autorregularse más fácilmente y conformar agrupaciones más claramente auto-reconocibles, las acciones de esa política pública que ha dispersado a ese gran número de africanos (al menos 300 de Puigcerdà y más de 600 en el total de las operaciones de desalojo contra este colectivo en particular) y los ha obligado a esta

forma segregada y diluida de incorporación (sin asimilación) al territorio, también los desactiva y los atomiza como colectivo, los presiona a una individuación extrema propia de la supervivencia mínima a la que se ven abocados, frente a la que finalmente la cohesión sucumbe y en la que se socavan los lazos que antes fueran fuertes; de allí que la precariedad y las condiciones objetivas de la pobreza se intensifiquen cada vez más, sin tregua y sin final.

En suma, las medidas coyunturales extremas a las que se ven sometidos por un marco político y jurídico que acosa y persigue sus condiciones de permanencia, pero que tampoco les abre margen alguno para una eventual incorporación formal, sumadas a la consecuente informalidad de sus modos de agencia y supervivencia, derivan en una forma de existencia marginal, soterrada y visiblemente dispersa a pesar de su evidente deseo y necesidad por sostener algún tipo de conformación comunitaria y de organización colectiva.

De tal contradicción insoslayable surge una forma de incorporación y de adhesión al territorio urbano y al espacio físico igualmente contradictoria; una dependencia extrema del ambiente urbano que obliga a una apropiación experta (y al tiempo insolente) de su espacio y sus medios físicos, que coexiste con una desmedida segregación espacial y un desapego absoluto respecto del territorio en el que habitan y subsisten.

### ***El enclave de pobreza***

He sido hasta ahora recurrente en referirme a la Sunu Village, es decir, al hábitat íntimo, privado y cotidiano de los chatarreros senegaleses, destinado a la vivienda y el trabajo simultáneamente y que me ha sido posible conocer desde dentro, como un “enclave de pobreza”.

Intento con ello extender o, mejor, reducir, el alcance geográfico y socio-espacial de la noción tal como la presenta Wacquant (2001). Sin embargo, creo prudente y pertinente aplicar la idea a este tipo de formaciones micro-espaciales por cuanto ostentan, aunque

en menor escala geográfica, muchas de las cualidades de los grandes barrios a los que se refiere el autor.

En este sentido, la idea de la Sunu Village como un enclave de pobreza, señala el hecho de que dicho lugar es un espacio que a pesar de que ha sido construido y sostenido por los propios chatarreros, es un territorio al que han sido arrojados por una estructura del mercado económico-laboral que los mantiene al margen y por una política de criminalización de la pobreza que los señala y, al tiempo, los invisibiliza y los recluye geográficamente.

Como atenuante, las mismas lógicas institucionales que empujan a estos hombres a estas formas de agrupación y conformación, los criminalizan por sus modos y los penalizan por sus mecanismos de existencia. El Estado repliega su atención social y despliega sus mecanismos punitivos, con lo que el enclave de pobreza no puede hacer otra cosa que reforzar su condición marginal y reafirmar su inexistencia institucional, al tiempo que consolida su permanencia territorial.

Por otra parte, la Sunu Village ostenta la cualidad de enclave de pobreza dado que, con su simple existencia y con las dinámicas internas que le son propias, deriva en un espacio señalado por el *estigma* en tanto mecanismo de diferenciación basado en un desprestigio generalizado que termina por objetivarse territorialmente.

Ambos mecanismos, el de la criminalización de la pobreza y el de la estigmatización territorial, constituyen los dos síntomas fundamentales de la llamada “marginalidad urbana avanzada”; una marginalidad que incorpora territorialmente a la fuerza a los sujetos destinados a una supervivencia urbana ineludible y, al tiempo, los desterritorializa marcándolos como ilegítimos y marginales.

En el plano de la vida cotidiana y barrial, este espacio que ocupan y que distinguen como propio, les juega una mala pasada, puesto que gracias a sus propias iniciativas de arraigo territorial (así sea apenas instrumental), devienen en una marca más de la

deslegitimación social, con lo que el enclave de pobreza se afianza además como un lugar de lo anormal y lo inmoral.

Pero más allá de las condiciones y los mecanismos estructurales que convierten a este hábitat íntimo en un enclave de pobreza, se encuentran los efectos dinámicos e internos de esta exclusión estructural que, gracias a su funcionalidad objetiva, hace que el mismo espacio marginal y sus dinámicas precarias se reproduzcan a sí mismas incesantemente. La Sunu Village lo demuestra a diario, es un enclave de pobreza con un enorme poder de atracción, allí estos pobres hacen confluír sus pobreza individuales a fin de paliarlas colectivamente, aunque no produzcan otro efecto que re-incentivarla y re-afirmarla constantemente. El enclave de pobreza es una cárcel producto de la segregación espacial y la marginalidad socio-económica donde cada cual es su propio carcelero.

Pero, a pesar de que muchas cosas puedan ser enunciadas como realidades objetivas del encave de pobreza, este se define esencialmente por la ausencia. La ausencia del Estado y de todo aquello que supuestamente traería consigo. La ausencia de reconocimiento, de trabajo, de salud, de educación, de servicios básicos, de infraestructura, e incluso de alimentación. La ausencia define y cualifica la Sunu Village; es un micro-espacio en el territorio urbano donde ninguna institucionalidad es visible, donde ningún derecho es adjudicado y donde ninguna retribución por la dedicación cotidiana es recibida.

Esta ausencia silenciosa pero contundente y las condiciones objetivas mencionadas antes, demuestran como la Sunu Village consolida un orden socio-espacial determinado. Allí, el espacio social en el que se enmarcan, así como el lugar específico que ocupan en él, se proyecta sobre el terreno objetivándose de manera decisiva. La Sunu Village, en este sentido, es el espacio social físicamente objetivado (Bourdieu, 1999), el campo en el que se hacen objetivas la marginalidad socioeconómica y la segregación espacial.

## ***El oficio II: La recuperación del material***

Pero más adentro de las condiciones estructurales, en el seno de dicho espacio marginal, no solo acontece la pobreza abstracta, sino también las formas específicas de la supervivencia cotidiana. Es así como la Sunu Village es un centro de trabajo y sociabilidad no institucionalizada.

La mayoría de chatarreros de la Sunu Village, la mayoría de los días, pasan la noche en algún otro lugar que tienen como espacio habitual para dormir; en contadas ocasiones pernoctan allí. Esto distingue sustancialmente este lugar de las naves ocupadas anteriormente, donde la mayoría de chatarreros senegaleses vivían y trabajaban a tiempo completo, según cuenta Mame Cheick. Sin pecar de desmesura interpretativa esta puede ser una evidencia más de la progresiva desintegración del colectivo a la que puede asistirse hoy por hoy, producto del incesante acoso de la estigmatización social y la criminalización punitiva.

Al margen, esto vuelve etnográficamente sugerente lo que acontece en este específico lugar. La Sunu Village es el remanente de una resistencia tácita que necesita indefectiblemente de un núcleo espacial en donde se organice el trabajo colectivo y se dispongan los medios para que este sea posible, en donde se promuevan los innumerables mecanismos de subsistencia, y en donde se conforme un punto de encuentro para la sociabilidad entre pares en un contexto extraño y hostil.

La Sunu Village, además de ser el punto de los encuentros no acordados entre esa cantidad creciente de chatarreros africanos, es el lugar de donde parte el recorrido diario, en donde se realiza el trabajo de limpieza que le sigue, en donde todos separan y clasifican, donde algunos venden, otros almacenan, y desde donde otros tantos emprenden el recorrido final hacia el intercambio definitivo.

Una vez el recorrido diario (o varios de ellos) finalizan, el chatarrero llega al lugar como un espacio propio y compartido en donde puede llevar a cabo, en medio de un ambiente

cercano y hasta ocioso, las operaciones siguientes a la recuperación de las cosas en la calle.

Se trata de la limpieza o, para ser más justos con el oficio, de la *recuperación del material*. Un proceso que en algunos casos es imprescindible para el intercambio posterior y que, en todos los casos, representa el verdadero margen de utilidad para el chatarrero. En su propia opinión, la recolección no es lucrativa, la venta del material tal cual ha sido recolectado no paga el esfuerzo, ni el tiempo invertido, y ni siquiera cubriría las más elementales necesidades básicas diarias: la limpieza es ineludible.

La limpieza puede ser tan prolongada y extenuante como el recorrido, todo depende de lo que haya sido recolectado. Constituye, ni más ni menos, los procesos mediante los cuales los materiales metálicos son separados y ordenados por tipo. Suena simple, pero la experticia puede hacer la diferencia y, así como en la recolección, los chatarreros senegaleses hacen uso estratégico, como ventaja comparativa, de su fortaleza física.

Se trata, en concreto, de pelar cables eléctricos; abrir motores, balastos y otros objetos para separar sus partes buscando especialmente el cobre en su interior; y, en general, destrozarse y desarmar hasta las unidades indivisibles todo aquel objeto metálico recolectado en el recorrido. Es una especie de despiece sistemático y a la fuerza de aquello que fue un objeto (un sistema) en sus partes constitutivas; justo desde allí comienza a derivar la utilidad monetaria de la recuperación de metales.

Como se verá, el intercambio privilegia el valor de mercado de los materiales (a céntimos el kilogramo) separados y clasificados, desconociendo de antemano cualquier relación con el trabajo mismo, con la fuerza de trabajo invertida. Esto reduce significativamente el margen de utilidad, haciendo imprescindible, al mismo tiempo, el proceso de la limpieza.

Dichas operaciones de limpieza sobre las cosas, en el mejor de los casos, pueden tomar tanto tiempo como el recorrido necesario para recolectarlas. Cuando se suman al recorrido que ha empezado alrededor de las 7:00 y que no tiene una duración estable y

predecible, conforman juntas una prolongada jornada laboral que puede extenderse hasta las 15 horas de trabajo (físico e intenso) en un día.

La limpieza en la Sunu Village puede hacerse con objeto de diferentes destinaciones individuales, aunque en ella pueden confluír diferentes formas de colectividad laboral.

Ammadu y Mame Checik disponen la base fundamental para el funcionamiento sostenible del lugar, lo que la prensa llama, ignorando su complejidad, la chatarrería que se lucra de la recolección informal. Ellos invierten en una báscula y, en parte como negocio en parte como mecanismo de cooperación, la disponen para comprar el material que sus compañeros y cualquier otro recolector esporádico traigan. De esta forma ellos, las figuras jerárquicas que mantienen el lugar en funcionamiento, viven de su propia recolección de materiales valiosos y del material sobrante que sus pares les venden. Todos llegan a limpiar allí, pero nadie está obligado a vender allí mismo. Cada cual destina una porción de su recolección para venderle a Am y otro tanto, lo más valioso, lo conserva para su intercambio particular.

De allí que la Sunu Village sea un lugar de compra venta de material. Am almacena todo este material de poco valor para venderlo posteriormente en grandes cantidades. En una gran operación colectiva se carga un camión de chatarra propiamente dicha (material metálico de reducido valor mezclado y sin limpiar); material que es llevado a una gran nave de recuperación en Sant Adrià del Besos.

Sin embargo, la mayoría del material que cada uno de los chatarreros lleva a la Sunu Village se destina a la clasificación y el almacenamiento particular. El recorrido es individual, por lo que la destinación del trabajo en el patio, así sea eminentemente colectivo, es también individual.

El conjunto forma un trabajo de limpieza individualizado aunque simultáneo que, por lo general, deja una porción en un intercambio casi simbólico con Am que en última instancia solo sirve para mantener el escenario colectivo. La mayor parte del material recuperado termina en la clasificación individual del mismo una vez se encuentra limpio,

separado, gracias a su esfuerzo particular y haciendo uso de su espacio privado dentro del territorio colectivo.

Puede decirse que la limpieza en la Sunu Village es un trabajo que todos llevan a cabo allí por considerar ese lugar como el núcleo legítimo de reunión y agencia; es un espacio en donde se propician los medios instrumentales para el oficio y en donde se re-crean como colectivo.

Estas operaciones y, en general, todo el proceso de limpieza, se lleva a cabo siempre de la misma manera; es tan ineludible como invariable (a diferencia del recorrido) pero, según las condiciones específicas de cada chatarrero, se orienta a diferentes destinaciones: 1. La venta allí mismo a Am, quien dispone todo lo comprado en una gran zona de almacenamiento general. 2. La clasificación y el almacenamiento en unidades (chabolas) particulares. Y 3. La clasificación y organización para un recorrido final, destinado al intercambio individual, el mismo día de la recolección.

La Sunu Village es como una vuelta al taller en casa; el lugar donde se consolida la sociabilidad entre pares y donde se realiza el trabajo de limpieza, almacenamiento y clasificación. Con la recuperación el chatarrero reinicia el ciclo nuevamente; reincorpora las “cosas inservibles” a un nuevo ciclo de trabajo y de uso. Una vez las limpia, el material está listo para ser reinsertado en nuevos regímenes de valor como mercancía.

### ***Variaciones y materiales en la recuperación de metales***

En esta lógica de la recuperación y la limpieza de materiales metálicos no todo es “chatarra”. De hecho, la chatarra misma hace alusión solo a una gran generalidad de material recolectado y, para ser más precisos, al menos valioso de ellos. Mientras más específica sea la clasificación, podría decirse, menos chatarra hay. En definitiva, la chatarra es todo aquel material metálico genérico que no puede pasar la prueba de clasificación como cobre, acero, hierro, aluminio y perfil. En realidad, la chatarra es el residuo de la recolección, el sobrante de la limpieza una vez ha permitido clasificar los otros metales de manera específica.

La limpieza es un proceso que deja en evidencia las múltiples formas de la recuperación, y en concreto las innumerables variaciones de lo que puede ser objeto de recuperación y de intercambio.

El cobre es, a todas luces, lo máspreciado; es el material que ostenta mayor valor en el mercado, y, comprensiblemente, el que menos se encuentra (en la recolección) y uno de los más difíciles de obtener (en la limpieza).

Una vez los chatarreros regresan a la Sunu Village con su carro cargado, se sucede una primera discriminación de lo recolectado: los objetos funcionales que no serán desarmados, sino que se distribuirán hacia otras rutas; los objetos que contienen metales valiosos y serán objeto de una limpieza exhaustiva, una clasificación y un almacenamiento individual; y los residuos metálicos inclasificables que constituyen propiamente la chatarra y que por lo general son intercambiados allí mismo.

La clasificación y la destinación que cada chatarrero hace respecto de su propia recolección está condicionada, por paradójico que parezca, por lo que dicte el mercado formal de la recuperación. La limpieza está orientada a las posibilidades de un intercambio legítimo y ordenado formalmente.

Unas cosas se venden allí mismo, otras se canjean, otras simplemente se suman como aporte individual a la recolección colectiva, y, otras tantas, la mayoría de ellas, se someten a una limpieza exhaustiva a fin de disponer de material en bruto para el intercambio particular, que también es posible gracias al reconocimiento subterráneo del colectivo.

La limpieza, como proceso de organización y clasificación en el patio, reproduce muchas opciones de recuperación e intercambio. Esencialmente se trata del trabajo de separación de los materiales y de clasificación de lo recolectado, pero esto puede

producir objetos para canjear, chatarra para vender allí miso y metales separados para un intercambio posterior, que son los que realmente representan el objeto de utilidad económica de cada chatarrero.

Toda esta recuperación y limpieza, si bien tiene como objetivo primordial el intercambio económico, también produce la inevitable consecución de toda aquella cosa que puede servir de utilidad a la vida cotidiana del lugar; muchas cosas son recuperadas para incorporarlas al sistema de objetos de la vida cotidiana individual o colectiva. En la Sunu Village, a pesar de que la vida sea en extremo marginal, no faltan cosas. El ejercicio de la recuperación y la limpieza siempre traen consigo la recolección de todo aquello que pueda servir de alguna utilidad para el colectivo, la incorporación de objetos que, a pesar de ser encontrados como residuos, representan algún tipo de funcionalidad (operativa o estética).

La recuperación y la limpieza no solo son procesos destinados a la subsistencia económica mediante el intercambio de metales, sino que también derivan en la consecución de innumerables medios instrumentales que facilitan su existencia cotidiana. Camas, mesas, equipos de sonido, instrumental de cocina, hornos, muebles varios y hasta cuadros...todo lo que constituye la Sunu Village en términos físicos ha sido recuperado, recolectado, reciclado, y no hace falta nada.

### ***La “otra” vida cotidiana en la Sunu Village***

Por mucho que intente mantener el foco de la presente etnografía sobre el oficio de estos hombres, me es imposible desconocer todo lo que sucede más allá y más acá de la recuperación de metales.

He tenido la fortuna de empezar este trabajo de campo, no desde las propias prácticas callejeras del oficio del chatarrero, sino desde dentro del núcleo vital de supervivencia económica del que estas surgen y desde la base de su escenario de conformación comunal.

Innumerables situaciones y elementos dan cuenta de la particularidad cultural de la vida cotidiana en la Sunu Village, más allá de los marcos operativos de su dedicación laboral actual que, de hecho, es absolutamente coyuntural respecto de sus modos de vida tradicionales e incluso de sus expectativas.

Cuando se trasciende la frontera entre el espacio público (la calle) y el interior (hábitat privado e íntimo) de la Sunu Village, salta a la vista que, además de encontrarse abocados a una práctica laboral precaria, marginal e informal, estos hombres conforman allí un espacio visiblemente distante a aquel en el que el propio predio se encuentra instaurado. Allí adentro es una especie de Senegal a fragmentos.

En la Sunu Village siempre se habla wolof, salvo las escasas excepciones en que algún extraño, como yo, entorpece la fluidez de las conversaciones y hace que alguno de ellos salga de su habitual lenguaje fuerte, continuo y contundente, para responder alguna pregunta en un castellano generalmente torpe y limitado. El vestido, los accesorios, la decoración, la música que jamás para de sonar, son muestras muy claras de su particularidad. Más allá, sus modos de relacionarse, la manera en que entablan conversaciones colectivas (alguien puede sostener el uso de la palabra por más de 20 minutos mientras el resto presta absoluta atención), sus códigos gestuales y la forma en como parece cada uno preocupado y atento al bienestar de los otros, no resultan para nada impregnados de los modos occidentales; sus formas de sociabilidad parecen mantener unos rasgos esencialmente originarios.

Solo basta con asistir a las formas de sus saludos para darse cuenta de que este lugar no solo es un resquicio de supervivencia económica, sino que también es el lugar en donde estos hombres pueden desplegar su forma de vida original.

Una etnografía sobre las formas como se relacionan estos hombres entre sí está por hacerse. Basta ahora con decir que los modos mediante los que se saludan pueden variar ostensiblemente en virtud de la confianza que los dos involucrados se tengan, desde un simple apretón de manos, pasando por un gesto de compañerismo que luego de chocar las palmas se lleva la mano derecha al pecho con intención de demostrar cierta

interioridad, hasta las complejas reverencias que en ocasiones se otorgan mutuamente entre algunos de ellos.

Otra muestra particularmente sensible sobre este asunto tiene que ver con la alimentación. Estos hombres solo comen un plato fuerte al día, y es colectivo. Con lo que cada cual va reuniendo en el día de trabajo se va aportando para la alimentación colectiva; nunca nadie compra un plato para sí mismo. En la medida en que cada cual va aportando dinero y sugiriendo a los encargados que hagan comida suficiente, se va asegurando la alimentación general del colectivo. En cierto momento la comida sale de la(s) cocina en grandes cantidades hacia el patio, y se pone sobre alguna mesa a disposición de todos. Se organiza un corrillo alrededor y todos los comensales se alimentan de una misma fuente, sin importar que sigan llegando platos a la mesa posteriormente y sin el más mínimo reparo sobre quien lo ha comprado (todo se comparte), la mayoría lo hace con la mano, armando una especie de bolo con arroz más algunos trozos de carne y vegetales; todo sucede en los modos y con el sabor de Senegal.

Allí se sucede “otra” vida cotidiana, que es aquella compartida y decidida; una que permite liberar unos modos determinados de hacer y de comprender el mundo. Allí se recrea y se re-produce un modo de vida totalmente extraño y ajeno al espacio físico y social que ocupan, de allí su radical importancia en el sostenimiento de ciertos modos de representación y auto-identificación.

De todo esto se concluye que, a pesar de que la Sunu Vilage es el escenario de la reclusión y la marginación operada estructuralmente, también es el escenario de la cohesión social, del reconocimiento mutuo y hasta de la auto-determinación. El único lugar, de hecho, en donde estos hombres constituyen un sentido de comunidad, conforman lazos sociales firmes y duraderos y donde aseguran su supervivencia individual, asunto que refuerza la confianza colectiva.

Esto nos lleva, ineludiblemente, a considerar ¿cuál es realmente el territorio de exclusión en donde estos hombres viven? Por más que el enclave de pobreza sea la demostración objetiva de la segregación espacial y la marginación socio-económica, no es ese el territorio específico en donde estos hombres viven la exclusión social. De hecho, es allí donde menos la experimentan; allí son pares, son legítimos y son amados. En este caso, contraviniendo un poco la idea teórica general, no es el lugar del hábitat íntimo el que constituye el territorio de exclusión, es la ciudad misma, el espacio público y el recorrido como proceso los que devienen en territorios excluyentes; la Sunu Village es justamente lo contrario, es el lugar a donde acuden todos ellos en procura de sentirse incorporados.

### ***Las luchas por la apropiación II - Ideas sobre el trabajo y el grupo***

Pero también dentro de la Sunu Village se libra una batalla. En este caso se trata de una lucha interna por la apropiación del espacio social, derivada del trabajo, la experticia y las jerarquías.

Dichas jerarquías tiendan a hacerse, aunque con cierto disimulo, regularmente visibles, puesto que en cierto sentido requieren objetivarse para poder ordenarse. En particular llama la atención, por un lado, la importancia que juegan las posiciones y los lugares ocupados (y okupados) individualmente en el espacio físico interior, como si por medio de una coreografía tácita los individuos se organizaran en diferentes puntos que otorgan diferentes grados de visibilidad y diferentes privilegios en orden a la disponibilidad del espacio y de la acción misma dentro de él. Y, por otra parte, la relevancia de algunos objetos de propiedad individual que demuestran jerarquías simbólicas a través de amuletos o imágenes de ídolos que tienden a representar cierto conocimiento espiritual en quien las posee, o jerarquías operativas proyectadas a través de objetos relacionados con el trabajo, como algunos bienes de difícil recuperación y que ahora son utilitarios domésticos o materiales que demuestran particulares habilidades en el oficio (y que solo unos pocos logran conseguir). Pero especialmente, dentro de la Sunu Village, la báscula y el cuaderno donde se va anotando lo que se pesa y se compra, son denotativos de una posición jerárquica privilegiada. Es el caso de Ammadu, Mame Cheick y algunos muy cercanos que ostentan la propiedad y el control de dichos objetos, lo que demuestra

con claridad, incluso a un recién llegado, quien despliega un mayor control sobre lo que allí dentro sucede.

Pero más allá de la organización jerárquica que se proyecta objetivamente en las condiciones físicas de la organización espacial y en los objetos de los que hacen uso, la conformación de un campo de luchas al interior de la Sunu Village tiene que ver más con la apropiación de un espacio que es más social que físico.

Por más que allí acontezca una forma de agrupación y de trabajo colectivo, por más que todos estén dispuestos a entregar parte de su producción diaria para la supervivencia de la comunidad, y por más que estando allí todos se entreguen a una forma de supervivencia conjunta, también surgen y se objetivan unas formas de lucha interna que propenden, no tanto por el control de determinadas áreas del espacio, sino por las jerarquías respecto de quienes determinan lo que sucede o no en dicho espacio y, más aún, por la forma en como a través de estas jerarquías se ordena el micro-espacio social que constituyen allí adentro.

Son estas las inevitables luchas por la apropiación del espacio social. Una vez proyectado objetivamente en el espacio físico el espacio social general en el que se encuentran inmersos estos hombres, se desata una lucha (cordial y legítima) por la apropiación del espacio social residual que les queda y al que deben dar forma.

Después de cada recorrido y en medio de cada día de limpieza, los chatarreros pugnan por una ubicación privilegiada en la organización socio-espacial de la Sunu Village; es una especie de lucha acordada y absolutamente transparente, que tiene como objetivo conformar y proyectar aquellos sujetos y sus modos ideales de recuperación y de limpieza, en suma, de la subsistencia.

Estas luchas por la apropiación del espacio social cotidiano sostienen la lógica misma del trabajo y mantienen, en el conflicto, los elementos esenciales que deben ser

incorporados y legados para asegurar, gracias al ejemplo del más fuerte, la supervivencia diaria del colectivo individualizado.

En medio de estas tensionantes dinámicas, los hombres desarrollan colectivamente unas ideas muy particulares sobre el trabajo y sobre la comunidad. Dicha particularidad se soporta esencialmente sobre las ideas de que solo el trabajo decidido y dedicado puede proveerles los medios de subsistencia, y sobre el hecho indefectible de que tal trabajo, por más individualizado que parezca en sus operaciones funcionales, debe consentirse y realizarse colectivamente. La Sunu Village es el lugar en el que han sido atomizados e individualizados, y al tiempo, el único escenario en donde les es posible la cohesión social que resulta imprescindible para su modo de vida.

### **El intercambio – Las diferentes “formas mercantiles”**

Una cosa más queda después de la limpieza, un proceso que es aparentemente tan sencillo como fundamental, el intercambio.

El intercambio es la operación final del circuito de la chatarra o, al menos, de las partes de dicho circuito en las que los chatarreros senegaleses tienen injerencia. A pesar de que la cadena general de la recuperación de metales sea, a todas luces, mucho más extensa, es aquí donde el ciclo finaliza y todo vuelve a comenzar para estos hombres. Se trata del momento definitivo y la instancia última que constituye el objetivo fundamental de todo su oficio: el intercambio del material por dinero.

Es el momento crucial en donde el material “valorado” individualmente en la recolección y clasificado estratégicamente durante la limpieza, adquiere *valor* en virtud de unas reglas y medidas de mercado que, por contradictorio que parezca, parecen absolutamente formales.

Pero dicho momento y sus interacciones ostentan importantes variaciones y cada una de ellas implica operaciones previas que, aunque mucho menos extensas y exigentes que las anteriores, son igualmente importantes y definitivas.

### ***El oficio III: El intercambio***

Luego de limpiado y clasificado el material, este se encuentra dispuesto para incorporarse a lo que cada chatarrero estime como ideal en términos de un intercambio favorable económicamente.

El oficio del chatarrero aquí se limita a favorecer relaciones de intercambio viables y económicamente productivas, pero exige un conjunto de operaciones que comienzan con la clasificación y que se cualifican diferencialmente según la ruta mercantil que cada cual estime idónea para cada cosa recuperada en función del mayor beneficio económico posible.

Una vez los hombres llegan al patio y comienzan la limpieza, dan inicio también a un proceso de clasificación orientado funcionalmente al intercambio y que puede ostentar visibles variaciones en función de lo que les ha sido posible recolectar.

Algunos objetos recuperados y que aún conservan cierta funcionalidad operativa son revendidos a través de ciertas rutas poco recurrentes, generalmente por contactos directos e inmediatos, rebuscadores que buscan algo para hacer negocio en otras partes, fundamentalmente en el mercado de los Encants. Los chatarreros venden o canjean estos objetos a otro hombre que intentará venderlo para, a su vez, lograr algún margen de utilidad. Estos pueden ser sujetos muy diversos, de diferentes nacionalidades, pero también incluyen hombres senegaleses de edad relativamente avanzada y que antes habían sido chatarreros y ahora se ganan la vida con la venta ambulante.

Muchos de estos objetos también son incorporados en una especie de mercado interno. Los objetos se van almacenando hasta que se acumula una especie de stock suficiente para que venga alguien conocido y los compre, al por mayor, para enrutarlos en grandes cantidades hacia un mercado sumergido de electrodomésticos de segunda. El destino geográfico de estos flujos es aún muy confuso (por los límites empíricos de la presente investigación y no por ningún tipo de indeterminación propia de lo que ellos hacen); al parecer muchos se destinan a una especie de caravana de venta en el continente africano.

Otra buena parte de los objetos recuperados, como ya se ha dicho, simplemente se incorporan al sistema instrumental de la vida cotidiana de la Sunu Village, desde cuadros y espejos, hasta hornos y equipos de sonido, pasando por las herramientas y los objetos domésticos.

El material limpio, por su parte, puede acceder básicamente a dos rutas de intercambio: o es vendido allí mismo y almacenado como chatarra propiamente dicha (material genérico mezclado), o clasificado y ordenado para su venta directa (y diaria) por cada chatarrero en bodegas formales cercanas que compran material discriminado. La distinción depende del material. Latón, aluminio y hierro suelen ser vendidos allí; mientras que el cobre, el acero y otras variaciones más valiosas son conservadas para el intercambio individual en estos centros de acopio formal.

Los chatarreros llevan el material discriminado, lo pesan uno a uno, lo ubican donde se les indique y luego pasan por la caja para ser liquidados. Un proceso absolutamente claro, bastante silencioso en términos de interacción y claramente formal por lo que respecta al comprador.

Estas pequeñas bodegas formales céntricas pueden comprar una cantidad muy variable de materiales y objetos, sus recibos muestran una amplia discriminación de materiales; prácticamente todo lo que los chatarreros recolectan podría ser vendido allí, siempre y cuando haya sido separado y clasificado. Pero los chatarreros senegaleses no son cualquier chatarrero, ellos solo llevan a estas bodegas material significativamente valioso, lo que no representa mayor utilidad particular no lo lleva allí, sino que lo venden dentro del patio.

Lo que todos los chatarreros venden allí mismo es almacenado hasta que se acumula una cantidad significativa para llevar a bodegas periféricas más grandes que compran material mezclado a un precio mucho menor. Concretamente, cuando dispone de una cantidad significativa de material, Am llama a un contacto que viene con un camión

negro que todos ayudan a llenar (otra jornada corta, pero intensiva, de trabajo colectivo) y que luego va hasta una gran nave industrial abandonada en Sant Adrià del Besos en donde opera una gran bodega de compra y almacenamiento de chatarra para recuperación industrial y en donde se vende por peso todo este material mezclado. El camión entra a una báscula, es pesado, luego pasa a una zona interior en donde se realiza el trabajo de vaciado y se amontona el material sin discriminar (otro momento, esta vez final, de trabajo duro y acelerado). Luego el camión vuelve a ser pesado, esta vez de salida; la diferencia determina el valor monetario del intercambio.

En síntesis, objetos y material recolectado y clasificado, acceden a diversas rutas mercantiles en la fase última del proceso de recuperación. El intercambio constituye el momento fundamental en el que se crea el valor y en el que el material adquiere un equivalente monetario que constituye el objetivo instrumental de todo chatarrero. De allí que cada cosa recuperada acceda a una ruta específica en donde el chatarrero pueda llevar al máximo posible su equivalencia.

### ***El recorrido final***

Cada una de estas rutas o desviaciones implica un nuevo recorrido. Cualquiera sea la ruta mercantil que sigan las cosas y cualquiera sea la forma de intercambio que dicha ruta determine, esta operación conlleva siempre una vuelta a la calle, un último recorrido, esta vez, a la inversa. Ahora salen del patio con el carro (o el camión) cargado y esperan volver con él vacío y, por supuesto, con el bolsillo un poco más lleno.

El recorrido final, si bien es un proceso individualizado, tiene destinos compartidos, es decir, los hombres de la Sunu Village suelen visitar los mismos lugares para la venta del material limpio.

Esto les permite conformar y consolidar ciertas redes de intercambio relativamente estables. Todos dependen hasta cierto punto de insertarse en algún tipo de red activa de flujo de materiales y objetos, desde aquellos que revenden pequeños

electrodomésticos, pasando por la forma más regular de recuperación en las calles y venta directa, hasta los que pesan y compran en el patio (Ammadu, Mame Cheik y esporádicamente alguien más que colabore visiblemente durante el día) para el almacenamiento y reventa de grandes cantidades de material mezclado.

En estos dos últimos casos, los más representativos de lo que sucede con el oficio particular de los chatarreros senegaleses de la Sunu Village, existen dos puntos de intercambio ampliamente generalizados: una pequeña bodega central (a unas 15 o 20 cuadras de allí) y una gran nave industrial periférica en Sant Adrià del Besos.

En el primero de los casos, el carro se carga meticulosamente. Cada cual, después de la larga jornada de limpieza, se encarga de devolver, ahora separado y clasificado, todo el material al mismo carro en el que lo recolectó inicialmente. Toda la operación depende exclusivamente de cada chatarrero, lo recolectado es propiedad individual; a pesar de que lo que sucede en el patio es visiblemente colectivo e implica múltiples de relaciones de sociabilidad, cada cual va por su cuenta. El material limpio más valioso se dispone en el carro debidamente apilado y amarrado de forma que ocupe el menor espacio y permita el mejor acarreo posibles.

Este recorrido es directo, sin vacilaciones ni titubeos; la ruta es precisa y muy poco variable, y la ida se hace a una gran velocidad. Si bien es más corto y más directo, este trayecto está impregnado siempre de una sensación de vulnerabilidad y peligro mayor, aquí se pone en juego el extenuante trabajo realizado y todo lo invertido en él.

A pesar de la celeridad del asunto, se hace cuidadosamente, respetando los flujos vehiculares, peatonales y las señales de tránsito. Su velocidad y su certeza en la forma de fluir por el espacio urbano, el control de sus instrumentos de trabajo, de los lugares específicos y sus exigencias, y el hecho de moverse individualmente, les aseguran el éxito. Nunca he asistido a algún tipo de coerción sobre su actividad durante los recorridos; han asimilado los mecanismos que los individualizan y han adoptado las

formas que los mantienen (mediante las que ellos mismos se mantienen) en los márgenes, invisibles, irreconocibles.

Una vez en la bodega, esperan su turno en la báscula. Van sacando cada material por separado para ser pesado; un empleado del local, senegalés también, consigna cada peso en un formato de recibo con la clasificación por material. Luego le hace entrega del papel a un hombre dentro de una oficina cerrada y con una ventanilla de atención, quien contabiliza y discrimina el valor de cada material pesado, agrega el total y lo entrega al chatarrero junto con el dinero.

El recorrido de vuelta es ostensiblemente más tranquilo, hasta ocioso. Usualmente se hace una pausa para comprar cerveza, chupitos y/o bocadillos en un bar cercano. Una sensación de júbilo y una actitud jocosa acompañan el retorno al patio.

En el segundo de los casos el asunto varía visiblemente. El camión entra en el patio con gran dificultad, realmente apretado, apenas si deja espacio para trabajar.

Una vez abierto por un costado, la mayoría de hombres disponibles se ponen a llenarlo. Es una especie de dura carrera contra el tiempo y con el peso en contra, en la que todos colaboran, en una especie de forma retributiva y colaborativa. Toma un par de horas vaciar la zona de almacenamiento en donde se ha ido disponiendo lo que se pesa y se compra allí; al final, el camión se llena con innumerable cantidad y variedad de objetos, partes y materiales, en principio con las manos comenzando por lo más grande y pesado y, al final a pala, como barriendo todo lo que queda en el suelo.

El camión es muy visible, hace ruido, su color es llamativo (completamente negro) y anda muy mal. El recorrido hacia la nave parece interminable y es, comprensiblemente, muy arriesgado. El trayecto es complicado, se utilizan vías poco transitadas, el conductor

busca siempre una ruta que podría llamarse de “extramuros”. El ambiente dentro de la cabina es tenso, aunque parecen confiados en saber lo que hacen.

El camión, después de una hora y media de trayecto más o menos, entra en un predio de una antigua industria abandonada. Sube sobre una gran báscula y los ocupantes bajan enseguida. El camión es pesado y llevado por el conductor hasta donde le indican descargar; los acompañantes siguen a pie. Una vez en el lugar señalado, el trabajo es bastante duro, aunque poco cuidadoso. Los dos acompañantes del conductor descargan todo, como pueden, lanzando y empujando afuera lo que hay adentro; una o dos horas más de trabajo toma este último proceso. Se hace muy rápido e intensivo, además de en solitario; el espacio es inmenso, repleto de grandes montañas de chatarra y las interacciones son visiblemente escasas, limitadas a lo estrictamente operativo.

Una vez terminado el vaciado, el camión vuelve a la báscula para ser pesado nuevamente. La diferencia entre los pesos de entrada y salida determina los kilogramos de chatarra descargados y, con ello, el valor monetario del canje. Un valor promedio puede rondar los 130€ por viaje.

Luego, el viaje de regreso, otro largo recorrido hasta el centro de la ciudad. Una vez de vuelta en el patio Am paga entre 30€ y 40€ al hombre del camión; no parece quedar mucho margen para ninguno después de unos 15 días de compra, limpieza y almacenamiento.

Las dos variaciones del intercambio son fundamentales para la economía particular de cada chatarrero y para el mantenimiento del colectivo y su espacio elemental. Las dos comienzan y terminan con un recorrido por las calles. Las dos formas individualizadas, aunque compartidas, de experimentar el espacio en el que viven, un espacio residual en el que no queda más que la marginalidad y la precariedad laboral.

Luego de acaecido el recorrido final y de resuelto el intercambio todo apunta a una inequidad irresoluble, a una segregación laboral y económica infranqueables; un día más

ha sido salvado, pero de todo el trabajo el resultado que queda es sencillamente denigrante, aunque indispensable.

### ***Sobre mercancías, rutas y desviaciones.***

El proceso del intercambio hace saltar a la luz un contexto más amplio en el que se encuentra inscrito y una lógica subyacente al proceso de recuperación de residuos.

Por una parte, el proceso de recuperación particular por el que pasan y al que se dedican los chatarreros senegaleses y que constituye, aunque no sean los únicos, el momento inicial de la gran cadena de la recuperación, sumado a todo lo que resta de esta gran cadena y que se asoma con pretensiones disimuladas, pero con absoluta claridad en las dinámicas del intercambio, dejan a la luz un enorme negocio, un gran flujo económico-productivo que, en términos agregados, es absolutamente formal, y dentro del cual los chatarreros se ubican en su extremo marginal, una especie de periferia regulada y mantenida al margen dentro de la gran red laboral y económica del proceso.

Esta gran cadena de recuperación formal, no obstante su legitimidad, incorpora eslabones en un extremo que es absolutamente marginal, lo que resulta no solo indignante sino paradójico, dado el papel preponderante que juegan en las primeras y fundamentales fases del proceso aquellos que ocupan dicho extremo; el extremo residual es precisamente el inicial. Nadie dice nada, no hay señalamientos ni cuestionamientos, el trabajo precario y miserable de los chatarreros parece ser rentable para quienes controlan el gran agregado de la cadena de la recuperación. Más aun, la invisibilidad que les resulta fundamental a los chatarreros en sus estrategias de supervivencia cotidiana, también parece muy apropiada para gremios y administraciones públicas.

El chatarrero es tan marginal como incorporado (aunque no asimilado). Se encuentra claramente inserto dentro de una cadena productiva, anclado al sistema económico

monetario, pero en su zona residual, en donde la retribución al trabajo no puede ser más que precaria.

Por otro lado, en este proceso de recuperación de objetos y materiales metálicos subyace una lógica de la reincorporación funcional y mercantil de las cosas, que puede dar evidencias acerca de los límites entre lo informal y lo formal dentro del proceso, y sobre cuando y como se trascienden dichos límites.

Esta gran cadena laboral-económica-productiva de la que se ha hablado antes, se mantiene gracias a dicho proceso de reincorporación inicial que, paradójicamente, es informal, irregular y marginal, y que en cierto momento modifica diametralmente su condición.

La recuperación alude a una operación funcional que cambia el estatus físico de las cosas, pero más allá de esto supone también una reincorporación mercantil de las mismas.

En la recolección las cosas se restituyen a nuevos ciclos de uso y consumo, el chatarrero resitúa aquello considerado previamente inútil dentro de un nuevo escenario funcional, en el que nuevas formas de uso surgen y nuevos consumos son posibles. Por su parte, con el intercambio acontece una especie de reincorporación formal de las cosas a las esferas del mercado, devienen en mercancías legítimas; la cosa es restituida, resignificada y reinsertada en un nuevo régimen de valor. En suma, las cosas pasan de una *desviación* informal en la recolección inicial a una *ruta* formal en el intercambio.

Lo que acontece es una suerte de re-creación de dinámicas de intercambio (que crean valor) mediante la reincorporación de cosas que habían sido estimadas como residuos, desperdicios o basuras, a nuevas relaciones de trabajo, de consumo y de comercialización.

Ahora, este proceso es posible gracias a las redes de intercambio. La conformación de nuevas redes de contacto o la incorporación a redes de intercambio ya existentes es fundamental para cada chatarrero. Una vez claras dichas redes, el material fluye de una actividad informal y sumergida a otras instancias debidamente formalizadas dentro de la misma gran cadena económico-productiva; de la recolección informal en las calles, pasando por la limpieza en el patio okupado, hasta la pequeña bodega o la gran nave que formaliza el proceso legitimando institucionalmente las cosas y su valor. De esta forma, gracias y a través de estas redes, el material obtenido irregularmente y el trabajo informal son “lavados”; la red permite la formalización de lo informal y con ello la legitimidad de su propio extremo marginal, con las cosas como vehículo y la recuperación como su objeto.

### **Conclusión e Intuiciones analíticas**

Intentar una conclusión parece, además de pretensioso respecto de los eminentes límites de la presente etnografía, deshonesto frente a la complejidad de la vida cotidiana que reproducen y por la que atraviesan estos hombres.

Sin embargo, creo también prudente intentar condensar en breve las condiciones en las que viven y los elementos fundamentales de la práctica laboral al que se dedican, haciendo notar especialmente la inmensa vulnerabilidad y la insuperable marginalidad de la que son presas.

Los chatarreros senegaleses, luego de la campaña de desalojos que pesó sobre ellos y sus frustrados intentos de organización y reconocimiento institucional, se dispersaron en enclaves de pobreza a modo de pequeñas réplicas de las grandes naves antes okupadas, en donde reconfiguraron sus espacios de trabajo, vivienda y sociabilidad entre pares.

Como colectivo aparecen hoy visiblemente desactivados, atomizados dentro de un entramado espacial y un sistema socioeconómico que ni los asimila ni los termina de expulsar, y dentro del que se encuentran absolutamente desprovistos de cualquier oportunidad de insertarse en el mercado laboral formal. La zona marginal de la que

hacen parte se sostiene dentro de una gran cadena forma que acentúa su invisibilidad y, al tiempo, su dependencia.

Son expertos supervivientes urbanos, auténticos cazadores y recolectores del espacio público; su vida cotidiana está marcada por una capacidad adaptativa propia de la precariedad económica, en la que la vida diaria depende de un conjunto de tácticas de supervivencia que, para su caso específico, se expresan en un conocimiento experto de la ciudad y en la apropiación (indebida, insolente) de sus medios instrumentales.

Abocados al trabajo en las calles, reproducen un escenario residual que subsiste de lo residual y que dista mucho de franquear los límites de la legitimidad social. No obstante, sus prácticas laborales (informales y precarias), se mantienen soterradas y para nadie desconocidas, adheridas inexorablemente, pero invisibles.

Sus condiciones de vida proyectan sobre el terreno, con aguda crudeza, el espacio social del que hacen parte y dentro del que no ocupan más que el fondo marginal. El espacio en el que habitan objetiva las condiciones de una pobreza urbana extrema, que no da tregua y que parece socialmente consentida e institucionalmente sostenida.

El trabajo en la calle da signos de una profunda individuación y de una forma laboral precaria en la que depende de cada cual asegurarse los medios de la supervivencia mínima. Sin embargo, el trabajo en la casa da muestras de la conformación de una forma sensible y funcional de agrupación en la que cada individualidad se inserta dentro de una especie de inercia general, dentro de unas luchas compartidas por la supervivencia colectiva y por el mantenimiento de ciertos lazos sociales duraderos y de un conjunto de costumbres distintivas.

Es así como la casa y el patio, a pesar de ser el escenario que condesa todas las formas que adquiere su extrema pobreza y su segregación económica, constituye al mismo tiempo el lugar por excelencia de su cohesión social, de la conformación colectiva e incluso comunitaria. Es la ciudad, la calle, el espacio público en movimiento, el verdadero territorio de exclusión.

Con la recuperación de residuos que operan, en tanto proceso y como fase inicial de la gran cadena de la que hacen parte, los chatarreros desatan una dinámica de recolección, separación, clasificación y comercialización que se basa en la restitución de las cosas (materiales y objetos) consideradas residuales, dentro de nuevas formas de uso y consumo y en el curso de nuevas fases mercantiles y regímenes de valor.

A través de la conformación de ciertas redes de intercambio, los chatarreros aseguran la obtención de una equivalencia monetaria por el intercambio del material, aunque en dicha operación se desconoce el trabajo propiamente dicho. Dicha red, al favorecer un intercambio legítimo, se encarga también de formalizar lo informal, de incorporar lo marginado.

Las cosas trascienden así de una *desviación irregular* en las formas de su recuperación inicial, a una *ruta formal* mediante un intercambio claramente normalizado. El chatarrero, tanto como la chatarra, está atado al extremo marginal de una cadena económica-productiva absolutamente formal en términos agregados.

La Sunu Village es el remanente de un colectivo en desintegración; los lazos sociales se deshacen, el espacio se precariza, toda la fuerza y la vitalidad de la agrupación y los espacios okupados ha sido paulatinamente atomizada. Una especie de integración marginal, una incorporación sin asimilación que se les infringe y que ellos mismos se procuran, los mantiene, precisamente, en los márgenes. Estos hombres senegaleses sucumben ante un proyecto migratorio fallido favorecido por una política pública restrictiva y represiva que no les deja más que la irregularidad y la informalidad laboral individualizada. Es el resultado del repliegue del Estado y el abandono institucional, el enclave de pobreza que, en virtud de la supervivencia colectiva se asegura su propia e incesante reproducción y gracias a las fuerzas que empujan desde arriba se queda justo en su lugar.

Por otra parte, la etnografía hasta ahora adelantada ha permitido visualizar, en sus visibles grietas y vacíos, y gracias a los interrogantes que de ella misma nacen, algunas tentativas analíticas que sugieren áreas y puntos de interés que resultan claramente relevantes y pertinentes para dar continuidad a lo que aquí ha comenzado.

Primero, sobresale necesaria una reconstrucción histórica rigurosa sobre la recuperación informal de residuos en Barcelona, así como sobre las trayectorias y las historias de vida de los ahora chatarreros senegaleses de dicha ciudad, que permita perfilar las condiciones generales que dieron contexto a la emergencia y consolidación de las actuales formas marginales de dicho proceso, y las condiciones particulares en que estas determinadas experiencias han ido conformando, en el tiempo, dicho contexto.

Por otra parte, un panorama completo sobre la cuestión, estaría incompleto si no incorporara una revisión crítica sobre las representaciones con las que se ha divulgado el fenómeno, a nivel regional principalmente. A lo que habría que añadir un análisis detallado sobre el marco jurídico, normativo y de política pública que afecta a los chatarreros senegaleses y a los trabajadores informales en general, y que crea el condicionante escenario restrictivo y restringido en el que se mueven.

Es de suponer que dicha revisión documental sea complementada con la incorporación de la voz de otros actores involucrados. Hasta ahora, la aproximación empírica ha estado vertida con exclusividad casi absoluta al trabajo y la vida cotidiana de los chatarreros senegaleses, por lo que se muestra necesario alimentar las descripciones e interpretaciones con otras fuentes directas e indirectas, principalmente desde el orden institucional.

De otra banda, desde un punto de vista más interno, es decir, más interesado sobre las condiciones y los mecanismos intrínsecos a las relaciones producto de la práctica del trabajo de los chatarreros, interesa una perspectiva centrada en el espacio como producto y como medio de producción; una atención concentrada sobre las relaciones espaciales, sobre las formas que adquiere el espacio vivido, sobre los sentidos asociados a él producto de las interacciones, y sobre el tipo de espacio resultado de estas prácticas marginales que lo apropian y lo producen: un espacio subsistencial.

Adicionalmente, como se ha aparecido en repetidas ocasiones, subyace una intuición analítica (pues hasta ahora no es más que ello) en torno a la vida social de las cosas

dentro del flujo de la recuperación de residuos. A la forma en cómo se mueven entre diferentes regímenes de valor, pero también a las formas en que las cosas y las personas se relacionan en medio de esos flujos. Incluso se antoja relevante una aproximación a la biografía cultural de las cosas (de algunas cosas), en el sentido de que pueden narrar su ciclo vital y, con ello, los contextos por los que se han movido e incluso la vida subjetiva que se han permitido.

En suma, cabría preguntarse si lo que sigue a partir de una limitada etnografía sobre los chatarreros senegaleses, sea tal vez una amplia etnografía sobre estos hombres senegaleses, sobre sus trayectorias y el espacio social que han ayudado a conformar.

## Bibliografía

### LIBROS

- Álvarez, R. (2012). *La basura es lo mas rico que hay. Relaciones políticas en el terreno de la basura*. Buenos Aires: Dunken.
- Appadurai, A. (. (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.
- Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Lomnitz, L. (1993). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Guber, R. (2013). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Santos Granero, F. e. (2012). *La vida oculta de las cosas: teorías indígenas de la materialidad y la personificación*. Quito: Abya Yala.
- Sennett, R. (2001). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del ttrabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Wacquant, L. (2012). *Merodeando las calles. Trampas de la etnografía urbana*. Barcelona: Gedisa.

### ARTÍCULOS

- Aimetta, C. (2009). Salir a carrear: ¿trabajo o rebusque? *Trabajo y Sociedad*. No. 12, Vol. XI.
- Dimarco, S. (2007). ¿Podremos mirar mas allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura. *Papeles del CEIC*. Vol 2.
- Perelman, M., & Boy, M. (2012). Cartoneros en Buenos Aires: nuevas modalidades de encuentro. *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 72, No. 3, 393 - 418.
- Porrás, J. (2014). Trabajando en la periferia y a la intemperie: el caso de los chatarreros subsaharianos en Barcelona. *Periferias, fronteras y diálogos. Actas del XIII Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español* (págs. 127 - 150). Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.

## CONTRIBUCIONES A LIBROS

- Abduca, R. (2011). "Acariciando lo áspero". El itinerario cartonero como construcción de un territorio. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 183-221). Buenos Aires: Ciccus.
- Álvarez, R. (2011). El derecho a la recuperación de basura, desde una perspectiva crítica. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 75-91). Buenos Aires: Ciccus.
- Bonfiglio, J., Chávez, E., & Gutiérrez, P. (2011). El otro circuito del reciclado: la reventa de bienes recuperados en las ferias populares. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio III Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 145-169). Buenos Aires: Ciccus.
- Buldani, B. (2007). Experiencias asociativas de cartoneros. El caso de la Cooperativa "El Orejano". En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 178-183). Buenos Aires: Prometeo.
- Calello, T. (2007). Asambleas vecinales y cartoneros: Reflexiones sobre lo que ¿fue? En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 207-215). Buenos Aires: Prometeo.
- Clausen, J., & Espinosa, J. (2011). Residuos electrónicos en la Zona Conurbada de Guadalajara. La industria y el post-consumo. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 267-295). Buenos Aires: Ciccus.
- Cutina, M. (2011). Las organizaciones cartoneras y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Encuentros y desencuentros en la definición de una política socio-ambiental. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 93-125). Buenos Aires: Ciccus.
- de Souza, J. R. (2007). Catadores de papel del Brasil. Algunas consideraciones generales. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 137-151). Buenos Aires: Prometeo.
- Dias, S., & Goulart, F. (2011). Alianzas multisectoriales: El rol de los Foros Residuos y Ciudadanía en Brasil. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 15-31). Buenos Aires: Ciccus.
- Koehs, J. (2007). El empowerment de los cartoneros de Buenos Aires y su emergencia como actores sociales durante la crisis argentina de 2002. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 185-205). Buenos Aires: Prometeo.
- Kopytof, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. e. Appadurai, *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (págs. 89-122). México D.F.: Grijalbo.

- Martín, I., Ruggerio, C., Miño, M., Flores, P., & Walter, M. (2007). Vulnerabilidad y riesgos de los recuperadores de residuo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 285-301). Buenos Aires: Prometeo.
- Medina, M. (2007). Una visión general del reciclaje informal en África, Asia y América Latina. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 222-243). Buenos Aires: Prometeo.
- Paiva, V. (2005). Modos formales e informales de recolección y tratamiento de los residuos, ciudad de Buenos Aires, siglos XVI al XX. *Documento del Seminario de Crítica No. 150 del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.*
- Paiva, V., & Perelman, M. (2008). Aproximaciones a la historia del cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. . *Documento del Seminario de Crítica No. 1621 del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.*
- Paiva, V., & Perelman, M. (2008). Recolección y recuperación informal de residuos. La perspectiva de la teoría ambiental y de las políticas públicas. *Cuaderno Urbano. Volumen VII, No. 7, 35 - 54.*
- Parra, F. (2007). Reciclaje popular y políticas públicas sobre manejo de residuos en Bogotá. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 63-81). Buenos Aires: Prometeo.
- Parra, F. (2011). Bogotá y la coyuntura actual de manejo de residuos: un reto para la inclusión de población recicladora en el futuro manejo de los residuos de la ciudad. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 33-53). Buenos Aires: Ciccus.
- Perelman, M. (2007). ¿Rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones del cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 245-267). Buenos Aires: Prometeo.
- Perelman, M. (2011). Vergüenza y dignidad. Resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 223-237). Buenos Aires: Ciccus.
- Reis Costa, D. d. (2007). Márgenes en el centro. Calle, catación y basura en el centro de São Paulo. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 47-61). Buenos Aires: Prometeo.
- Rodríguez, M. V. (2011). Recuperación y reciclado de hierro en la región metropolitana de Buenos Aires (RMBA). En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 171-200). Buenos Aires: Ciccus.

- Ruggerio, C. (2011). Cluster de Plantas Sociales de Recuperación de Residuos. ¿Una oportunidad para propender a una gestión integral de los Residuos Sólidos Urbanos? El Área Metropolitana de Buenos Aires como caso de estudio. En F. Suárez, & P. Schamber (comp.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 155-181). Buenos Aires: Ciccus.
- Salcedo, M. T. (2012). Escritura y territorialidad en la cultura de la calle. En E. Restrepo, & M. V. Uribe, *Antropologías Traseúntes* (págs. 157 - 194). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Schamber, P., & Suárez, F. (2007). Cartoneros de Buenos Aires. Una mirada general sobre su situación. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 25-45). Buenos Aires: Prometeo.
- Suárez, F., Sardo, A., Miño, M., & Parodi, A. (2011). El reciclado de plástico en la region metropolitana de Buenos Aires. En P. Schamber, & F. Suárez (comp.), *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 203-239). Buenos Aires: Ciccus.